
Jack X. Faber
Cuentos eróticos de Jack
Parte 1


Jack X. Faber
Cuentos eróticos de Jack
Parte 1

Lista de cuentos de hadas, parte 1



Verano del despertar
Diversión en el baño
Historias de mentiras sobre sexo
El faro de Kings Head
apagón
Señorita Janet
Los cómplices
Héroes de la construcción prefabricada

Contacta con el autor: mailto: JackFaber@gmx.net

Verano del despertar

von Jack Faber © 2006

Mi padre llevaba años trabajando en el extranjero y solo volvía de vez en cuando, cada pocos meses, para una visita de fin de semana. Tras la muerte de mi madre, la pequeña Isabella, a quien mi padre había traído de un viaje a España, se quedó con nosotros y se encargó de mí y de la casa; yo tenía unos cuatro años por aquel entonces. Nos habíamos mudado a un pequeño apartamento, una cocina-comedor-dormitorio. El apartamento era lo suficientemente grande para los dos; durante el día usábamos la cocina y por la noche dormíamos en la cama grande. Isa se había casado con mi padre, pero a veces discutían y él decía cosas terribles que yo no entendía. La habría sacado de la calle, donde todavía hoy ejerce la prostitución, si no la hubiera rescatado.

Entonces tuve que sentarme a la mesa de la cocina. Él cerró la puerta del dormitorio de golpe y oí cómo crujía la cama; estaban teniendo sexo con mucha intensidad. Isa me había explicado estas cosas muchas veces antes —el sexo y tener hijos—, pero ahora tenía trece años y era demasiado mayor para preguntar. Pero cuando Isa salió de la habitación y se recogió el pelo, pude notar cuánto le había dolido la discusión.

La mayor parte del tiempo, sin embargo, se mostraba alegre y me sonreía, porque disfrutaba del sexo que tenían durante todo el fin de semana cuando él venía de visita. Luego silbaba melodías suaves y hermosas y hacía sonar los platos durante un buen rato hasta que su padre la volvía a llamar.

Ella sonrió ampliamente y se llevó un dedo a los labios, indicándome que me callara. Cuando estaba de buen humor, apretaba el puño y se ponía el pulgar entre los dedos —eso significaba sexo— y se acercaba a él sonriendo. Cuando era pequeña, le pregunté por qué no podía tener un bebé si tenían tanto sexo. Me abrazó con dulzura y me apretó contra sus grandes pechos, luego dijo que no podía tener bebés. ¿Y por qué tenían tanto sexo entonces? Se rió y dijo que era porque el sexo era muy divertido. Pero yo era demasiado pequeña para entender nada de eso.

Claro que, por aquel entonces, yo no sabía lo sola que podía sentirse una joven de veintitantos años. Mientras yo holgazaneaba en la escuela, ella limpiaba cinco horas al día para varias mujeres adineradas y necesitaba la tarde para recuperarse, leer o escribir en su diario. Tenía pocos amigos y, que yo sepa, nunca le fue infiel a mi padre. Yo era demasiado joven para entender que a veces solo un trago a escondidas podía aliviar la soledad, y por supuesto, no sabía nada de las dos caras de su sexualidad: intolerante y miedosa por un lado, y lujuriosa, obscena y adicta al sexo por el otro. Mucho después comprendí que, durante esos años de soledad, se había vuelto irremediablemente dependiente del alcohol y la masturbación obsesiva.

Cuando era pequeño, dormíamos desnudos en verano. Lo disfrutaba muchísimo, porque luchábamos en la cama grande y jugábamos a juegos inocentes. En mi infancia, la desnudez era algo natural y placentero para ambos, sobre todo cuando Isa, durante el juego, me tocaba el pene o el escroto, o me bajaba suavemente el prepucio y me acariciaba el glande. Jugábamos a esto todo el tiempo, porque a ella le gustaba mucho, y yo disfrutaba inocentemente cuando ella jugaba con mi pene.

También me encantaba el juego de la succión, cuando Isa tomaba mi pene en su boca y jugaba con el glande con su lengua. Nos encantaba mucho porque su lengua lo ponía un poco rígido, y cuando seguía jugando con su lengua, mi pene palpitaba placenteramente en su boca. Jugamos a esto durante mucho tiempo, pero cuando tenía unos 13 años, mi pene creció mucho, de lo cual estaba muy orgulloso, y ya podía eyacular, como habíamos descubierto durante el juego de meneos. Jugábamos al juego de la succión cada vez más a menudo; crecía mucho en su boca, y el glande salía solo, grueso e hinchado por los lametones y el juego de la lengua. Entonces su lengua se detenía un momento porque mi pene y glande ya palpitaban agradablemente. Movía su lengua muy suavemente una vez más, y chorros de líquido preseminal salían del glande, y ella lo succionaba y lo tragaba todo, continuando moviendo su lengua hasta que se volvía completamente blando. Una vez que susurró que le gustaba más el juego de succionar, entonces lo sacó suavemente de su boca y jugamos a otra cosa, generalmente al buen y viejo juego de tambalearse.

Ambos lo amamos desde el principio cuando me acostaba sobre su cuerpo desnudo, sobre su estómago, y movía mi trasero de un lado a otro. Nos abrazábamos con fuerza, nos acurrucábamos inocentemente, y mi trasero se movía. Incluso de bebé, me acostaba sobre su estómago y me movía cada vez con más fuerza, y ella fingía haber perdido esta batalla. Primero, ponía los brazos a los lados, luego la pequeña traviesa que pataleaba hacía que sus piernas se separaran también hacia los lados, y bailaba como un torbellino sobre su zona púbica y su vello púbico rizado. Hasta que mi pequeño pene se ponía algo rígido y tanteaba su camino hacia adelante. Pronto me di cuenta de que encontraba mejor la abertura si tiraba del prepucio hacia atrás sobre el glande, y entonces se deslizaba casi solo. Isa siempre sonreía cuando mi pequeño pene encontraba su camino hacia la abertura por sí solo. El que encontraba su pene en la abertura era el ganador.

Isa solía quedarse allí tumbada con los ojos cerrados, como escuchando su voz interior. A veces, su mano se deslizaba entre nosotros y se acariciaba allí abajo. Pasaban unos minutos preciosos mientras yo sentía su delicada y cálida abertura hasta que mi pene se ponía más rígido y luego completamente duro. Nunca tardaba mucho en que mi pene empezara a palpitar y a golpear con fuerza antes de volver a estar completamente flácido. Isa siempre esperaba a que estuviera blando y luego lo sacaba, me abrazaba con ternura y me acariciaba la cabeza. «Quiero follar», murmuraba, «pero aún no puedes correrte». Siempre decía eso cuando mi pene palpitaba dentro de ella. Siempre era un juego maravilloso. Jugábamos a este juego una y otra vez, en parte porque el final, mi pene palpitando dentro de ella, se sentía increíblemente hermoso.

Conforme crecía, mi pene se ponía rígido por el roce contra su cuerpo cálido, y ella se quedaba en silencio y decía: «Ahora quiere follar», pero no nos estaba permitido, madre e hijo. La corregía con un gruñido, madrastra e hijastro, y no le daba importancia. Sin embargo, seguíamos con el juego del roce, y me sorprendió muchísimo cuando un día me sentí mareado y me corrí sobre su estómago.

Isa me explicó todo con detalle, por qué salía a chorros y que los bebés eran diminutos e invisibles, nadando en mi moco. Me sentí muy orgullosa y aliviada, y simplemente continuamos con los juegos de succión y contoneo, que ahora culminaban con el chorro.

Durante el juego de contoneo, Isa solía levantarme obedientemente cuando intentaba acercarme a su cabello rizado y murmuraba: «Ya quiere follar», pero no nos lo permitían. Sin embargo, abría las piernas mientras se contoneaba, porque disfrutaba mucho cuando le frotaba y le movía la vulva y le acariciaba y jugaba con los pezones con ambas manos.

Mi pequeño pene crecía cada día, y era igual de divertido meterlo en su agujero que con mi pequeño pene. Cuando Isa ya respiraba con dificultad después de mover y jugar con sus pezones, y retiré mi prepucio sobre el glande, Isa jadeó, "¡No me folles, no te corras!" y cerró los ojos, porque obviamente lo disfrutó mucho cuando me deslicé en su agujero. Al principio, cuando todavía tenía mi pequeño pene, no se dio cuenta de que estaba eyaculando, porque la excitaba mucho con mis juegos de pezones y permanecía en su agujero durante mucho tiempo para eyacular por completo. Esa era la ventaja de mi pequeño pene. Después, fue mucho más cuidadosa, y tuve que jugar con sus pezones con mucha habilidad para que se distrajera y no se diera cuenta de que estaba eyaculando hasta que fuese demasiado tarde.

Isa siempre me vigilaba de cerca y decía: "¡Nada de follar! ¡Y nada de correrte!" Obedecí; sabía perfectamente que no teníamos permitido follar. Así que no follé, pero aún podía sentir cómo se ponía cada vez más duro, y luego eyaculó tan pronto como palpitó. Isa lo agarró, lo sacó rápidamente y dijo: "¡No te corras!" Pero le salpicó todo el estómago, y lo disfruté muchísimo. Pronto aprendí a fingir y engañar a Isa estimulando sus pezones con tanta intensidad que no se dio cuenta de la eyaculación hasta que fue demasiado tarde. Siempre se ponía muy triste después y decía que no teníamos permitido hacer eso, pero una vez que la hacía jadear con mis movimientos, abría sus muslos y su pequeño agujero. Realmente disfrutaba metiendo mi polla dentro de ella y empezando a eyacular allí. Isa seguía diciendo: "¡Nada de follar, nada de correrte!", pero normalmente lo conseguía.

Yo era un niño pequeño y dulce que, paso a paso, condujo a su madrastra por un camino diabólico.

Hasta que tuve unos 12 años, el juego de eyacular era perfectamente normal; luchábamos y luchábamos hasta que yo ganaba y eyaculaba dentro de ella. Entre los 12 y los 14, mi pene creció, e Isa

siempre me advertía que no podíamos tener sexo antes de que yo eyaculara. Yo la provocaba y acariciaba los pechos y los pezones, luego ella jadeaba abriendo los muslos y me dejaba eyacular dentro de ella. Alrededor de los 13, le gustaba mucho mi pene más grueso y me presionaba, con las manos en mis nalgas, profundamente dentro de ella y suspiraba como si estuviera a punto de morir. Cuando estaba muy excitada por mis juegos con los pechos, presionaba rítmicamente mis nalgas contra ella hasta que yo eyaculaba. “No podemos hacer eso”, suspiraba después, pero lo hacíamos de todos modos, enseguida. Repetíamos estos juegos inestables dos o tres veces al día y gradualmente dejamos de hacerlo cuando cumplí 14 años.

Ella cambió y ya no lo quería; quería jugar al juego de la mamada cada vez más a menudo. Un día, logré penetrarla profundamente otra vez, pero Isa estaba alerta y agarró mi erección, la sacó con dos dedos y la sostuvo mientras yo embestía hasta que eyaculé. Ese se convirtió en el nuevo juego: movía mi trasero hasta que se ponía duro y hacía un ataque fingido a su vulva, y por lo general, lograba penetrarla “accidentalmente”. Pero Isa rara vez lo quería ya; lo agarraba de inmediato y me dejaba embestir entre sus dedos a mi antojo y eyacular sobre su estómago. Muy pronto, quise hacerlo una segunda vez, o incluso más a menudo. Isa sonrió dulcemente y me dejó eyacular entre sus dedos tantas veces como quisiera.

Para entonces, mi amigo Willi, la pequeña Anni y yo ya habíamos aprendido a masturbarnos y a tener sexo; estas aventuras eran un secreto que no podíamos contarle a nadie. Miré a Isa con ojos completamente nuevos cuando la vi desnuda. No era muy alta, salvo por sus pechos; su hermoso cabello castaño ondulado le llegaba casi hasta las caderas. Era un poco más corpulenta que Anni, que era delgada como un palo, pero no tan gorda como Hildegard. Quiero decir, a lo sumo estaba un poquito rellenita. Debajo de su ombligo había pelos oscuros y rizados que se separaban hacia un lado sobre su vulva. Entre ellos, el monte de Venus estaba completamente lampiño, así que siempre se podía ver su hendidura hinchada con sus labios mayores prominentes cuando estaba desnuda. Había visto ese pliegue de vello púbico muchas veces antes, pero aparte de los labios mayores grandes, casi marrones, nunca había podido ver nada más detallado. Incluso de pequeña,

siempre intentaba examinarla más de cerca, lo que ella solía rechazar con una gran carcajada.

Nuestros juegos de succión y contoneo cesaron gradualmente cuando yo tenía unos 14 años. Ahora parecía avergonzada cuando nos acurrucábamos desnudos en la cama. Ocasionalmente, incluso después de cumplir 14, jugábamos al juego del contoneo con eyaculación si yo había excitado intensamente sus pechos y pezones. Como me quedaba quieto y no hacía ningún movimiento de empuje, no eyaculaba. Pero ella ayudaba agarrándome las nalgas y presionándome rítmicamente contra su vagina hasta que eyaculaba. "Eso no es follar", susurraba, "¡eso no es follar!" Cuanto más grande y grueso se volvía mi pene, más gemía y jadeaba, presionándolo contra su vagina y susurrando que no teníamos permitido hacerlo. Pero en esas noches, lo hacíamos dos o tres veces seguidas, yo con sus pechos, ella con mi pene en su vagina.

Después de eso, no hubo más juegos durante varias semanas. Me acostaba a su lado, masturbándome, tocando su bajo vientre y sus pechos. Al cabo de un rato, reaccionó a la estimulación de mis pechos, suspirando y gimiendo mientras yo acariciaba su clítoris con suavidad y sutileza. Se mantuvo firme durante semanas, suspirando profundamente cuando eyaculaba. Pero tan pronto como superó su resistencia intolerante y burguesa, me detuvo y me atrajo hacia su estómago. Impaciente, introdujo mi erección en su vagina y la penetró rítmicamente. Me quedé quieto porque no teníamos permitido tener sexo. Solo ella podía deslizar mi pene dentro y fuera de su vagina y dejarme eyacular; eso no sería sexo, me aseguró. Normalmente, jadeaba y gemía miserablemente después de mi segunda eyaculación antes de convulsionar violentamente. "¡Uaah!" Las estrellas brillaban en sus ojos cuando me masturbaba el pene después. Casi alegremente, dijo que no debíamos follar, ¡para nada! A esto le siguió un descanso de varias semanas sin este encantador juego de tambaleo.

Por supuesto que no tuvimos sexo; yo ni siquiera tenía 15 años. Pero una vez que su lujuria superó sus valores burgueses y puritanos, no podía llegar a su placer lo suficientemente rápido. Realmente no tuve sexo y permanecí completamente pasivo. Pero disfruté muchísimo cuando ella presionó mi pene dentro de ella, empujándolo rítmicamente en su vagina, y eso fue una sensación maravillosa. Dentro y fuera, durante media hora. Incluso cuando eya-

culé, ella continuó y generalmente se corrió después de la segunda eyaculación con su retorcido “¡Uaah!”. Dejó mi pene dentro de su vagina y me masturbó, porque una vez le había dicho lo bien que se sentía eyacular dentro de ella. Cuando no me estaba masturbando, me provocaba el ano, insertaba un dedo y me acariciaba con él. Eso inmediatamente desencadenó mi eyaculación. Ella lo había descubierto durante nuestro juego de dedos. Así fue; realmente no tuvimos sexo; yo ni siquiera tenía 15 años.

A veces susurraba con poca convicción que ya tenía edad suficiente para dormir sola. Cada vez con más frecuencia se negaba a jugar a mecerme, diciéndome que lo hiciera yo misma si era tan urgente.

Cuando tenía 13 años, la situación era completamente diferente cuando me masturbaba. Ella se acostumbró poco a poco al contacto de nuestros cuerpos desnudos; no entendía su nueva timidez. ¿Sería por la masturbación? No le sorprendía en absoluto que me masturbara con bastante frecuencia antes de dormirme. Los primeros días, se sentaba y me observaba masturbarme y eyacular con curiosidad y atención. Luego sonreía y asentía con la cabeza animándome cuando me masturbaba de nuevo tras unos minutos de descanso, pero después se tumbaba tranquilamente a mi lado y se quedaba dormida con una sonrisa.

Una tarde, mientras ambas leíamos un libro, le pregunté por qué se dice que todos los chicos se masturban y solo unas pocas chicas. Primero, me explicó que masturbarse y eyacular son lo mismo. Y que proviene del hombre bíblico llamado Onán, quien, según las leyes de la época, debía casarse con la viuda de su hermano fallecido y tener hijos con ella. Así que Onán debía tener relaciones sexuales con Tamar para que ella concibiera un hijo; eso lo entendí. Pero Onán no quiso y no tuvo relaciones sexuales con ella; en cambio, se masturbó y eyaculó en el suelo. Lo entendí todo, y nos reímos alegremente del tonto de Onán, que se negaba rotundamente a tener relaciones sexuales.

Entonces Isa se puso seria de nuevo y dijo que probablemente tantas chicas como chicos se masturbaban. Interpretó completamente mal mi mirada de duda y dijo: “¡Mira!”. Separó ambas piernas y las levantó sobre el banco, se subió la falda de verano y me dijo que mirara. Luego señaló las partes individuales y me dijo có-

mo se llamaban, aunque ya lo habíamos aprendido antes. Monte de Venus, labios, vagina. Ahora separó ligeramente los labios, señaló el clítoris y dijo que también se le podía llamar clítoris. Me incliné hacia adelante e intenté distinguir algo en la penumbra.

Dijo que los chicos se masturban con el pene y las chicas con el clítoris. Mi pene formó un bulto enorme en mis pantalones cortos de gimnasia, lo que Isa, por supuesto, notó. Ignoró mi pregunta sobre si ella podía hacerlo, se volvió a sentar y preguntó, con la mano suavemente sobre mi bulto, si era realmente tan urgente, si tenía que hacerlo de inmediato. Asentí con un nudo en la garganta y murmuré una mentira de que apenas podía ver nada en la oscura cocina. Isa dijo: "¡De acuerdo!" y se dirigió a la cama, se quitó rápidamente el vestido y encendió la lámpara de la mesita de noche.

Me desvestí y me tumbé en la cama, medio apoyada. Isa se sentó frente a mí, primero con las piernas cruzadas, luego con las piernas abiertas, y me dijo que así podría verlo todo con claridad a la luz, y que no le importaba en absoluto que la viera masturbarse. Me masturbé más que nunca esa noche, mirando con lujuria entre sus piernas abiertas y sus hermosos genitales desnudos, lo que me mantuvo en marcha. Cuando estaba a punto de correrse, su dedo rozó sus labios vaginales, apartando la piel para que su clítoris quedara a la vista. Lo vi elevarse lentamente y ponerse completamente rígido. Isa acarició distraídamente el clítoris rígido, y me corrí al instante. Susurré, preguntando si las chicas se masturbaban así. Isa asintió y retiró el dedo de inmediato, con expresión avergonzada. Asintió animándome, y continué porque me ponía increíblemente cachonda. Ella superó inmediatamente su pudor y acarició distraídamente su clítoris, lenta y suavemente, durante toda la noche hasta que no pude más. «Mira», había dicho, «así es como nos masturbamos las chicas, ¡mira!». Observé y observé mientras seguía masturbándome. A menudo, presionaba con firmeza una mano contra su vulva porque su bajo vientre y sus piernas se contraían violentamente. Luego, tras una breve pausa, continuaba, estimulando suavemente su clítoris con el dedo. Antes de quedarme dormida, la vi tomar un sorbo o dos de la botella en la cocina, luego regresar a la cama y esperar un rato, antes de continuar acariciando su clítoris con suavidad y en silencio.

Sabía desde hacía tiempo que bebía por las noches, pero aparte del olor, nunca me molestó. Isa toleraba mis juegos nocturnos en

la oscuridad, y después simplemente me ofrecía su mano como una cálida concha en la que me movía de un lado a otro y eyaculaba con placer, con lo que me conformaba durante un tiempo (ahora creo que extendía la mano para que la sábana no se empapara demasiado; desde entonces, siempre tenía una toalla vieja a mano para limpiar). A veces intentaba presionarme contra ella y mi pene contra su pelo rizado, pero desde que pude eyacular, estaba alerta y se aseguraba de que no me girara hacia ella. Excepto cuando había bebido mucho, entonces a menudo le apetecía jugar conmigo.

Mientras me quedara obedientemente de espaldas a ella, todo iba bien y era maravilloso. Me presionaba la espalda contra ella, sin importar cuánto me retorciera mientras me masturbaba. Como yo estaba tan ansioso y exigente, ella suspiraba y me rodeaba las caderas con los brazos, sujetando firmemente la parte inferior de mi cuerpo, con mi erección en su mano mientras me masturbaba excitado en su cálida palma, y cuando llegaba al clímax, contenía la respiración. Unas cuantas veces, cuando estaba muy borracha, le rogué hasta que amablemente me hizo una paja.

No pareció sorprenderle en lo más mínimo que tocar su hermoso y suave cuerpo me excitara intensamente. Hacía tiempo que había dejado de darle la espalda, acariciando cada vez más sus preciosos y redondos pechos y presionando mi erección contra su cuerpo mientras me masturbaba, presionándola por todas partes, solo deteniéndome cuando me apartaba mientras la tocaba y me masturbaba en su cabello rizado. Pero si no tocaba el triángulo prohibido y me mantenía cauteloso, a veces me abrazaba apasionadamente y me dejaba eyacular donde quisiera. Sumisamente, me giré de lado, porque después de esa excitación, lo único que quería era masturbarme de nuevo inmediatamente.

A veces ninguno de los dos podíamos dormir; el verano era muy caluroso y ella tenía mucha sed. Entonces me acariciaba con timidez y cuidado hasta que se me ponía dura. Me abrazaba con ternura y se acurrucaba detrás de mí, acariciándome los testículos mientras yo me masturbaba apresuradamente. A veces dejaba de masturbarme a mitad de la eyaculación, y entonces ella me presionaba la espalda contra su pecho y me agarraba el pene.

Lenta y deliberadamente, ella deslizaba mi prepucio hacia arriba y hacia abajo mientras yo le susurraba secretos de mi día. Y le

encantaban mis confesiones floridas, eróticas y muy detalladas; eso pronto quedó claro. Después de que yo confesaba, ella suspiraba profundamente y sacudía su pene tan rápido con un movimiento de muñeca que ¡el semen salía disparado por todas partes! Luego se giraba inmediatamente hacia la pared, como si estuviera avergonzada. A partir de entonces, no deseaba nada más e intentaba contarle algo cada vez que algo sucedía o cada vez que pensaba en algo; de lo contrario, simplemente inventaba algo para que me hiciera una paja.

¡Dios mío, era tan buena en eso! ¡Casi me volví adicto a que me masturbara rápida y velozmente! Unas cuantas veces, cuando estaba demasiado impaciente porque ella estaba —me di cuenta— demasiado borracha, se sentó con las piernas cruzadas, me atrajo enérgicamente hacia ella y me recostó sobre su regazo desnudo. Murmuró, parpadeando con picardía como si fuera traviesa, y me masturbó rápida y bruscamente, pero después de que me corrí, me acarició, se inclinó y besó y lamió mi glande. Definitivamente no fue una mamada, sino besos y lamidas suaves antes de que lo tomara completamente en su boca y lo chupara suavemente. “Me encanta eso”, murmuró, jugando con la cabeza de mi pene con su lengua hasta que tuve otra erección, que luego volvió a masturbar, “jugando bruscamente”. Repetimos este juego muchas veces porque le encantaba chuparme la polla, y solo paró cuando, a pesar del trabajo de su larga y delicada lengua en su boca, ya no podía tener una erección y simplemente no podía eyacular. Lamentablemente, ya casi nunca practicaba esos maravillosos juegos orales.

Desde aquel verano y sus sucesos, la he visto de otra manera. Por mucho que la observara con curiosidad, durante mucho tiempo no pude descifrar cuándo lo hacía ni por qué me lo ocultaba con tanto cuidado. A menudo pensaba en las chicas de nuestra sociedad secreta que, con aires de superioridad, nos explicaban a los chicos que ellas —¡claro, idiotas!— se tocaban cuando nosotros (los chicos) no estábamos. Yo sabía que no era cierto, pero me callaba. Pero Isa parecía diferente a ellas; ocupada y trabajadora durante el día, pero callada y reservada por la noche. Quería imaginarla haciéndolo, ¿pero cuándo? Deseaba con todas mis fuerzas observarla, mantenerme despierto a escondidas, pero por la noche, después de haber venido varias veces, siempre me quedaba dormido agotado.

Una noche, todo salió mal. Isa se había quedado en la mesa bebiendo, algo que rara vez hacía tan abiertamente. Podía ver en sus ojos que un fuego inextinguible de lujuria ardía en ellos. Reconocí su inquietud cuando ocasionalmente movía el ligero vestido de verano de un lado a otro sobre su muslo y tocaba brevemente su vulva con la mano. Con su voz suave y hermosa, me recordó que era hora de ir a la cama. Por mucho que intenté eyacular esa noche, simplemente no sucedió. Más tarde, cuando Isa se desnudó, se acercó a la cama y notó mi desesperación, me apretó suavemente contra su pecho y con timidez y tentativamente extendió la mano hacia mí. Me preguntó de nuevo qué pasaba. La evadí, pero ella persistió y me acarició suavemente, de arriba abajo, mientras le contaba todo —o casi todo— sobre esa tarde, porque también me había excitado mucho. Ella siguió haciendo preguntas, escuchando y me masturbó en silencio, y tuve que contarle el resto también; Después, me frotó el prepucio de un lado a otro muy rápidamente hasta que eyaculé.

Pero no fue suficiente, así que después de un rato susurré que lo necesitaba de nuevo, luego me arrastré sobre su estómago y la abracé suave y tiernamente. Debió ser su embriaguez lo que la hizo suspirar y abrir tentativamente sus muslos. Me recosté excitado sobre su estómago porque mi pene, buscando impacientemente su hendidura, aún goteaba húmedo por la eyaculación, y su vulva, húmeda y resbaladiza, pronto quedó completamente cubierta de mi semen. Ella me abrazó y me acurrucó con cariño hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo y comenzó a temblar violentamente.

Tuve que repetirle exactamente lo que había hecho, mientras me deslizaba, como por accidente, un poco más adentro de su húmeda hendidura. Ella extendió la mano para detenerme, pero al mismo tiempo, presionó su tembloroso cuerpo contra el mío y susurró cómo había sido el día, empujando firmemente mi pene hacia adelante y hacia atrás con su mano, acariciándolo aunque la punta aún estaba un poco adentro. Con voz ronca, confesé cosas nuevas, inventadas y excitantes. Inmediatamente, lo presionó un poco más adentro de su tembloroso cuerpo, acariciándolo firmemente con cada movimiento. Sorprendentemente, no pareció darse cuenta de que me había corrido con fuerza.

Hizo pausas repetidamente, lo sacó, tomó la erección en su mano y frotó firmemente la cabeza contra su clítoris y labios, mientras giraba sus caderas en círculo. Luego, con movimientos rápidos de su muñeca, continuó frotando, presionando la cabeza firmemente contra la abertura vaginal, dejándola deslizarse solo un poco, solo la cabeza, aunque su cuerpo temblaba constantemente. Permanecí en silencio, abrumado por la excitación, porque ella temblaba intensamente mientras continuaba masturbándome con creciente determinación. Una vez más, no pareció darse cuenta de que estaba a punto de penetrar y eyacular. Tenía los ojos cerrados y me estaba masturbando como si fuera su propio pene.

Solo entonces me di cuenta de que me acariciaba el clítoris con la otra mano, olvidándose momentáneamente de mi pene; nos estaba masturbando a ambos alternativamente y al mismo tiempo. Luego, entretanto, me frotó la erección con tanta furia y rapidez que eyaculé un par de veces, aunque todo el glande seguía dentro de ella. Empujé y eyaculé con todas mis fuerzas, pero ella continuó masturbándose como si no se hubiera dado cuenta de la eyaculación. Cuando tembló aún más intensamente de excitación, se dio cuenta de que todavía no estaba lista para ese paso y se convenció de que yo no la había visto masturbándose. Detuvo inmediatamente su masturbación secreta y, con un suspiro, retiró el glande, pero tan lentamente que un poco más de líquido salpicó su vulva, y el resto cansado del pequeño monstruo eyaculador se derramó sobre su hendidura.

Me quedé a su lado jadeando, susurrando emocionado que había sido casi como sexo de verdad. Ella se estremeció ligeramente y negó con la cabeza. ¡No, no, eso no fue sexo de verdad, porque no teníamos permitido hacer eso! Que yo hubiera eyaculado en su vulva, eso no fue sexo, insistió, sacudiendo la cabeza. ¡No, solo por fuera, eso no es sexo! Por centésima vez, susurró débilmente que teníamos que parar todo esto, de lo contrario terminaría en desastre. Como aparentemente quería mantener su masturbación en secreto, no saqué el tema, aunque mil preguntas me rondaban por la cabeza. Ahora estaba bastante seguro de que, con toda su excitación, ni siquiera se había dado cuenta de que yo había eyaculado bastante semen dentro de ella varias veces. Todavía podía sentir a mi madrastra temblando durante un buen rato después y sonreí porque casi habíamos tenido sexo de verdad y porque yo había eyaculado solo un poquito dentro de ella. ¡No, porque había eyacu-

lado muy fuerte dentro de ella! Isa seguía temblando y llorando amargamente.

Me quedé allí, aturdido, y rompí a llorar porque había hecho algo terrible, aprovechándome de su borrachera para lo que yo creía que era sexo de verdad. Isa se escondió bajo las sábanas y también lloró. "¡Dios mío!", sollozó suavemente, "¡Dios mío!". Al cabo de un rato, se tambaleó hasta la cocina y se preparó un café, y pude ver a través de la puerta abierta cómo lo bebía y luego, aún llorando, se lavaba. Usó el dedo índice para sacar el semen de su vagina, y había bastante. Me había masturbado durante un buen rato y me había llevado al orgasmo con bastante intensidad. Me sentía tan miserable que quería morirme. ¡Cómo pude haberle hecho eso! Cuando regresó, con la mirada dura y distante, y se acostó en silencio en la cama, volví a llorar, con el corazón lleno de miedo y pavor, hasta que rompió el silencio y susurró que no era mi culpa, y luego me acarició el pelo. No entendí nada y lloré hasta quedarme dormido, gimiendo.

Al día siguiente, Isa me había desterrado a un colchón improvisado en el suelo, a los pies de su cama. Parecía hablar en serio cuando decía que yo era demasiado mayor para dormir con ella. Mi mirada suplicante la dolía profundamente, y me acarició el pelo, murmurando que no era culpa mía. Pero no me consoló, porque parecía incapaz de perdonarse a sí misma —y quizás a mí— que casi hubiéramos tenido relaciones sexuales. No encontré consuelo ni siquiera en Willi, porque él solo pensaba en sexo. Anni, a quien había violado varias veces con la ayuda de Willi, me despreciaba. Iba a verla a ella y a Willi cada vez con menos frecuencia, porque yo también había empezado a despreciarme a mí mismo.

Me enfadé con el mundo entero, especialmente con las mujeres que solo me desviaban del buen camino: Hildegard, Anni, la señora Ogawa e Isa también. Sentía una rabia y una desesperación genuinas cuando, sentado en la cuna improvisada, vislumbraba el contorno de su cuerpo en la oscuridad de la noche. Cuando la luna brillaba, podía verlo todo. Me quedaba despierto media noche, esperando a ver si se movía; entonces me sentaba a los pies de su cama y la observaba. Por lo general, se daba vueltas varias veces mientras dormía y se apoyaba contra el techo como si fuera un amante. Podía ver claramente que se masturbaba en silencio y con placer, aunque parecía estar dormida. Contemplaba los contornos

apenas visibles de su espalda y piernas; pero lo que más me gustaba era mirar sus nalgas cuando se tumbaba boca abajo masturbándose, dándose placer en silencio. A veces me quedaba despierto durante horas hasta que ella se tumbaba boca abajo y sacaba las nalgas mientras se masturbaba, y yo me masturbaba dos o tres veces. Era muy solitario y muy triste; todos se masturbaban solos y no dejaban que los demás participaran. Una noche no pude soportarlo más y me acosté junto a la mujer dormida.

—¿Qué pasa? —preguntó, despertándose sobresaltada y apartándome hasta que tuve que sentarme en el borde de la cama para no caerme—. No puedo dormir —dije, pasando la mano por la manta, sintiendo el contorno de su cuerpo—. ¡Basta! —gruñó, apartándose aún más—. ¡Quédate en tu cama, y punto!

—No puedo dormir —dije la noche siguiente, sentada al borde de su cama—. ¿Qué pasa? —preguntó, subiéndose las sábanas hasta la barbilla—. Están pasando tantas cosas —susurré con picardía, esperando impacientemente—. ¿Qué ocurre? —preguntó enseguida, y le sugerí que me acostara a su lado y se lo contara todo. Me espetó que ni se me ocurriera y se arropó aún más con las sábanas.

Me quedé paralizado, en silencio, esperando. Al cabo de un rato, sentí que ya no era tan distante y empecé a contarle lo de la señora Ogawa. Isa susurró con rabia que no creía que la vieja japonesa me hubiera seducido, y por primera vez la oí decir cosas realmente horribles sobre la vieja ramera japonesa que se acostaba con chicos jóvenes e inocentes, y demás. Pero entonces volvió a escuchar durante tanto tiempo que me detuve a mitad de la frase. Claro que sentía mucha curiosidad por saber qué pasaba después, pero ahora le suplicaba que me masturbara. Negó con la cabeza y me insistió con firmeza en que volviera a la cuna. Con tristeza y rebeldía, obedecí. Ahora yacía solo y rechazado en mi cama otra vez, llorando con autocompasión.

¡No era justo! Sí, me la había follado aquella noche de borrachera, rompiendo la regla de no follar que teníamos desde hacía mucho tiempo. Ella había cedido por primera vez, había indicado que podía hacer con ella lo que quisiera. Pero no era la primera vez. Cuando jugábamos a lo que quedaba del juego de meneos, y ella empujaba mi polla con avidez para llegar al orgasmo, perdía la concentración justo antes y soltaba una mano para provocar el or-

gasmo frotándose rápidamente el clítoris. Se olvidaba de empujar hacia dentro y hacia fuera, y en esos segundos yo tenía una follada muy breve, que ella normalmente no notaba. O si la notaba, lo permitía generosamente y, como mucho, comentaba después que no había sido una follada de verdad, aunque yo estaba bastante seguro de que sí. Simplemente permitía esta follada corta y rápida porque estaba concentrada en su clítoris. Rara vez necesitaba más de un minuto de follada para correrse.

O, cuando me metía el dedo en el culo, yo la follaba sutilmente todo el tiempo. Incluso entonces, se concentraba en su dedo y no decía nada de que la follara hasta que se corría. Eso solía tardar mucho, y me movía con mucha discreción para que no pareciera que la estaba follando de verdad. Pero cuando se corría, todavía tenía que follarla muy fuerte, pero como solía coincidir con sus orgasmos, se perdía entre las oleadas y los espasmos. Creía que era muy listo por quedarme inmóvil dentro de ella después de que se corriera; me agarraba las nalgas y me empujaba hacia dentro y hacia fuera un par de veces. Entonces mi pene se ablandaba y me empujaba hacia fuera. A veces todavía me advertía que no la follara, aunque seguía haciéndolo, pero nunca había montado un escándalo como ahora. Toleraba que la follara durante el "juego tambaleante" y no me regañaba, pero no se tomaba bien que la hubiera follado estando borracha. Sencillamente no podía entender por qué se me permitió tener relaciones sexuales cien veces durante ese juego tan inestable, pero ahora, de repente, era un error imperdonable.

Pensé en el tiempo antes de que casi tuviéramos sexo de verdad. Durante semanas, ella siempre estaba excitada y ansiosa, haciéndome arrodillarme entre sus muslos y masturbándome. Siempre sabía desde el principio cuándo estaba a punto de correrse y me atraía hacia adelante por mi pene, empujándolo dentro de su vagina con un suave gemido. Sonreía mientras la follaba durante unos minutos y luego, aliviada y libre, me corría. Después, me abrazaba y me susurraba al oído: "¡Después de tu cumpleaños, cuando tengas 16, tendremos sexo de verdad!". Todos los días, era ella quien me pedía que me arrodillara entre sus muslos. Al principio, solo empujaba la punta de mi pene dentro de su vagina y me masturbaba, y cuando estaba a punto de correrse, lo empujaba hasta el fondo porque le gustaba mucho que la eyacularan dentro de ella. Pronto, sin embargo, lo cambió todo de nuevo; tan pronto como la

punta de mi pene estaba dentro de ella, comenzaba a masturbarse el clítoris. Yo la follaba todo el tiempo mientras ella se llevaba al clímax. A medida que se acercaba su orgasmo, su rostro se contorsionaba hasta que, en el clímax, se transformaba en una mueca diabólicamente temblorosa. Luego se relajaba y me dejaba seguir follándola con una sonrisa hasta que me corrí. Repetimos esto a diario hasta esa maldita noche. Ella lo disfrutaba enormemente y no consideraba que ese vigoroso coito antes de la eyaculación fuera sexo de verdad. «Tonterías, eso no es sexo», me aseguraba, porque aún no lo deseaba. A veces me mordía suavemente el lóbulo de la oreja y me susurraba al oído: «¡Más tarde, muchacho, más tarde!». Eso no me ayudaba; yo estaba impaciente y lo quería cuanto antes. Y cuando estaba tan borracha, casi lo hacía y me castigaban a ese estúpido colchón. ¡No era justo!

Desperté con la primera luz del amanecer y la miré fijamente. Estaba tumbada boca abajo, desnuda, con una rodilla doblada y extendida sobre la manta. Estaba a horcajadas sobre la manta arrugada como una amazona, con la suave curva de sus nalgas sobresaliendo. Me incorporé y vi los rizos de vello púbico bajo su hendidura. Se removía de vez en cuando, como un perro soñando, presionando la parte inferior de su cuerpo contra la manta. Sospeché que estaba soñando con sexo. Sentí una descarga eléctrica, me arrastré hasta los pies de su cama y me quedé mirando su hendidura, que ella presionaba repetidamente con fuerza contra la manta arrugada. Me incliné hacia adelante todo lo que pude y contemplé su vulva entreabierta. Su clítoris era prominente de nuevo, casi tan largo como la punta de un dedo, y ahora lo empujaba con firmeza e intensidad contra la manta mientras soñaba. De repente, golpeó salvajemente contra el techo durante unos segundos, luego comenzó a masturbarse, moviendo la mano bajo su estómago. Estaba profundamente dormida, su abdomen inferior se contraía y bombeaba. ¡Mi corazón latía con fuerza porque había tenido otro orgasmo en su sueño!

Durante los siguientes días, apenas dormí y la observé media noche; siempre se despertaba porque se excitaba mucho en sueños, apartaba las sábanas y se masturbaba en silencio, a veces dos o tres veces, antes de volver a dormirse. Cada vez que tenía un orgasmo, levantaba la cabeza para comprobar si el chico estaba dormido. ¡Él siempre dormía profundamente, por supuesto! Tranquilizada, volvía a acostarse, abría las piernas y se masturbaba con

gran concentración. Rara vez paraba después de la primera vez; normalmente, se masturbaba dos o tres veces, durante horas seguidas, y en silencio absoluto. ¡Fue un descubrimiento sorprendente y emocionante que Isa se masturbara todas las noches! Claro que ya la había visto masturbarse antes. Pero su excitación tenía que ser bastante intensa y acorde con el ambiente para que lo hiciera en mi presencia. Pero acabo de descubrir que lo hacía todas las noches.

Durante todo el verano hubo tormentas, hizo calor y humedad, y yo seguía durmiendo en el colchón; era un excelente punto de observación. Por las noches, cuando nos íbamos a la cama, todavía había luz, e Isa siempre leía hasta que oscurecía. Durante unos días, la observé en secreto mientras tenía orgasmos nocturnos. Pronto, su expresión se volvió menos seria, y cuando se sentaba a la mesa a leer, no prestaba tanta atención a la posición de sus piernas, así que a menudo podía ver su vulva o el pliegue de su vagina. Esto me excitaba cada vez más, y comencé a masturbarme en secreto, aunque todavía había poca luz. Al cabo de un tiempo, me di cuenta de que ella solía observarme discretamente. Aunque normalmente me dormía inmediatamente después, pronto me despertaba porque se masturbaba ruidosamente por la noche. Enseguida comprendí la conexión: que mi masturbación podía provocarle una intensa excitación. A partir de entonces, abandoné todo secreto y me masturbé exhibicionistamente en mi colchón, tanto como pude. Y entonces fingí estar dormido, acechando como un espía.

Mi plan funcionó. Isa siguió leyendo unos minutos más y me miró parpadeando para ver si ya estaba profundamente dormida. Claro que sí, profundamente dormida. Incluso mientras leía, sus dedos habían estado jugando un poco con uno de mis pezones, moviendo sus lenguas hacia su vulva o clítoris. Luego, con un suspiro, dejó el libro, se desnudó rápidamente y se acostó en la cama. Abrió bien las piernas dobladas y se masturbó. Cuando su excitación aumentó y cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia un lado y se masturbó más rápido, supe que ya no podía oír ni ver nada. Fue entonces cuando me sentaba o me acercaba con cuidado al pie de la cama para observarla bien. Con Hildegard, solo había adivinado cosas desde la distancia, y Anni tenía una vagina diminuta con un clítoris minúsculo que era casi invisible. Pero ahora lo observaba todo muy de cerca, cómo se veía y cómo lo hacía.

Donde Anni tenía dos pequeños pliegues de piel que protegían su vagina de miradas indiscretas, tenía gruesos pliegues colgando; dos labios mayores grandes, gruesos y arrugados. Entre ellos, un pliegue de piel, como una capucha, descendía desde arriba, ocultando su clítoris. Para masturbarse, empujaba este pliegue protector de piel hacia atrás con el pulgar, de modo que su clítoris emergía como la punta de un dedo, y lo masturbaba con el índice, muy suavemente. El clítoris se ponía duro y rígido, y se balanceaba de un lado a otro como una pequeña pelota que no se hundía en la bañera, pero ella seguía, dejando que la pequeña pelota bailara hasta que llegó al orgasmo.

Mientras se acercaba al orgasmo, su mano plana describía un movimiento ovalado, sus dedos extendidos presionaban contra su clítoris, y al final, cuando su bajo vientre comenzó a agitarse, presionó dos dedos de su otra mano contra su vagina y se masturbó, muy fuerte y rápido; como descubrí con el tiempo, se masturbaba muy rara vez. Ahora que el orgasmo terminó, exhaló sus jadeos reprimidos de "¡Ooh!" y "¡Aah!", y presionó sus dedos de masturbación contra su vagina solo de forma irregular y espasmódica; ahora era el momento de que yo desapareciera discretamente de nuevo en la cuna y fingiera estar dormido, pero tenía que ser rápido, mientras ella aún mantenía su mano presionada contra su vulva y dejaba que su excitación disminuyera con jadeos. Casi siempre, después de un breve descanso, lo hacía de nuevo, o incluso dos veces, antes de caer en un sueño profundo y profundo. Por supuesto que yo no podía dormirme, no después de tanta excitación. Pronto la oí respirar profundamente o roncar un poco, así que pude obtener algo de alivio rápidamente.

Por supuesto, Isabella se había dado cuenta desde el principio de que él la observaba a escondidas mientras se masturbaba desde su colchón. Fingía no darse cuenta, experimentando la excitante sensación de exhibirse mientras se masturbaba. Generalmente, consideraba la masturbación algo íntimo y privado, que practicaba solo en secreto, no delante de él, pero a veces se sentía desinhibida y lo hacía. Especialmente ahora que él estaba confinado al colchón, dejar que la observara le producía una emoción especial. En sus fantasías de masturbación, recordaba cómo, de niño, él jugaba a ese juego inocente de menearse. Cómo se detenía y disfrutaba del latido y palpitación de su pene dentro de ella. Mientras no pu-

diera eyacular, no era nada especial para ella ni para la moralista perversa que llevaba dentro.

Su pene seguía siendo el de un niño delgado, incluso cuando era capaz de eyacular. Sin embargo, su conciencia moral se removió y tuvo que advertirle que no tuviera relaciones sexuales. Con eso, su conciencia se calmó; él danzaba como un fuego fatuo sobre su vulva, y cuando le apetecía, deslizaba su delgado pene de niño en su vagina para eyacular. A veces, ella misma se excitaba tanto que dejaba su pene dentro y se masturbaba. Después, su conciencia moral la juzgó, declarándola una depravada por masturbarse tan públicamente y exhibirse de forma tan exhibicionista ante su hijo. Los meses pasaron volando, su pene creció, volviéndose más largo y grueso. Ella lo sedujo hasta que él se lo metió dentro. Él obedeció la prohibición de tener relaciones sexuales, pero ya no podía eyacular "por sí solo". Ella misma lo empujaba hacia adentro y hacia afuera, lo dejaba eyacular dentro de ella, ¡y su vagina le indicaba que con semejante pene, uno sí podía tener un orgasmo! Sobresaltada, se detuvo y se masturbó hasta alcanzar el orgasmo con los dedos. Y así, las semanas y los meses pasaron volando entre actividades pecaminosas.

Ella luchaba con un terrible conflicto interno porque, contra la feroz resistencia de su conciencia pequeñoburguesa y fanática, lo estaba manipulando lenta y cuidadosamente para que tuvieran sexo. Al principio, le permitía un poco de sexo para que llegara al orgasmo. Día tras día, ella fue ampliando ese límite, y ese poco se convirtió en más. Cuanto más tiempo tenían sexo, más a menudo ella alcanzaba el orgasmo que tanto había anhelado. Por supuesto, después decía que no era sexo "de verdad" porque no se suponía que lo fuera. Su conciencia culpable a menudo la obligaba a tomarse un descanso del sexo durante semanas, durante las cuales le hacía unas deliciosas masturbaciones y sexo oral para aliviar su conciencia. Él era tan poco exigente; su querido chico nunca hacía exigencias. La eyaculación, sí, eso era esencial, pero lo que la provocaba no era tan importante para él.

En los meses previos a aquella noche de borrachera, ella lo manipuló sin piedad, diciéndole que no tenían permitido tener sexo, y que la noche anterior, no, eso no había sido sexo de verdad. Cada noche, su lujuria la dominaba; se acomodaba, abría las piernas y comenzaba a acariciar suavemente su clítoris. Tras unos minutos

de observarla con avidez, él se arrodillaba entre sus muslos con una erección dura como una roca y la penetraba. La follaba lenta y deliberadamente, porque nunca se le permitía que pareciera sexo; ella se lo había inculcado. Por supuesto, él perdía el control antes de eyacular y la follaba con tanta fuerza que ella tenía que sujetarse los pechos, que se movían salvajemente, con ambas manos. Naturalmente, cada día le costaba más excitarse antes de correrse. Naturalmente, ella lo disfrutaba enormemente y le aseguraba que era realmente bueno y que de ninguna manera era sexo de verdad. Si procedía lenta y deliberadamente, al menos al principio, entonces sin duda no sería sexo de verdad. Sí, a veces podía explicarle bastante bien que en realidad solo se estaban masturbando juntos, él dentro de su vagina, sus dedos en su clítoris. Isa a veces dudaba de si él le creía. Su conciencia, al menos, la atormentaba mucho, porque sabía lo que era follar y no follar, y que tenía que detenerlo de alguna manera. Tenía dos o tres orgasmos antes de que su erección disminuyera. Podía durar una hora o más, porque mientras duraba la erección, ella lo atraía hacia sí después de que eyaculara, para seguir sin follar. Le acariciaba la cara y le imploraba con fervor que eso no era follar de verdad. Lo decía también para acallar su conciencia, pero sabía que era una completa tontería. Seguía considerando su masturbación algo privado, pero cuando estaba muy excitada, lo hacía, sin importarle que él la estuviera observando con curiosidad. Si él no había terminado, ella seguía masturbándose hasta que eyaculaba, y normalmente más tiempo si aún necesitaba un orgasmo. La excitación que sentía cuando él la observaba masturbarse con curiosidad, como si lo viera por primera vez, era a veces tan intensa que, después de que él se calmara, sentía la necesidad de masturbarse de nuevo, de exponerse y dejar que él la viera. A veces susurraba que lo harían como es debido cuando él fuera mayor. Pronto.

El colchón había desaparecido a la mañana siguiente. Dormimos desnudos en la cama otra vez, por supuesto, y cuando me quedé dormido después de masturbarme, pude sentirla masturbándose, algo que ya no ocultaba como antes. Sí, si me masturbaba con mucha intensidad, a veces ella también empezaba a masturbarse, y yo pronto eyaculaba y la observaba masturbándose en la penumbra. Siempre era introspectiva, profundamente absorta, y tenía orgasmos hermosos después de masturbarse durante mucho tiempo. Eran días maravillosos; esperaba para masturbarme mientras nos abrazábamos, y acariciaba la hermosa vulva de Isa

hasta que su mano se unía y ella doblaba las piernas. Luego nos masturbábamos juntos y nos observábamos. Isa sonreía y parecía feliz de masturbarse tan a menudo como quisiera.

Después se sentó a la mesa, donde bebió lentamente un vaso tras otro, mientras yo me quedaba dormido poco a poco. Pronto me daría cuenta de que beber la desinhibía por completo.

Desperté en la noche, como si sintiera movimientos apresurados a mi lado. La lámpara de la mesilla aún estaba tenuemente encendida. De repente, me desperté, percibiendo sus movimientos rápidos e intensos y su excitación. Olí el fuerte aroma a licor que desprendía y sentí su corazón latir con fuerza, el fuego ardiendo bajo su piel. Impulsado por la curiosidad, me giré completamente hacia ella y la toqué con timidez, pero no le gustó nada y se apartó bruscamente, hacia la pared.

Por los movimientos de su brazo, supe que continuaba de inmediato. Se quedó paralizada al instante cuando la toqué, cuando mis dedos rozaron su cuerpo sudoroso y tembloroso. Seguí acariciándola aunque se había acurrucado y se había dado la vuelta. Intentó alejarse aún más y ya se apoyaba contra la pared, pero cuando acaricié sus pezones y luego sus genitales, poco a poco empezó a suspirar y a jadear profundamente de nuevo, y ya no se resistió.

Estaba completamente borracha, y yo estaba absolutamente seguro de que hoy podía hacer cualquier cosa con ella. Cualquier cosa. De verdad, cualquier cosa. Estaba increíblemente emocionado.

Lentamente, se recostó boca arriba y abrió las piernas con timidez, ofreciéndose a mi mano para luego separarlas por completo. A pesar de mi nerviosismo, intuí que lo disfrutaba y que no podía parar.

Me acosté en diagonal detrás de ella, me pegué a sus nalgas y la rodeé con mi mano por la cintura, enterrando mis dedos profundamente en su vulva húmeda. La acaricié y froté; ella gimió y se quejó, pero después de un rato, me detuve, sobresaltado, cuando nuestros dedos se tocaron de repente. Nunca antes la había experimentado tan excitada sexualmente estando tan cerca; su masturbación era intensa y excitante, y esta excitación era contagiosa. Con la mano húmeda que acababa de explorar su vulva húmeda, la

giré ligeramente hacia un lado, me presioné hacia adelante con intensa lujuria y luego guié mi pene a lo largo de la hendidura de sus nalgas hasta que tocó sus labios. Hice una pausa, insertando tentativamente la cabeza de mi pene entre sus labios externos, solo un poquito, lo suficiente como para poder sentir claramente sus labios bailando de un lado a otro con el rápido movimiento de sus dedos.

Por fin, pensé emocionado, por fin íbamos a tener sexo de verdad, pero ella parecía haberse olvidado por completo de mí y seguía masturbándose impacientemente, jadeando y con la mirada perdida. Emocionado, indagué más adentro con la punta de mi pene, alcancé su vagina y solo entré unos pocos milímetros. Solo me atreví a entrar y salir con cautela, solo unos centímetros de profundidad, porque no me atrevía a ir más allá, y también estaba inseguro de mí mismo porque ella estaba completamente ausente y perdida en su propia masturbación. ¡Hurra, estoy teniendo sexo, estoy solo un poquito adentro, y la maravilla de sentirla masturbándose con la punta de mi pene! Solo la penetré con mucho cuidado, solo centímetros a la vez, y me concentré en sentir su masturbación cada vez más intensa, que duró mucho tiempo.

Tras varios minutos, tuvo un orgasmo ruidoso y apretó las nalgas con fuerza, de modo que su vagina se sacudió sobre mi glande, sobre todo mi pene, hasta que quedó completamente dentro de ella, lo que me asustó muchísimo. Sentí como si una babosa cálida y húmeda se retorciera alrededor de mi pene y lo lamiera con una lengua ardiente; como una boca, palpitaba alrededor de mi pene y parecía querer engullirlo convulsivamente.

Ella me penetró varias veces y me folló al ritmo de su orgasmo; me estremecí como si me hubiera alcanzado un rayo cuando me corrí, pero ella me agarró, mi trasero, y me presionó con firmeza y resolución hacia su orgasmo, profundamente adentro. Me corrí una y otra vez y la oí gemir y sollozar de alivio; y solo ahora, mientras ella follaba mi pene con su vagina de forma espasmódica, me penetré profundamente, dejando que pulsara y eyaculara dentro de mí, y solo noté vagamente que me sostenía con ambas manos y me penetraba, una y otra vez, hasta que se corrió de nuevo, bombeando violentamente.

Pero ya había cruzado el punto de no retorno. Me alegró que estuviera tan borracha que me dejara hacerle cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa. Mi pene, casi completamente erecto, seguía dentro de ella, y yo había continuado con suaves movimientos de empuje todo el tiempo. Aunque las lágrimas corrían lentamente por sus mejillas, suspiró profundamente, se acomodó mejor y, con un suspiro resignado y avergonzado, abrió sus muslos para mí. Con una mirada tímida, ebria y borrosa, su mano guió mi pene con incertidumbre hacia su vagina, y cuando entré, lo reconoció con un suave gemido y lloró con lujuria y vergüenza intolerante. Con su otra mano, me sujetó por la nalga para que no me resbalara y empujó mi pene profundamente dentro de ella, su vagina abriéndose suave y voluntariamente. Sentí que mi polla se ponía dura y grande dentro de ella y continué follando jadeando durante un buen rato hasta que me acarició el ano con exigencia, provocando mi eyaculación.

Lloró y me sonrió, completamente borracha. Sabía que podía hacerle cualquier cosa, y ella me dejaría hacerle cualquier cosa.

Siguieron unos minutos de silencio. Yo seguía rígido e hice pequeños movimientos de empuje para indicar que aún no había terminado. Pude ver que Isa estaba ebria y confundida, y al mismo tiempo, lloraba en voz baja. Me incorporé para apoyarme en sus rodillas, y mi erección salió a la luz. Por la forma en que guió mi pene de vuelta a su vagina con un suave gemido, supe que ella también estaba cachonda. Mientras follábamos, separé rítmicamente sus rodillas, y ella presionó su pelvis contra mí al mismo ritmo. Solo pasaron unos minutos antes de que jadeara, gimiera suavemente, y su vagina ordeñara intensamente mi pene. Su "¡Uahhh!" fue solo un débil gorgoteo porque ahora sostenía ambas manos frente a su rostro con profunda vergüenza. Isa gemía y lloraba de placer y acariciaba mi ano con exigencia y provocación, como siempre hacía cuando quería que me corriera más rápido. Me había entrenado en esta técnica erótica de sexo anal durante nuestros juegos, para poder provocar mi eyaculación cuando quisiera. Una intensa sensación me invadió de inmediato y eyaculé con fuerza en su vagina. Ella sollozó suavemente mientras yo eyaculaba una y otra vez, penetrando con fuerza dentro de ella hasta que mi pene se ablandó. Su llanto fue disminuyendo gradualmente y, finalmente, cansada, me apartó.

Ella sabía que algún día tendrían sexo. Isabella, por supuesto, sabía exactamente lo que hacía. Encontraba encantadores los juegos inicialmente inofensivos de menearse; él no podía tener sexo ni eyacular. Cuando finalmente pudo eyacular, ella lo dejó menear inocentemente sus nalgas y eyacular durante años; eso no era sexo, al menos no sexo de verdad. Constantemente repetía el mantra de no tener sexo mientras su pene crecía y podía eyacular. El chico obediente dejó de menearse y se volvió pasivo, pero ya no podía eyacular por sí solo. Para no socavar su mantra, ella tomó el control del sexo, usando el pene de Jack casi como un consolador. Él parecía disfrutar plenamente de que ella usara su pene para darse placer y eyacular dentro de ella. Su erección duraba hasta tres eyaculaciones antes de disminuir. Y respondía muy directamente a la estimulación de su ano, disfrutando cada vez más de ser penetrado con los dedos. Ella se aprovechó del hecho de que su pequeño pene ya se había convertido en un pene bastante respetable y grande, y podía llevarla fácilmente al orgasmo.

La rutina solía seguir un patrón. Tras un descanso de dos o tres semanas, cuando sentía esa familiar y lasciva atracción en sus caderas, tomaba su mano, la que él había usado para masturbarse, y la colocaba sobre sus pechos. Él lo entendía de inmediato y la acariciaba con ambas manos, lo cual a ella le encantaba, hasta que se excitaba profundamente. Entonces, ella estimulaba brevemente su pene y lo guiaba hacia su vagina. Cada vez, al penetrar, un suave gemido escapaba de sus labios mientras su grueso pene se abría paso en su interior. Ella lo empujaba hacia adentro y hacia afuera con ambas manos, y al poco tiempo, él eyaculaba. Ella continuaba sin esperar, porque ahora su erección duraba mucho tiempo, hasta que ella alcanzaba el orgasmo. Durante su orgasmo, o inmediatamente después, provocaba su eyaculación con el dedo en su ano; ¡la sensación de bombeo y chorro en su vagina orgásmica era tan placentera! Ella continuaba, empujando su pene hacia adentro y hacia afuera, esperando un segundo orgasmo. Sin embargo, la mayoría de las veces no lo conseguía, así que le provocaba la eyaculación final acariciándolo con los dedos. Tenía que hacerlo durante varios minutos hasta que eyaculaba.

Sabía que algún día tendrían sexo. En su mente, confundía la intolerancia común con la edad legal de consentimiento. Planeaba esperar hasta que él cumpliera 16 años para tener sexo; hasta entonces, quería mantener las apariencias y continuar con su juego

de coqueteo no tan inocente. Pero la inocencia se había esfumado. Durante meses, no había podido alcanzar un tercer orgasmo, a pesar de estar increíblemente excitada. Como solo estaba concentrada en su propio orgasmo, en su clítoris, él comenzó a tener sexo. Gradualmente, se convirtió en algo natural que continuara hasta la tercera y última eyaculación. Sí, ella lo disfrutaba; era la anticipación del momento en que finalmente tendrían sexo como es debido después de su cumpleaños. Él embestía rápida y vorazmente, queriendo eyacular pronto. Ella disfrutaba cuando su grueso pene la penetraba, a menudo llegando al clímax al mismo tiempo que él. Siempre sucedía muy rápido, y en los buenos días, ella le aseguraba que no era sexo de verdad. Él siempre se sentía aliviado, porque cuando ella lo decía, no era sexo de verdad. Ella lo repetía hasta que se lo creía ella misma. Sin embargo, la mayoría de las veces se molestaba, sobre todo porque a ella también le gustaba mucho y nunca lo detenía. Se quejaba enfadada de que no podía tener sexo con ella así como así. Pero entonces le tomaba la cabeza entre las manos y le acariciaba el pelo revuelto. «Está bien», decía, «¡algún día tendremos sexo, sexo de verdad!».

Sabía que algún día follarían. Dos días antes de esta juerga borracha, intentó variar la rutina. “Espera un minuto, mírame”, le dijo, acostándose con las piernas bien abiertas. Él se arrodilló frente a ella, observándola masturbarse con visible excitación y curiosidad. Ella lo disfrutó enormemente, moviendo sus caderas lasciva y obscenamente mientras estimulaba su clítoris. Cuando sintió que su orgasmo se acercaba, gritó: “¡Sí, ahora!” y él la penetró rápidamente. Después de solo unos segundos, él explotó, eyaculando a chorros, su orgasmo la abrumó simultáneamente. Después de unos segundos, ella quedó satisfecha y lo detuvo. “¡Despacio, muy despacio!”, ordenó, “¡No debería parecer que estás follando!” Obedientemente, él abandonó de inmediato sus rápidas embestidas y comenzó a follar muy, muy despacio. Ella lo disfrutó enormemente, porque esto permitió que su propia excitación aumentara gradualmente. Este lento movimiento de entrada y salida, con un grueso pene llenando su vagina e incorporando rítmicamente sus labios y clítoris a sus movimientos, la excitó intensamente. A veces lo acariciaba, pero sobre todo se acariciaba los pechos y los pezones. Lo acariciaba y murmuraba que esto era correcto, que esto no era follar. Lo acarició durante quizás media hora hasta que empezó a jadear y gemir. “¡Ahora, sí, ahora estoy a punto de correr!”, jadeó, y él aumentó sus embestidas, provocando instantáneamente

su orgasmo. Dejó que su orgasmo disminuyera mientras él continuaba salvaje y violentamente. Sujetó firmemente sus pechos que se balanceaban salvajemente con ambas manos. Segundos después, eyaculó entre dientes apretados, con el rostro contraído por el esfuerzo. Pero no obedeció cuando ella le susurró que tenía que bajar el ritmo. No pudo evitarlo; no se detuvo y continuó follando con la misma salvaje intensidad. Conmocionada, se dio cuenta de que no podía detenerlo. El vigoroso movimiento de entrada y salida de su grueso pene reavivó su excitación. Se agarró los pechos temblorosos con ambas manos, apretando, pellizcando y tirando de sus pezones, sintiendo el calor subir por sus caderas. "¡Uaah! ¡Uaah!" escapó de su garganta repetidamente, el orgasmo duró minutos debido a las intensas embestidas. Él continuó embistiéndola, y ella le susurró repetidamente que se detuviera, pero el constante movimiento de entrada y salida la hizo jadear y gemir con intensa excitación. Él mostró los dientes y contorsionó su rostro en una mueca mientras finalmente eyaculaba. Ella sintió sus orgasmos pulsantes pero no experimentó el chorro habitual de semen en absoluto. Él permaneció dentro de ella hasta que su pene se volvió completamente flácido. Cuando se acostó a su lado, recuperando lentamente el aliento, ella le dijo que no podía follarla como lo acababa de hacer. Eso era casi como sexo de verdad, y no tenían permitido hacer eso. Él asintió con cansancio y no dijo nada, porque no entendía. Ella le acarició el pene y le dijo que lo estaba haciendo muy bien, que ya estaba deseando que cumpliera 16 años para poder tener sexo de verdad. Después, se abrazaron y se acariciaron suavemente hasta quedarse dormidos.

Sí, anoche lo había permitido; no, en su borrachera prácticamente lo había seducido para acostarse con ella. Era exasperante que estuviera tan borracha y le dejara tan claro que podía hacerle lo que quisiera, absolutamente lo que quisiera. Si hubiera estado más sobria, no lo habría hecho. Isa no sabía qué hacer ahora que se había abierto la caja de Pandora. Decidió esperar hasta su cumpleaños. Sabía que algún día se acostarían.

Uno de los días siguientes, llegó el momento. Isa ya se estaba frotando rápidamente y no se percató de nada; siempre se mostraba retraída y absorta en su propio mundo cuando se masturbaba. Tampoco se dio cuenta de que me arrodillé entre sus muslos y acerqué con cuidado mi erección. Respiraba agitadamente porque se acercaba su orgasmo, y yo contuve la respiración porque se es-

taba frotando tan rápido que pensé que no podría parar. Pero cuando penetré con cautela en su hendidura, se estremeció.

—¿Qué estás haciendo? —gritó alarmada, buscando a tientas la lámpara de la mesita de noche, que era incómodamente brillante. Volvió a pulsar el botón y atenuó la luz. Por supuesto, supo inmediatamente lo que pretendía hacer. Isa sabía que hoy iba a ser follada, realmente follada. Me arrodillé rígido y nervioso ante ella, sujetándole las rodillas con ambas manos. —No —susurró con voz ronca mientras lentamente le separaba las rodillas, lo que permitió sin resistencia y con total disposición. Observé su sexo húmedo y el dedo que aún descansaba sobre su clítoris bajo la luz brillante, y vi que su abertura vaginal aún temblaba ligeramente. Con vacilación, extendí una mano hacia su hendidura excitada y temblorosa y la separé un poco más, momento en el que dejó de jadear y contuvo la respiración, todavía increíblemente cachonda. Con curiosidad, palpé el clítoris grande, duro e hinchado que sobresalía audazmente de su pliegue de piel. Se estremeció como si la hubieran electrocutado y susurró, ahogada por la vergüenza, que no la tocara allí, pero aun así lo permitió. Cerró los ojos teatralmente y giró la cabeza sumisamente y avergonzada hacia un lado, pero no se resistió en absoluto a mis caricias curiosas. Isa era muy consciente de que la caja de Pandora se había abierto irrevocablemente, que no se podía posponer hasta mi cumpleaños. Sabía que estaba a punto de ser follada. Eso estaba bien; se haría la difícil y protestaría formalmente, pero débilmente. No me dejaría ganar sin esta pequeña actuación.

Me tumbé sobre su estómago, acaricié sus pechos como solía hacerlo y me mecí suavemente de un lado a otro, con la punta de mi pene firmemente presionada contra su hendidura. Se calmó rápidamente y me dejó continuar. Pensé en cuántas veces lo habíamos hecho antes y lo dije. “No”, susurró, fingiendo miedo, “¡no puedes follar con tu madrastra!”. “Sí, puedo”, pensé en silencio, y al mirarla, vi miedo y desesperación, pero también excitación y lujuria. Tenía lágrimas en los ojos, lágrimas de vergüenza y lujuria culpable, mientras susurraba: “¡No, no debemos follar!”. ¡Sí, Isa era una maldita buena actriz!

Bajé una mano entre nosotros y acaricié la punta de mi pene varias veces en su hendidura. Podía sentir que aún estaba increíblemente excitada por su masturbación anterior, y que su cuerpo

pensaba diferente a su mente. Isa sabía que estaba a punto de ser follada. Me enfadé porque susurró, con la voz ahogada por las lágrimas, que no quería ser follada, mientras que al mismo tiempo sus muslos se separaban voluntariamente. “No lo hagas”, susurró, mirándome con una expresión lujuriosa y excitada, “por favor, no me folles, ¡no te corras!” mientras indicaba a medias que quería cerrar un poco las piernas. Extendió la mano hacia mí y pareció apartarme a medias, pero la agarré de los antebrazos, los doblé hacia atrás y los forcé a bajar detrás de su cabeza. ¡Maldita sea, debería dejarme hacerlo! La solté lentamente, y ella dejó sus brazos allí como si los hubiera atado mágicamente detrás de su cabeza.

Isa sabía que por fin iba a ser follada y me miró expectante, muy lujuriosa, y dejó de llorar. Me zumbaban los oídos cuando le abrí los muslos con una mano y no sentí ninguna resistencia. Abrió las piernas voluntariamente y lentamente la penetré, infinitamente lentamente, mientras la veía inhalar profundamente con un gemido de placer, como siempre. Cuando estuve completamente dentro, giró la cabeza hacia un lado y cerró los ojos fingiendo vergüenza. Susurró sin tono que no quería ser follada, pero no se resistió en absoluto; en cambio, abrió su vulva suave y voluntariamente, empujando alegremente hacia mí mientras comenzaba a follarla.

De repente, sentí un dolor en el corazón por haberle hecho esto. Apoyé mi rostro en su cuello y le pellizqué suavemente los pezones con los dedos, porque a ella le encantaba. Me quedé inquieto sobre ella, acariciándole los pezones, moviendo ligeramente la pelvis, y pude sentir cómo se endurecían poco a poco. A diferencia de la pequeña y apretada vagina de Anni, la suya, aunque grande y suave, era sorprendentemente estrecha. Se sentía como una masa suave y cálida que envolvía mi pene con facilidad, como si estuviera en una caverna estrecha. La vagina de Anni siempre se había sentido como un guante firme y ajustado; ahora, sin embargo, solo sentía una suave calidez y un abrazo suave y pasivo. Era a la vez excitante y asombroso. La vagina de Isa se sentía completamente diferente, muy especial, cada vez.

Isa respiraba y jadeaba profundamente mientras yo yacía encima de ella, follándola con fuerza. Su miedo y sus lágrimas me habían vuelto loco; embestía y embestía con todas mis fuerzas. Una transformación tuvo lugar en ella, una que ya había notado antes

con Anni. De repente se volvió suave y complaciente, sus caderas se movían al ritmo de mis movimientos y sonrió. Después de un rato, jadeaba igual que Anni cuando follaba con Willi, embistiendo salvajemente desde abajo. Inesperadamente, dejó escapar su "¡Uaah!", como siempre hacía cuando tenía un orgasmo, y sus caderas se movieron en oleadas cortas e intensas. Sentí que me acercaba al clímax y me masturbé cada vez más rápido. Todo su cuerpo temblaba y se agitaba con mis embestidas, y aunque seguía embistiendo con fuerza, susurraba en breves ráfagas: "¡No, no, no me folles!"

Ya era demasiado tarde para eso. Apreté los dientes y lancé el primer chorro profundamente en su suave y cálido útero. Ella jadeó y cerró los ojos con fuerza; embestí convulsivamente contra su vulva, y chorro tras chorro salió disparado de la punta de mi pene dentro de ella. Aunque mi pene aún estaba duro, me sentí culpable y quise parar. Pero calculé mal la situación; ella rápidamente agarró mi pene y lo volvió a introducir en su vagina. No se conformó con una sola follada, y yo me alegré, así que follamos de nuevo. Ella jugueteó con sus pezones con sus dedos, y sus grandes y pesados senos se sacudieron al ritmo de la follada. Su "¡Uaah!" resonó y se convirtió en gemidos jadeantes, mientras su clímax duraba mucho tiempo. Me miró con una expresión de satisfacción y me dejó follarla paciente y pasivamente hasta que finalmente me corrí. Sentí que mi pene se encogía gradualmente y se deslizaba fuera de su vagina con un chasquido inaudible.

Me sentía oprimido y esperaba ansiosamente una diatriba. Pero ella permaneció allí tumbada, tal como yo me había deslizado de ella, y me acarició el pelo. «Niño estúpido», me regañó, y yo suspiré aliviado porque no sonó cruel, «¡no tienes permitido follar con tu mami!». Me alivió ver que me sonrió amablemente mientras decía esto, y cerré los ojos durante unos minutos porque estaba feliz y terriblemente cansado.

Unos días después, al despertar por la mañana, sentí que me alcanzaba y me tocaba el pene. Lenta y suavemente, lo acarició hasta que volvió a ponerse erecto, y luego continuó acariciándolo suavemente de arriba abajo hasta que se puso duro y rígido. Me incorporé a medias y la miré; sus ojos brillaban con una sonrisa febril. Sospeché que acababa de masturbarse y que aún estaba muy cachonda. Continuó acariciándome de forma seductora con su

mano, luego se inclinó hacia adelante y me susurró al oído: "¿Quieres hacerlo otra vez?". Al principio no entendí y la miré con sueño, pero parecía bastante avergonzada, así que le susurré: "... otra vez... ¿joder?". Bajó sus ojos, que brillaban con fiebre, tímidamente y susurró con una expresión infantil: "¡Sí, quiero que me folles!", y tras una breve pausa: "¡Por favor, lo necesito, ahora!".

Tenía los oídos zumbando, el pene duro como una roca y el cansancio se me había esfumado. Me coloqué rápidamente entre sus muslos, que ella abrió con evidente excitación, apoyé la cabeza en su hombro y jugué con sus pezones. Bajó la mano y con delicadeza me guió el pene hacia su vagina, para luego abrazarme con ternura. Sentí su intensa lujuria con todos mis sentidos y la follé con toda la fuerza y rapidez que pude. Desde el primer instante, cerró los ojos y jadeó, moviendo las caderas al ritmo de mis movimientos mientras la penetraba con precisión milimétrica.

Ella se excitó cada vez más y empujó con más y más fuerza, luego su rostro se contorsionó, y después de un largo y profundo jadeo, un pequeño sonido escapó de su garganta, un "¡Uaah!". Yo aún no había llegado y continué follando enérgicamente. Su clímax aún continuaba, su vagina aún palpitaba, y arqueó la espalda en una placentera desesperación, exhalando ruidosamente mientras tenía un orgasmo, porque la estaba follando fuerte y rápido. Instintivamente supe que así era exactamente como debía ser. Una oleada caliente surgió dentro de mí, luego casi me derrumbé al correrse. Ella sostuvo mis nalgas firmemente con ambas manos, en un abrazo amoroso, mientras eyaculaba a chorros y gradualmente me calmaba.

Me sostuvo con cariño y ternura en sus brazos mientras volvía a dormirme, y luego me susurró al oído que yo era su pequeño toro. Adormilado, murmuré que no era un toro, pero ella solo sonrió sabiamente y me acunó hasta que me quedé dormido.

Diversión en el baño

von Jack Faber © 2020

Isabella había viajado a España para ver a su marido —mi padre— y a sus familiares. Le costaba mucho dejarme sola, pero lo había planeado todo y me había dejado muchísimo dinero para que no me pasara hambre durante esas ocho semanas. Le prometí ir a la piscina todos los días, comer tres veces al día como siempre y no meterme en líos. Llamaría a los Eders todos los viernes por la noche para preguntarles lo que fuera. Conocíamos bastante bien a los Eders y, lo más importante, tenían su propio teléfono. Le prometí todo, sí, incluso nada de fiestas ni visitas a nuestro apartamento. Estaba emocionada y curiosa por las aventuras que me esperaban.

El primer día, dormí hasta el mediodía y fui a la piscina. ¡Cuántos cuerpos de mujeres hermosas, algunas siguiendo las últimas tendencias de la moda y en topless! ¡Qué delicia! Una horda de penes pequeños corría en círculo, rodeando a una jovencita, volviéndose más osados cuanto más lloraba ella, indefensa. El más grande la agarró y le arrancó la parte de arriba del bikini brutalmente, y ella intentó cubrirse los pechos con los brazos. Los pequeños gritaban: "¡Quítatelo! ¡Quítatelo!". Eso bastó para despertar mis instintos protectores. Mi voz fuerte los silenció de inmediato; el grande recibió dos fuertes bofetadas, y antes del tercero, todos huyeron. ¡Les grité que no volvieran a molestar a esa chica jamás!

Tomé la parte de arriba y dije mi nombre. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y la examinó. Dijo que se llamaba Babsi, y la prenda estaba completamente rota. Babsi, repitió, de Barbara. Soportó mi inspección con inocencia pero con seguridad, encorvando los hombros para lucir sus lindos pechos. Charlamos animadamente, mis ojos iban de un pecho a otro, entre sus pechos y sus ojos, lo que parecía disfrutar mucho. Hablamos durante un buen rato; iba a la misma escuela que yo, tenía 15 años —no, me corrigió, ya 16— y vivía en tal sitio. Y no, no podía quedarse porque no le permitían ir en topless; su madre se lo había prohibido. Se fue después de que hiciéramos planes concretos para vernos mañana en la piscina. Le comenté que tenía un vestuario familiar privado y que podría gastar el dinero de la piscina en helado mañana. Se fue sonriendo feliz.

La vi casi toda la noche al cerrar los ojos. Era mucho más baja que yo y regordeta; no era muy guapa, su largo cabello rubio parecía rebelde, y solo sus ojos grises delataban su inteligencia. ¡Pero qué pechos! Seguramente era demasiado joven para mí, con 16 años, pero ver sus pechos en la oscuridad de mi habitación me produjo un cosquilleo de placer. Al día siguiente, ya la estaba esperando con la llave, y entramos, con el corazón latiendo con fuerza, en el cubículo al final del pasillo.

Nos desvestimos, yo nervioso, ella completamente desinhibida. Se giró hacia mí y, con inocencia infantil, exhibió su desnudez durante largos minutos, mirándome con curiosidad y dejándome mirarla. Nos abrazamos, juntamos nuestros cuerpos desnudos y nos besamos durante un buen rato; era muy buena en eso. Después del último beso hermoso, lo intenté de inmediato y directamente, pero ella me rechazó suavemente, diciendo que esperaría hasta la boda. Palpó mi pene y susurró que era muy buena en eso, que había masturbado muchos penes. Asentí, dejé mis manos sobre sus pechos y me hizo una maravillosa paja, dejando que mi semen rociara sus pechos y frotándolo con una sonrisa. Fuimos a nadar y admiramos juntos hermosos cuerpos, calificando pechos desnudos con notas escolares, pero ella seguía mirando mi bañador, evaluando la erección de mi pene. Era una pequeña pícara ardiente, y tuvimos que volver a la cabaña cuatro veces más para ocuparnos de mi pene erecto. Quedamos en vernos de nuevo mañana.

Babsi se convirtió en una buena amiga, y siempre disfrutaba haciéndome una paja cuando veía mi erección palpitante. Me gustaba mirar su desnudez con curiosidad; casi no tenía vello púbico todavía, y debajo de su monte de Venus plano, podía ver su sorprendentemente grueso pliegue vulvar, que ocultaba tanto sus labios como su clítoris, como suele ocurrir con las chicas muy jóvenes. Le acaricié el monte de Venus y le pregunté en voz baja si se masturbaba. Me sonrió radiante con su mirada inocente y susurró: “¡Sí, por supuesto!”. Le susurré que debería hacerlo; me encantaría mirarla. Con entusiasmo infantil, asintió y se sentó frente a mí. Mientras abría las piernas, miré sus pequeños labios y vi su clítoris, que me pareció muy pequeño. Luego se masturbó con destreza, y noté que, si bien su clítoris no creció, se puso muy rígido y duro bajo su dedo, palpitando como una pequeña espina rígida cuando presionaba su dedo contra un punto encima de él durante su orgasmo. Su orgasmo llegó rápido, en silencio y con mucha suavidad; solo

su clítoris y su vagina se contraían intensamente. Permaneció allí tumbada durante un buen rato, con las piernas bien abiertas, dejando que su corazón comenzara a latir con más calma.

Me incliné hacia adelante, miré con atención dentro de su vagina, pero por más que miré, ¡no había himen! ¡Una vagina perfectamente normal y abierta, sin duda alguna! Pregunté con mucha cautela sobre "esperar hasta la boda", y ella susurró que hablaba muy en serio, que su madre la había hecho hacer un voto, y... La interrumpí y dije: "¡No eres virgen, ya no tienes himen!". Se incorporó protestando, pensando que estaba bromeando. Entonces se dio cuenta de que hablaba en serio y juró que nunca había tenido sexo. Sus amigas solo estaban allí para besarse, y la cosa solo llegaba hasta hacerles una paja. Si alguna quería tener sexo de verdad, lo dejaba plantado. Nunca, jamás había tenido sexo, lo juró por todos los santos. ¡Seguía siendo virgen, tenía que serlo!, dijo con absoluta certeza. Aun así, noté su incertidumbre.

Jaque mate en dos movimientos, pensé, y comencé a seducirla con lógica clara. "Babsi", dije, "si eres virgen y te meto el dedo..." Babsi negó con la cabeza con asco... "vale, te meteré el pene en la vagina con mucho, mucho cuidado, pero entonces no funcionaría, tu himen lo impediría, sentirías dolor inmediatamente, ¿no? Entonces sabrías con seguridad si sigues siendo virgen..." Su asco se transformó en una reflexión profunda, curiosidad y un poco de excitación. Me deslicé hacia adelante y mi glande tocó sus labios. "¿Lo sientes?" pregunté, y ella asintió. "¡No duele!" El glande penetró lentamente un poco en su vagina. "¿Lo sientes?" pregunté, y ella asintió. "No duele, se siente raro." "¡Se siente bien!" añadió Babsi con entusiasmo. Muy lentamente, el pene entero, incluyendo el glande, se deslizó dentro de ella, y la miré triunfante. «No, no duele», dijo Babsi, profundamente conmocionada, porque se había estado mirando todo el tiempo y podía ver que el pene entero estaba dentro de su vagina. Jaque mate en el siguiente movimiento.

Le di tiempo de sobra. Mi pene estaba profundamente dentro de ella, palpitando suavemente. Su mano exploró su interior, luego intentó sacarlo. No pudo. Hice unos pequeños movimientos, y una hermosa sonrisa apareció en su rostro al sentirlo. Suspiró profundamente y cerró los ojos. Pero el voto, susurró, a lo que respondí sin ceremonias: "¡Al diablo con eso!". Apenas moví mi pene, pero

vi su sonrisa alegre y expectante. Cuatro, susurró, no es arriesgado el cuarto día. Cerró los ojos y se relajó, los abrió voluntariamente y murmuró, con el rostro sonrojado por la vergüenza: "¿Lo harás? ¿Quieres follarme?". Me miró, avergonzada pero con una expresión infantil e inocente: "¡Me gustaría intentarlo una vez!".

Esa fue nuestra primera vez teniendo sexo; ella lo disfrutó muchísimo y tuvo orgasmos repetidos. Después de que eyaculé, susurró emocionada que había sentido la eyaculación intensamente y que había tenido tres orgasmos. Era una de las pocas mujeres que conocía que podía experimentar orgasmos vaginales durante el sexo. Gracias a mi buena práctica, tuvimos sexo toda la tarde, pero tuve que parar, agotado, después del cuarto orgasmo. Durante los días siguientes, pasamos horas en la cabaña teniendo sexo, masturbándonos juntos o el uno al otro. Susurramos durante horas; pronto lo sabíamos todo el uno del otro.

Ella se masturbaba con la misma frecuencia y placer que yo, y disfrutaba muchísimo de mis caricias. También le encantaba cuando eyaculaba sobre sus pechos o su estómago durante una masturbación manual y se lo frotaba. Cuando nos masturbábamos juntos, tenía que eyacular sobre sus hermosos pechos vírgenes, de los que estaba muy orgullosa. Y cuando entrábamos al agua después, se reía y susurraba sobre cuántas chicas se habían quedado embarazadas en el agua ese día. Rápidamente aprendí a llevarla a orgasmos múltiples y muy suaves, del tipo que le encantaba, mientras ella susurraba sobre cuántas veces lo había hecho antes de quedarse dormida la noche anterior.

Le gustaba que, mientras la acariciaban o la masturbaban, me susurrara al oído todos sus secretos, todas sus aventuras eróticas. Al principio, me contó sobre sus muchas masturbaciones, sobre cada chico al que había masturbado. No me interesaba especialmente, aunque describía con gran detalle cómo, la primera vez, solo había observado cómo el chico lo hacía solo, y luego lo había masturbado con avidez y dedicación. Aprendió con curiosidad la diferencia entre penes circuncidados y no circuncidados, los diferentes tamaños y formas del glande, las diferentes eyaculaciones, y aprendió que algunos lo querían solo una vez, otros varias. Y que a ninguno le importaba el escroto.

Cuando tenía seis años, una prima la visitaba y dormía en su habitación sobre un colchón. Noche tras noche, la veía apartar las molestas sábanas y masturbarse una y otra vez, hasta quedar exhausta. Una noche, se escabulló de su cuna, se acercó sigilosamente a su prima y la observó de cerca. La prima la vio y le preguntó si ella también lo hacía, pero la pequeña negó con la cabeza y susurró que no podía. «Tonterías», dijo la prima, y la atrajo hacia sí. Con delicadeza y destreza, masturbó a la pequeña Babsi, quien esa noche experimentó orgasmos maravillosos por primera vez.

A partir de entonces, se masturbaba todas las noches, durante mucho tiempo y con tanta frecuencia que se quedaba dormida del cansancio. Su madre a veces la pillaba cuando volvía a la habitación de los niños para ver cómo estaban. Al principio, Babsi se sobresaltaba, pero con el tiempo simplemente continuó y no se dejó molestar. Más tarde, notó que su madre la observaba durante mucho tiempo y luego bajaba en silencio. Babsi se reía cruelmente al contar cómo, después, podía oír a sus padres teniendo sexo intenso, mucho más a menudo que antes. A veces bajaba de puntillas hasta el pie de la escalera y los observaba teniendo sexo, normalmente con la puerta abierta en el dormitorio bien iluminado. A veces su padre no quería, así que su madre le hacía una paja si él quería y esperaba hasta que estuviera profundamente dormido. Entonces apagaba todas las luces excepto la lámpara de la mesita de noche y se masturbaba durante mucho tiempo, una y otra vez, estremecida por los orgasmos. Le llevaba como máximo un minuto, y solo hacía pausas muy cortas. Solo el último orgasmo fue tan intenso que se detuvo y apagó la luz. Babsi habló de todo esto muy abiertamente, describiendo el cuerpo y los genitales con gran detalle. La idea de que su pequeña hija pudiera estar observando la sexualidad de sus padres nunca se les pasó por la cabeza. Babsi sonrió con una mueca de desprecio mientras relataba estas cosas y dijo que había aprendido a hacer una paja observando a su madre. “Afortunadamente, heredé mi buena capacidad para tener orgasmos de mi madre”, añadí. Babsi se quejó de que no entendía a su madre en absoluto: durante el día era tan intolerante y piadosa, siempre hablando de pecados, y una vez, cuando su padre no la escuchaba, dijo que “frotarse por la noche” era un gran pecado; sin embargo, ella misma se masturbaba, en completo secreto, aunque fuera un pecado. Estuve de acuerdo en que era cruel hacerlo en secreto a espaldas de su padre.

Cuando le pregunté si lo hacía con otras chicas, hubo una larga pausa. Luego, armándose de valor, me exigió mi palabra de honor de que no se lo contaría a nadie. Sí, estaba su mejor amiga, Evi, ya la conoces. La alta y delgada con el pelo largo y negro, todos la llaman "la Misteriosa". Eran mejores amigas desde hacía un año, y Evi solía venir a estudiar y quedarse a dormir. Proviene de una familia pobre donde su padre, su madre y su tío a menudo se pelean cuando están borrachos. Así que, cuando Evi se quedaba a dormir, se miraban desnudas y se masturbaban juntas o entre ellas, tan a menudo como querían. Y a Evi le encantaba masturbarse tanto como a ella.

Sí, Evi ya sabía de sexo. Babsi pensó mucho si debía revelarle ese secreto. Su tío la había violado cuando tenía 13 años y lo había vuelto a hacer, aunque a Evi no le gustaba. ¿Y sus padres lo permitían?, pregunté, y Babsi se encogió de hombros. Ya estaban borrachos por la tarde y no se dieron cuenta de nada, pero cuando Evi se percató de que su tío no bebía mucho, supo que pronto subiría sigilosamente y la violaría.

Babsi y yo lo pasábamos de maravilla juntas, con mucho sexo, masturbación y cuentos. Y sí, a veces también íbamos a nadar. Una mañana, Babsi no apareció. La esperé ansiosamente bajo el sol abrasador, muy preocupada. Entonces una joven se me acercó lentamente y con cierta inseguridad. Me adelanté y le pregunté: "¿Evi? ¿La amiga de Babsi?". Ella asintió aliviada y dijo que Babsi no vendría ese día, que no se sentía bien. Tenía la regla, le expliqué, y le agradecí que hubiera venido; fue un bonito favor. Charlamos brevemente sobre el colegio, y luego le pregunté si quería venir a nadar conmigo. Ya había comprado las entradas, podía usar las de Babsi, y tenía un vestuario disponible. Lo pensó un momento, con sus ojos brillantes mirándome con curiosidad, luego asintió y entramos al vestuario.

Mientras nos desvestíamos, noté que sus bragas tenían un remiendo en un costado; rápidamente lo escondió en su bolso. Antes de que se pusiera su viejo y desgastado traje de baño, le toqué la cadera y la giré para que me mirara. Se sorprendió un poco por mi suave abrazo, pero me devolvió el abrazo. Sentí el maravilloso contacto de nuestros cuerpos desnudos y calientes por el verano, y le susurré al oído que no era un mal tipo, y ella susurró de vuelta: "No, lo sé, Babsi me lo contó todo". "Definitivamente no está celo-

sa", murmuré, "no somos amantes, solo nos divertimos y tenemos sexo juntos". Sentí que asintió con la cabeza y susurró que Babsi había dicho casi lo mismo esa mañana cuando la había preparado para todo lo que pudiera pasar. Babsi no estaba celosa y me rogó que la dejara en paz, que yo no era un mal tipo. ¡Bien, querida Babsi! Sonreí en silencio y nos abrazamos durante un largo rato.

Nos miramos, luego ella cerró los ojos mientras la besaba en la boca. Nos tomó un momento, luego nos besamos, y pensé que estaba muy insegura de sí misma en cuanto a los besos franceses. "Eres la primera persona a la que beso así", dijo, con la mirada baja por la vergüenza. Sin responder, la besé de nuevo, guiando suave y tiernamente su lengua con la mía, y nos besamos durante un buen rato. Mi erección palpitaba y golpeaba contra su monte de Venus. Ella bajó deliberadamente una mano y la buscó, rodeándola y acariciándola suavemente mientras seguíamos besándonos apasionadamente. Después de besarnos, me susurró al oído que Babsi ya le había dicho que lo necesitaba cuatro o cinco veces, y que eso estaba bien para ella. Luego me miró con sus ojos claros y brillantes y dijo que si lo necesitaba ahora mismo, estaba bien, pero que aún no era muy buena en eso. Solo lo había hecho una vez antes con un compañero de clase, pero probablemente no era muy buena. Ella había sujetado su pene correctamente con los dedos, había retraído el prepucio todo lo que podía y se había asegurado de que el glande asomara mientras lo masturbaba vigorosamente. Pero después de unos diez minutos, él eyaculó a chorros sobre el suelo y salió corriendo a toda velocidad.

La tranquilicé diciéndole que estaba muy cachondo y que lo necesitaba ya mismo, ahora mismo por favor, y que no se preocupara, que yo la guiaría. Que seguro que no haría nada malo. Me senté en el banco con las piernas bien abiertas, ella se arrodilló frente a mí, con la cara sonrojada, y empezó a masturbarme, la verdad es que bastante bien. Cuando empecé a eyacular y mi semen salió disparado a chorros sobre su pecho y su estómago, se detuvo, y yo jadeé diciéndole que tenía que seguir hasta que saliera todo. Obedientemente, siguió masturbándome hasta que terminé y besé a Evi con firmeza y gratitud. Luego fuimos a nadar. Pronto me di cuenta de que no dejaba de mirar el quiosco. Le dije que tenía hambre y corrí rápidamente al vestuario a buscar dinero. Luego me compré unas patatas fritas, y después le pregunté qué quería. Dudó un poco hasta que decidí claramente que yo la invitaba, que

podía elegir lo que quisiera: patatas fritas, un perrito caliente y kétchup. Comimos con mucho apetito y compramos más patatas fritas, y la convencí de que comiera una salchicha si la compartíamos.

Ella estaba llena, pero yo compré dos helados grandes, que devoramos con gusto. Mientras comíamos, dudó un poco y me preguntó si podía contarme algo triste. Éramos los únicos en las mesas a esa hora temprana, así que asentí para animarla y bajé la mirada a mi helado. Con vacilación, buscando a menudo las palabras adecuadas, dijo que era sobre sexo, y me contó la historia de su tío. Una vez la había sorprendido masturbándose en pleno acto y luego la chantajeó sigilosamente, amenazándola con contárselo a sus padres si no lo dejaba tener sexo con ella. Ella tenía unos 13 años entonces, era curiosa y todavía estaba increíblemente cachonda por haberse masturbado. Ella yacía allí desnuda y vulnerable, y él se deleitaba con su desnudez excitada hasta que se bajó los pantalones y se masturbó brevemente hasta que estuvo completamente erecto. Aterrorizada y llena de vergüenza, ella lo dejó tener sexo con ella, y le dolió un poco cuando se le rompió el himen.

Pero después de eso estuvo bien y no dolió; al contrario, le gustó mucho el sexo. Fue la única vez que él eyaculó dentro de ella. Más tarde, cuando su tío estaba a punto de eyacular, ella lo apartó y él tuvo que masturbarse y eyacular él mismo. Varias veces por semana, su tío se escabullía escaleras arriba hasta su habitación, mientras sus padres ya roncaban borrachos en la sala, y ella tenía que tener sexo con él. Pero a Evi de alguna manera le gustaba el sexo, aunque nunca podía tener un orgasmo mientras la penetraban. Él gruñó cuando Evi lo esquivó y le sugirió que se masturbara él mismo. Así que se sentó allí sonriendo tontamente, masturbándose y eyaculando, porque ella no le permitía tener sexo con ella durante su menstruación. Pero de alguna manera ella sabía con certeza que él no debería haber estado teniendo sexo con ella en absoluto; era demasiado joven para eso. Cuando terminó, conteniendo las lágrimas, me levanté y la abracé con todo el cariño que pude.

La abracé con fuerza hasta que dejó de llorar. Terminamos el helado, le tomé la mano y entramos en silencio al vestuario donde guardé mi dinero. Luego nos sentamos en el banco y hablamos con mucha calma sobre lo sucedido. A veces la abrazaba y la besaba

con ternura y cariño fraternal. Le costó mucho calmarse y escucharme cuando le dije que el sexo era algo muy hermoso y que, a pesar de la depravación del tío, uno debía sentirlo en el corazón y apreciar su belleza. Hablé largo rato sobre la belleza del sexo. De repente, sonrió y puso una mano sobre mi erección, que se notaba a través de mi bañador.

Sin decir palabra, se levantó y me quitó el bañador, dejando al descubierto mi miembro erecto. Estaba a punto de empezar a masturbarme, sonriendo con dulzura, cuando la alcancé y la desvestí con suavidad pero con firmeza. Luego la senté en el banco, y nos abrazamos y besamos durante un buen rato, con mi erección palpitando y ardiendo. La recosté suavemente boca arriba y me arrodillé. Cuando mis manos tocaron sus rodillas, ella misma abrió las piernas y suspiró suavemente: "¡Estoy tan excitada!". Fui tan gentil y suave con ella como pude, acariciando repetidamente la parte interna de sus muslos y penetrándola con cuidado. Mantuvo los ojos cerrados y solo los abrió cuando me corrí; sus ojos brillantes me miraron con ternura, y pude sentir que me dejó correr completamente relajado. Durante el descanso, dejé mi pene semierecto dentro de ella, y cuando nos besamos de nuevo durante un buen rato, se puso completamente erecto, y empecé a penetrarla de nuevo, lo que la sorprendió. A la tercera vez, su excitación finalmente se convirtió en jadeos y gemidos de felicidad, pero incluso antes de su orgasmo tuve que eyacular y al mismo tiempo sentí que era suficiente.

Me puse en cuclillas sobre mis talones y le susurré que debería hacerlo ella misma, que quería mirar. "Babsi también lo hace por mí", susurré. Después de una larga y avergonzada vacilación y mis caricias alentadoras, su mano se movió tentativamente hacia su vulva, luego, con el rostro vuelto y los ojos cerrados, comenzó a masturbarse lentamente. Me puse en cuclillas justo frente a ella y observé con curiosidad. Evi era muy delgada y solo un poco más baja que yo, su largo cabello negro le caía hasta los pechos. Sus pechos no eran tan llenos y redondos como los de Babsi; podía decir que aún no tenía 16 años. Su monte de Venus todavía estaba completamente lampiño y no era tan deliciosamente lleno y redondo como el de Babsi, pero tenía labios mayores muy pálidos y grandes que claramente abrían su vagina de par en par. Y en medio, un clítoris maravilloso, hermoso y muy grande, de color rosa pálido y completamente liso, que creció y creció al comienzo de la mastur-

bación hasta alcanzar casi la mitad de mi dedo meñique. Y también vi esto por primera vez: ¡el clítoris tenía forma de glande en la punta! Un pequeño glande de verdad, como el de los niños pequeños, con una pequeña muesca circunferencial debajo. El glande del clítoris también se endureció y cambió de color, de rosa pálido a rojo oscuro, durante la masturbación.

Evi a veces se llevaba el dedo a los labios para humedecerse el clítoris, generalmente frotando el glande con movimientos circulares. Mientras comenzaba a tener un orgasmo, levantó la cabeza y me miró con una mirada melancólica. Asentí con la cabeza para animarla y tranquilizarla, y ella se frotó el clítoris y el glande con mucha fuerza hasta que, con el rostro contraído por el dolor, jadeó y exhaló, y su abdomen inferior comenzó a ondular y moverse. Presionó el dedo sobre su clítoris contra un punto indeterminado de su vulva, y su clítoris, con su magnífico glande, sobresalió mucho, contrayéndose y contrayéndose como si estuviera a punto de eyacular, y su abertura vaginal se contrajo incansablemente hasta que poco a poco se calmó y se quedó quieta.

Tenía que tocarla sí o sí y examiné el clítoris y el glande con detenimiento; no, no era un mini-pene. Acaricié el glande contra el clítoris encogido y la masturbé de la misma manera que ella me había enseñado. Levantó la cabeza asombrada y me miró fijamente durante un buen rato, casi misteriosamente, pero demostré ser un buen alumno. Fue hermoso ver cómo su clítoris crecía lenta y constantemente, y luego todo sucedió muy rápido hasta que llegó al orgasmo con un suave suspiro. Sostuve con delicadeza su clítoris palpitante, el pequeño glande tembloroso entre tres dedos, y disfruté plenamente de sus orgasmos. Después, se quedó quieta de nuevo y susurró que yo era el primer hombre que le había dado un orgasmo, uno tan hermoso. Nos besamos y nos abrazamos, nos acariciamos y nos susurramos secretos hasta que sonó la temida campana y tuvimos que irnos.

Desde la piscina, me dirigí con determinación a la tienda de deportes de enfrente y compré un precioso bikini, uno con lazos laterales, siguiendo el consejo de la vendedora, ya que no sabía la respuesta a su pregunta sobre su talla. Al día siguiente, le di el regalito a Evi, y ella chilló de alegría y me abrazó con cariño. No pude esquivar sus preguntas por mucho tiempo y le expliqué que su antiguo bañador era de tela áspera, bastante raído, y que no realzaba

en absoluto su estupenda figura. Se lo puso enseguida y posó con coquetería en el vestuario. Solté silbidos de admiración, luego fuimos a nadar y sonreí con satisfacción porque ella disfrutaba de las miradas de admiración y sonreía radiante como una reina.

Tuvimos unos días maravillosos en los que me esmeré en asegurarme de que tuviéramos salchichas, papas fritas y helado a la hora del almuerzo y de nuevo antes de ir a casa. Durante una larga conversación sobre la escuela, mencionó casualmente que en los días de escuela no comía nada de la cocina hasta la noche. Pero en casa, le gustaba estar sola; le encantaba tener tiempo para sí misma, a menudo masturbándose por las noches y de nuevo por las mañanas antes de levantarse. Me daba pena porque a menudo pasaba hambre. Por lo demás, paseábamos orgullosas con nuestros nuevos bikinis, entrando sigilosamente al vestuario donde teníamos sexo y nos masturbábamos durante horas. Era encantador hacer todo eso con ella, y una vez me dijo cuánto lo disfrutaba y me sonrió radiante. Y una noche, mientras nos despedíamos frente al baño, dijo que Babsi podría venir al día siguiente. Me sorprendí e intenté, tartamudeando, insinuar una situación que involucraba a "las tres", pero Evi negó con la cabeza. Fue agradable, fue divertido, y fue solo sexo.

Al día siguiente, Babsi regresó y dijo que tenía cinco días aburridos para ponernos al día, lo cual hicimos durante toda la semana, hasta que tuvo que irse de vacaciones dos semanas con sus padres. Por supuesto, me interrogó; tuve que contarle cada pequeño detalle sobre Evi y yo mientras ella escuchaba atentamente y se masturbaba en silencio. Cuando describí el clítoris inusual de Evi, me excité tanto que me subí encima de ella en medio de la masturbación. Hizo una pausa y explicó que, sí, habían intentado lograr que el clítoris de Evi se pusiera completamente erecto, y luego Evi intentaría follarla con su clítoris erecto, pero nunca funcionó del todo. Sin embargo, a ambas les gustaba y a menudo jugaban a "follar", generalmente masturbándose en esa posición. Babsi me acarició suavemente las nalgas porque su historia me había hecho correr incontrolablemente. La semana pasó volando, luego siguieron dos semanas en las que a menudo iba a "nadar" con Evi, y también sucedió lo de la señorita Janet.

Cuando Babsi regresó, dijo que lo necesitaba desesperadamente, ahora mismo, después de 14 días acampando en el Tirol "sin

ninguna oportunidad de relajarse". Fuimos a la cabaña, nos desvestimos y ella se masturbó todo el día, casi sin parar, hasta que sonó la campana. Incluso cuando la follé porque lo necesitaba, ella siguió masturbándose, solo se detenía para verme eyacular. Poco a poco, me fue contando con dificultad que se había acostado con alguien durante las vacaciones. Tuve que pedirle que repitiera lo que había dicho hasta que pude entenderlo todo.

Cada día caminaba por el pequeño bosque hasta un campo grande y recogía un ramo de flores silvestres, que colocaba en la mesita frente a la tienda. Al segundo día, notó que un hombre la seguía, pero no tuvo miedo, ya que el campamento estaba a tiro de piedra. Era viejo, con canas y profundas arrugas en la cara; debía tener unos cuarenta años. Le preguntó si podía sacarle una foto. "Sí, ¿por qué no?", respondió ella, y él le tomó algunas fotos. Luego miró a su alrededor y dijo: "¡Necesitamos más luz!" y caminó un poco más adelante hasta un pequeño claro soleado, apenas más grande que nuestra cabaña. Le tomó más fotos, la hizo posar de forma provocativa, le levantó el vestido tan alto que se le veía la hendidura y siguió disparando la cámara. A ella no le importaba en absoluto que la fotografiaran desnuda. Se acercó más, le quitó el vestido por encima de la cabeza y le tomó muchas más fotos desnuda. Ella no tenía inhibiciones y se tumbó con las piernas abiertas mientras él le tomaba fotos desnuda y primeros planos de su vulva y genitales. Ella, naturalmente, notó su excitación y el bulto en sus pantalones.

Ella observó con gran curiosidad cómo él se desabrochaba los pantalones y sacaba su erección. Babsi rió y dijo que era muy pequeña, ¡como mucho la mitad del tamaño de la tuya! Pero en la punta, un glande muy grande, rojo oscuro e hinchado, mucho, mucho más grueso que el resto de su pene. Él interpretó correctamente su sonrisa y con mucho cuidado entró en su vagina; el glande se sentía realmente bien. Pero el hombre no sabía follar bien y se movió muy poco, luego se corrió y jadeó, dejando que todo saliera disparado dentro de su vagina. Babsi sonrió y dijo que el bombeo de su glande al eyacular era muy placentero. Momentos después, se vistieron. En el sendero del bosque, él la saludó con la cabeza y se marchó. Ella regresó y se dio una larga ducha.

Esto sucedía todos los días, siempre siguiendo el mismo patrón, unas cinco o seis veces. Y ella estaba tan desesperada por tener fi-

nalmente un orgasmo, pero no se atrevía a masturbarse delante de él. Pero una vez, después de que él eyaculara, ella agarró su pene y lo masturbó suavemente. Él parecía muy disgustado, pero después de mucho tiempo, su pene volvió a estar algo rígido; el glande se había vuelto realmente grueso, rojo oscuro y firme. A ella le pareció muy extraño ver ese hongo rojo creciendo sobre su delgado pene mientras lo masturbaba. Ella guió su glande hacia su vagina y movió sus caderas con sus manos hasta que fue casi como sexo real. Sintió la entrada y salida de su glande y finalmente pudo tener un orgasmo. Continuó guiándolo durante mucho tiempo y tuvo muchos orgasmos hasta que el hombre gimió y arqueó la espalda. Ella sintió que eyaculaba, pero a pesar de su mirada herida, lo sujetó sin piedad por las caderas y continuó follándose a sí mismo con su pene flácido y chorreante hasta que ella tuvo otro orgasmo. Su pene estaba completamente flácido cuando ella lo sacó; el glande, antes majestuoso, se había encogido hasta el tamaño de una fresa. Él no dijo ni una palabra, se marchó y ella nunca más lo volvió a ver.

Así que pasamos unos días encantadores en el spa, nos divertimos mucho y tuvimos sexo, y le conté sobre mi breve aventura con la señorita Janet. Babsi me adoraba con una mirada infantil e inocente; ¡un verdadero estadounidense, tal vez un artista famoso, me había dibujado! Pero por mucho que disfrutara con Babsi, también anhelaba “el misterio”, por Evi. Así que le pregunté directamente a Babsi por la dirección de Evi y cómo encontrarla allí. Babsi me dio la información de inmediato y describió la ruta exacta a su habitación. Luego, después de un momento de reflexión, preguntó si Evi vendría con nosotros...? Dije que sí, me gustaban las dos, eran chicas estupendas, ¿y por qué no? La arruga de su frente desapareció y asintió. Sí, ¿por qué no? Pero no vería a Evi esa noche, aunque la interrumpí y le dije que iría a verla mañana y se lo preguntaría yo mismo. El sexo de esa tarde había sido muy excitante para ambos; Babsi no habló de otra cosa, y al marcharnos suspiró: «Espero que todo salga bien». Yo había preparado cuidadosamente el tablero de ajedrez; mañana solo tenía que hacer una buena jugada inicial.

Temprano por la mañana, me paré frente a la casa de Evi. Abrí la puerta principal y oí fuertes ronquidos, así que subí sigilosamente y llamé suavemente a la puerta de su habitación. Después de un rato, abrió, envuelta en una vieja y fea bata de baño, y suspiró aliviada. “¡Ah, eres tú!”, dije con picardía, “¿Interrumpí algo?”.

“No”, respondió instintivamente, luego sonrió y susurró: “Sí, solo estaba haciendo mi ejercicio matutino”. Nos miramos con complicidad y entonces fui al grano. “¿Quieres ir a nadar hoy?”. Parecía indecisa, así que aquí viene el aderezo: “¡Habrá una sorpresa!”. ¡Buen comienzo! Asintió, con la curiosidad despertando, y me dijo que bajara en silencio y esperara en la calle. Así lo hice; ella me siguió rápidamente y nos dirigimos a la piscina. Por supuesto, me hizo preguntas por el camino, pero me defendí.

Al doblar la última esquina hacia el baño, se detuvo en seco. Miró a Babsi con incredulidad. La miré con ánimo y amabilidad y dije: “¡Sorpresa!”. Inmediatamente se sonrojó intensamente, desde la frente hasta el pecho, porque lo entendió al instante. La abracé y le susurré al oído que Babsi también lo quería, ¡que lo deseaba muchísimo! Evi me abrazó fuerte y luego susurró suavemente: “que a menudo lo había deseado cuando estaba acostada en la cama, fantaseando mientras se masturbaba. ¡Sí, sí! ¡Yo también lo quiero!”. Fuimos con Babsi, quien nos saludó con una sonrisa radiante al ver nuestras caras y mi asentimiento de aprobación. El hombre gordo de la caja levantó la vista de su periódico con asombro cuando dije tres boletos en lugar de dos, murmuró algo ininteligible y me devolvió los boletos junto con el cambio. Entramos al cubículo en silencio.

Me desvestí rápidamente y me quedé desnudo con mi pene erecto frente a las chicas, quienes, a pesar del espacio reducido, también se desnudaron. Nos abrazamos, nos apretamos una contra la otra, y besé a una, luego a la otra. Como era de esperar, mi pene creció, y lo presioné con insistencia contra la vulva de Evi. ¡Minutos maravillosos y hermosos, y besos apasionados! Para mi sorpresa, Babsi tomó la iniciativa, alcanzó la vulva de Evi y tomó mi pene. “¡Primero lo quiero yo, luego tú!”, le dijo amablemente a Evi, “siéntate en el banco, sube las piernas, ¡porque le encanta mirar!”. Evi asintió, complacida de que Babsi fuera la primera en romper la barrera, aunque probablemente Babsi solo quería dejar claro quién mandaba...

Babsi se tumbó sobre la toalla grande en el suelo y se puso en posición para el sexo. Me arrodillé entre sus piernas y la penetré con cuidado. Evi se sentó en el banco como le había indicado, y yo miré directamente a su vagina, a su clítoris, que ya estaba ligeramente erecto. Babsi y yo follamos durante un buen rato, porque

me contuve durante un buen rato, y ella pudo tener varios orgasmos. Evi nos observaba con curiosidad y se excitaba cada vez más; su clítoris se elevó lentamente, y su dedo rozó la punta de su pene, pero aún no se estaba masturbando. Sentí los orgasmos de Babsi y vi que, mientras yo eyaculaba, Evi se acariciaba el clítoris con mucha suavidad. Su clítoris estaba ahora completamente erecto, y cerró los ojos mientras yo la acariciaba. Mi eyaculación había terminado, pero me quedé dentro de Babsi un rato más para mantener la erección.

Babsi levantó la vista y vio a Evi acariciándose en silencio con los ojos cerrados. Sacó mi erección, se levantó rápidamente y le dio un golpecito en el hombro a Evi. "¡Vamos, vamos, es tu turno!" Evi se levantó y se tumbó excitada, igual que Babsi antes, y entré rápidamente en su vagina. Babsi había abierto las piernas en el banco para que yo, "a él le encanta mirar", pudiera verlo todo, y se estaba masturbando furiosamente mientras nos veía follar a Evi y a mí. Follé a Evi deliberadamente pero con fuerza. Por suerte, duró bastante, y por los movimientos de su vagina y su respiración entrecortada supe que no tardaría mucho. Babsi tuvo un orgasmo intenso, yo empecé a eyacular, y Evi estaba a punto de llegar al clímax. La follé con fuerza mientras eyaculaba, y sí, efectivamente, Evi exhaló y tuvo un orgasmo. Evi me abrazó la cabeza y me besó, luego giró la cabeza y le susurró emocionada a Babsi que había tenido un orgasmo mientras hacían el amor. ¡Escucha! Pero Babsi ya estaba absorta en su propia masturbación. Evi y yo observamos en silencio cómo Babsi se masturbaba de orgasmo en orgasmo.

Fuimos a nadar y comimos papas fritas, salchichas y helado. Las chicas susurraron que su bañador tenía otro bulto, y rápidamente, entre risas, nos retiramos al vestuario. A Baco le siguió Pan. Nos quedamos hasta el final. Después de esta ronda de sexo, solo Babsi —como siempre— tuvo su orgasmo; Evi no se corrió, aunque lo había disfrutado muchísimo, como susurró. Susurramos entre nosotras sobre cuál podría ser la razón hasta que llegué a la conclusión de que Evi necesitaba ser excitada manualmente antes de follar; entonces podría funcionar.

Babsi, la jefa, comenzó de inmediato. Hizo que Evi se recostara y la masturbó con destreza, pero no pudo parar y continuó hasta que Evi tuvo un orgasmo. Empujé hacia adelante y penetré en el orgasmo palpitante de Evi. Babsi observó por un momento, luego

se masturbó. Sentí los pulsos de Evi y la follé con fuerza, y jadeaba al poco tiempo, luego tuvo un orgasmo con los ojos bien abiertos. Seguí follándola sin descanso, viendo a Babsi tener un orgasmo, y no dejé de follar a Evi. Llegó a otro clímax y tuvo un orgasmo completamente inesperado. Babsi hizo una pausa y nos observó con curiosidad. Yo aún podía continuar, mi pareja se aferró obedientemente, mientras Evi se elevaba y se elevaba en la ola de excitación y luego, con un suave gemido, tuvo un hermoso tercer orgasmo. La mano de Babsi se movió hacia adelante, tocando el clítoris rígido y palpitante de Evi, y exploté de lujuria, eyaculando a chorros en la vagina de Evi. Eyaculé hasta que no quedó nada y dejé mi pene dentro de Evi. Sentí la masturbación con bastante claridad, sentí a Babsi masturbando el clítoris de Evi durante un buen rato, hasta que Evi tuvo su cuarto orgasmo, el más intenso hasta el momento. Babsi continuó masturbándola hasta que cesaron sus espasmos. Babsi sacó mi pene cansado de la vagina de Evi. Evi nos sonrió radiante y susurró que había sido absolutamente maravilloso.

Nos quedamos juntos hasta el final del verano, y todos tuvimos nuestras necesidades cubiertas. Cuando Babsi tuvo la regla, siguió viniendo y se dejó las bragas puestas por la compresa, y sospeché que estaba un poco celosa. Durante su periodo, nos turnábamos para llevar a Evi al orgasmo. Babsi tomaba la iniciativa, y solo después de que Evi hubiera llegado al orgasmo me dejaba tener sexo con ella, ya que Evi mejoraba cada vez más en lograr “orgasmos a través del sexo”. Por el contrario, cuando Evi tuvo la regla, nos turnábamos para llevar a Babsi al clímax. Babsi dijo una vez: “Muchos orgasmos sin mover un dedo”, y nos reímos hasta llorar.

Un día tuve que decir que el verano casi terminaba. Aprovechamos al máximo nuestros últimos días nadando, dándonos el gusto de todo y hablando de cómo afrontaríamos el año escolar. Luego, la última vez, los últimos besos franceses, los últimos abrazos, y un poquito más de caricias. ¡Adiós!

No tenía ni idea de que éramos inseparables y de que estas dulces chicas no se irían de mi vida en mucho tiempo.

Me encontraba en la estación de tren, emocionada y llena de expectación, esperando el regreso de Isabella.

Sexo, mentiras e historias

von Jack Faber © 2020

Esta era mi tercera visita a mi ciudad natal en 35 años. La ciudad quería comprar parte de la propiedad que heredé de mi padre, incluyendo una sección del bosque. Para que la herida en mi hombro sanara más rápido, acepté la oferta de la agencia de una licencia prolongada y me hospedé en el Hotel HERMES durante diez días. Todas las mañanas, mi abogado venía al hotel para reuniones, y también íbamos juntos al ayuntamiento cuando teníamos citas allí. En resumen, el abogado valió la pena a pesar de sus exorbitantes honorarios; terminé volviendo a casa no solo con un puñado, sino con dos puñados, y deposité el dinero libre de impuestos en Nassau.

Un día, después de una reunión en el ayuntamiento, paseé por la calle principal y entré en la panadería a comprar unos pasteles de nueces. Mientras pagaba, me detuve y pregunté: "¿Maki?". El panadero hizo una pausa. Así me llamaban antes, ahora Markus, y me miró con curiosidad. "El... el...", rebuscó en su memoria, "sí... ¡el inglés!". Asentí y le dije mi nombre. Entonces tuvimos una charla relajada y normal sobre reencuentros, interrumpida solo ocasionalmente por los clientes. Dejé que su historia de vida entrara por un oído y saliera por el otro, porque Markus y yo no éramos amigos por aquel entonces, y no tenía ningún deseo de cambiar eso.

Anticipando ya el final de nuestro monólogo, pregunté qué había sido de Babsi y Evi. Markus no dudó mucho antes de soltar: "¡Los Tres Mosqueteros!". Murmuré para mí misma sobre cómo solíamos inventar los apodos más tontos en la escuela e inmediatamente me mordí la lengua. Markus no pareció oírme. Evi, Evelyn K., tuvo una habitación en una residencia de ancianos después del incendio hasta que se graduó, luego se fue a Inglaterra o Escocia y se casó. ¿Incendio? ¿Qué incendio? pregunté, y Markus no sabía mucho más que sus padres se habían asfixiado en el humo y Evelyn había quedado huérfana, pero la ciudad la había cuidado bien hasta que se graduó. Babsi, sí, esa es Barbara F., es maestra y todavía vive aquí con su madre. Buscó su dirección en la guía telefónica. No, dije, no hace falta que la llames, quiero darle

una sorpresa. Él, cobardemente, evitó mi clara mirada autoritaria y descartó la idea de llamarla más tarde. Cobarde, yo sabía cómo tratar con los cobardes. Decepcionado, Markus dejó la guía telefónica a un lado y, tras unos minutos más de charla trivial, salí en taxi a casa de Babsi.

Esperé a que mi ritmo cardíaco volviera a la normalidad y pulsé el timbre. Un suave crujido de las escaleras, pasos ligeros, el giro de la llave. La puerta se abrió y apareció una mujer delgada y bien proporcionada, de unos cincuenta años.

Babsi.

Me reconoció de inmediato. Con un fuerte sollozo, se acercó y me abrazó con fuerza. Permanecimos abrazadas durante minutos frente a su puerta, ella susurrando repetidamente: "¡Mi querida!" y llorando suavemente. Lentamente, nos soltamos, y Babsi dijo: "¡Pasa, pasa, mi querida!". Entré e inmediatamente vi a la anciana de cabello blanco sentada en la habitación en una silla de baño, con la mirada fija en la ventana, que daba al campo contiguo y, a lo lejos, al bosque. Lo asimilé todo en un instante: la sala de estar, los muebles, la anciana... Estaba acostumbrada a hacerlo. La saludé cortésmente, pero no me miró, así que la saludé de nuevo, un poco más alto, pero no me devolvió el saludo y siguió mirando por la ventana. "Esa es mi madre", dijo Babsi. "No puede oírte ni verte. ¡Ven, subamos a mi apartamento!". La seguí en silencio escaleras arriba.

Su apartamento era completamente nuevo: una pequeña cocina en la parte delantera, un escritorio, un monitor de computadora y estanterías altas en el centro, una pequeña mesa de comedor con tres sillas y una cama grande y armarios al fondo. Una habitación única, hermosa y de techos altos, sin lujos: un loft. "¿Mandaste construir un techo a cuatro aguas?", pregunté con tono de duda. "Es muy agradable aquí, espacioso y alto, a diferencia de los áticos estrechos y angostos de nuestro barrio". Babsi me miró sorprendida mientras se sentaba a la mesa. "¿Eres arquitecto?". "No", dije, "lo comenté sin pensarlo; me gusta mucho". "¿Té, café o aguardiente?", preguntó, levantándose ágilmente. "Café y aguardiente", me reí. "¡Mejor que cualquier té con este clima lluvioso de noviembre!". Mientras preparaba el café, me levanté y le entregué la bolsa

de papel. “Mira, traje una docena de pasteles de nueces de Markus. ¡Me encantaban!”.

Se giró hacia mí y la vi debatiéndose, preguntándose si podía, debía o incluso quería abrazarme y besarme. La abracé y la besé como antes; nos besamos durante un buen rato hasta que el suave pitido de la cafetera nos lo recordó. Me senté y Babsi sirvió café y dejó la botella de aguardiente. «Café con un chorrito», dije antes de que pensara siquiera en los vasos. «Café con un chorrito», sonrió.

Ella relató cómo su padre había muerto hacía cinco años, de un ataque al corazón en la mesa de la sala. Había salido temprano para la escuela esa mañana y encontró a su padre tendido boca abajo sobre la mesa, con los ojos abiertos. Su madre estaba sentada a su lado, completamente inexpresiva. El médico de urgencias emitió el certificado de defunción y dijo que no había sufrido, una muerte feliz e instantánea. “Muerte feliz e instantánea”, repitió. “La madre”, el médico se rascó la cabeza, “la madre está completamente conmocionada, pero eso puede cambiar en horas o días”. El médico se equivocaba; el alma de la madre había muerto con la de su esposo. Susurré: “Ascendió al cielo”. Babsi sonrió y dijo: “Desde hace cinco años, está sentada allí, en silencio, mirando fijamente su bosque”.

Su padre la había nombrado única heredera, dejándole la casa, los campos hasta el pequeño bosque y el bosque mismo. A cambio, ella debía cuidar de su madre. Se había enriquecido vendiendo la mitad de la propiedad e inmediatamente mandó construir un nuevo tejado a cuatro aguas, junto con el apartamento de abajo, con paredes, suelos y muebles nuevos. La construcción se terminó en una semana, y luego esperó un poco más a que terminaran la cocina y el baño. En total, solo tuvo que faltar unos días a la escuela; se las arregló para todo lo demás por su cuenta.

Bueno, eso fue mucho sobre mí. Vamos, cuéntame, ¿cómo has vivido los últimos 35 años? Tomé impulso y entoné mi historia de encubrimiento cuidadosamente elaborada, preparada por la Agencia y basada casi al pie de la letra en hechos inocuos. Después de graduarme de la escuela secundaria, mi padre me envió a Londres a una academia muy prestigiosa donde aprendí todo sobre informática: computadoras y telecomunicaciones. Al mismo tiempo, to-

mé cursos en la Academia Diplomática, tal como mi padre quería. Dos años después, el helicóptero de mi padre se estrelló en España, pero fue entonces cuando nos vimos. Babsi asintió y dijo que Isabella parecía completamente devastada.

Sí, dije, fui a Londres con el corazón apesadumbrado, porque Isabella solo había dicho que la buena vida se había acabado. Se pasaba el día tumbada en la cama, bebiendo, y solo salía de casa para ir de compras; después volvía a beber. Les pedí a los Eders que la visitaran y me marché. Seis meses después, los Eders me llamaron y me dejaron un mensaje de voz pidiéndome que fuera rápido, porque Isabella estaba muy enferma. Pero cuando llegué, ya había fallecido. Os vi a ti y a Evi por última vez en su funeral.

Babsi notó mi tristeza, se acercó a la mesa y se sentó en mi regazo. Me consoló con besos, me acarició la cabeza y sonreí brevemente, porque no pensaba levantarse de su regazo en un buen rato. "¿Y qué pasó después?", preguntó, y tuve la impresión de que estaba intentando sacar algo en claro. Así que le conté sobre mis misiones, los muchos viajes al extranjero, y Babsi preguntó: "¿Entonces eres diplomática?". Riendo, dije: "Tonterías, trabajo con ordenadores y sistemas telefónicos, todo entre bastidores". "¿Y estás casada?". Tomé la pregunta fatal con calma, saqué la foto familiar del bolsillo de mi chaqueta, se la enseñé y dije: "Suzanne", señalando a los hijos de la desconocida, Edward y Linda. "Una foto antigua", añadí, "Edward está estudiando, al menos en teoría, en realidad se está acostando con todos para aprobar todas las asignaturas. Linda todavía está en la universidad". Nos reímos cuando mencioné la promiscuidad de Edward.

Entonces, apegándome estrictamente a mi guion, dije que solo habíamos estado juntos cuatro años. Después del nacimiento de Linda, Sue se volvió frígida, intolerante y asexual. Empezó a hacer cerámica como una forma de encontrarse a sí misma y se mudó con los niños a las afueras de la ciudad, donde regentaba una pequeña tienda de cerámica que vendía artículos esotéricos. Yo viajaba mucho; estamos prácticamente separados, solo casados en los papeles. Estoy prácticamente soltero, me acuesto con cualquiera que se me cruce, y Babsi se rió a carcajadas de mi peculiar forma de expresarme. "¿Y tú?", le pregunté a Babsi. "Estoy soltero. Contraje una infección horrible y terrible de uno de mis amantes durante mi formación como profesor. El ginecólogo pudo curarla por

completo, pero después del procedimiento, que duró varios meses, me dijo que probablemente no podría tener hijos. No eché de menos la menstruación ni un segundo; puedo acostarme con quien quiera y cuando quiera...” La interrumpí: “¿Y tú?”. —y ella rió entre dientes: “Sí, aprovecho cada oportunidad al máximo. ¿Para qué el matrimonio?”

Nos besamos larga y apasionadamente, ella movió su trasero de forma sugerente sobre mi regazo y susurró con complicidad: “¡Lo presiento, alguien lo desea, alguien lo necesita con tanta urgencia!”. Me besó profundamente y luego dijo: “Voy a ducharme”, y desapareció en el baño. No oyó mi “¡Sí, señora!”. El sonido del agua golpeó mi vejiga; me aguanté y el chapoteo cesó. Podía esperar un poco más, pero al cabo de un rato, tenía que ir. Llamé a la puerta del baño y respondí a su pregunta diciendo que realmente necesitaba ir. “Pasa”, rió alegremente, “nos conocemos”.

Me metí rápidamente en el baño y me senté; así se hace en casa de una señora. Cuando por fin pude orinar, fue muy liberador. Miré a Babsi, que estaba sentada desnuda en un taburete frente al espejo, aplicándose crema de afeitar en la zona púbica. Luego se afeitó con movimientos rápidos y dijo: “¡Quiero verme bien para ti!”. Murmuré una afirmación, me desvestí y me metí en la ducha, rápida y eficientemente, mientras Babsi terminaba de afeitarse y se frotaba el monte de Venus con una dulce fragancia. Me sequé y subí al desván, donde colgué mi ropa cuidadosamente en una silla antes de acostarme en la cama. Babsi entró, oliendo de maravilla y desnuda bajo un mini-negligé corto y transparente.

«¡Quítate ese trapo!», bromeé. Babsi lo tiró al suelo con despreocupación y se acercó. Entonces vio la gran venda en mi pecho izquierdo y preguntó por ella. Le respondí: «Un accidente de caza. Te lo cuento después; por eso estoy de baja por enfermedad, de convalecencia». «¡Pues déjame ver!», dijo Babsi, sentada con las piernas cruzadas frente a mí, y la observé. Había adelgazado, sus pechos seguían siendo un éxito, aunque ya no tan orgullosamente virginales. ¡Su vulva, sus labios, todo era perfecto! Chasqueé la lengua en señal de admiración.

—¿Y cuál es tu veredicto, Príncipe Paris? —preguntó ella con tono burlón, y yo respondí que ella era, por supuesto, la única presente que merecía la manzana de oro, y que su clítoris había creci-

do visiblemente. Me guiñó un ojo y dijo: —Mucha práctica, muchísima práctica, y sobre todo, muchísima estimulación con los dedos —y se inclinó hacia adelante, inclinándose sobre mí. Nos besamos y nos abrazamos sin parar, su mano ya rodeando mi pene semierecto y acariciándolo. Entre besos franceses, susurró: —¡Baja por enfermedad! ¿Qué hago con la presa? —y continuó besándome, besándome y chasqueando los labios deliberadamente, sacudiendo la cabeza—. ¡Baja por enfermedad! Bajo sus suaves caricias, pasé la prueba de rigidez, y ella me susurró al oído: —¡Déjame montarte!

Con una destreza admirable, adoptó la posición y guió mi pene hacia su vagina. Era una excelente jinete, con un ritmo que me permitía contenerme fácilmente. Mi cabeza estaba erguida, lo que me permitía observar con claridad mi parte favorita: su clítoris. Para entonces, había crecido un poco y parecía endurecerse cada vez más. Babsi se apoyó con las manos en mis muslos por detrás, echó la cabeza hacia atrás y tuvo un orgasmo con los ojos cerrados; fue un placer contemplarla. Me quedé un buen rato, admirándola mientras tenía orgasmos una y otra vez cabalgándome; perdí la cuenta de cuántas veces.

Después de al menos tres cuartos de hora, nos concedió un breve descanso, pero permaneció sentada sobre mi pene. Preguntó por mi esposa, cómo era, y las mentiras que brotaron de mis labios dijeron que se parecía un poco a ella, y le conté que al principio solíamos pasar días enteros follando y masturbándonos. Babsi escuchó mis descripciones con los ojos cerrados y colocó su dedo medio sobre mi clítoris maravillosamente desarrollado y lo masturbó suavemente, mientras que al mismo tiempo su vagina se aseguraba de que yo permaneciera erecto. Pequeños micromovimientos de sus músculos vaginales prolongaron, retrasaron mi orgasmo. Con mis descripciones obscenas y profanas, no pudo soportarlo más y rápidamente se llevó a un orgasmo muy fuerte, que inmediatamente me hizo eyacular violentamente. Babsi sonrió radiante y bombeó mi eyaculación con rápidos movimientos hasta el final, hasta que nuestros orgasmos disminuyeron.

Babsi, que no era de las que se tomaban descansos, preguntó por el accidente de caza casi tan pronto como nos tumbamos para recuperar el aliento. Mientras yo le contaba la historia del diplomático borracho en la cacería de jabalíes (no estaba en el guion,

tuve que improvisar), Babsi se puso en cuclillas y me complació con su boca y su lengua, haciendo que mi pene volviera a ponerse erecto, pero se volvió flácido a los pocos segundos, y ella siguió sin descanso. Después de una docena de intentos, finalmente se mantuvo duro; podía sentirlo claramente en su boca. Rápidamente la tumbé boca arriba y la follé, ignorando su hombro. Ella se corrió rápidamente y mantuvo su excitación de orgasmo en orgasmo. Cerró los ojos de placer, y cuando yo me corrí, me ordeñó suavemente con su vagina.

Estaba exhausto y muy cansado. Ya era bastante tarde, así que quedamos en que la visitaría a la hora del almuerzo, ya que estaría en la ciudad. Se puso una bata y dijo que no podíamos besarnos delante de la puerta. Nos despedimos antes de que me acompañara escaleras abajo y me susurrara con un guiño que habría muchos juegos con los dedos más tarde, antes de cerrar la puerta con llave.

Al día siguiente, le pedí que me dejara un poco lejos de su casa y caminé el resto del camino; siempre hay chismes en un pueblo pequeño. Babsi abrió la puerta y, mientras subíamos, dijo que acababa de ducharse y que el café estaba listo. Mientras tomábamos dos tazas con un trago de licor, le conté sobre el progreso de mis negociaciones en el ayuntamiento. Sus ojos se iluminaron; se fue a la cama y yo me metí en la ducha. Babsi entró inesperadamente desnuda y me lavó el pene muy “a fondo” y pareció complacida porque después estaba muy duro. “Vamos”, dijo, y la seguí a la cama. Después del sexo, me deslicé a su lado y le dije que a mi edad, necesitaba un descanso más largo; ya no tenía 18 años. Le pedí que me contara sobre Evi mientras tanto y cómo le había ido desde que me fui.

Nos recostamos completamente relajadas una al lado de la otra, y Babsi, la incansable, se masturbó en silencio, relatando, comentando que sería una larga historia. Durante mi último año de escuela, continuamos nuestra relación a tres bandas, generalmente encontrándonos una o dos veces por semana en casa de Evi y teniendo sexo a nuestro antojo, hasta que un día tuve que irme. Las dos seguían llorando a menudo, pero permanecieron juntas y continuaron su amor lésbico. Durante nuestro año juntas, Evi había obligado a su tío a parar, quien reaccionó muy malhumorado al fin del sexo y sospechó que las tres no solo estábamos estudiando en la habitación cerrada de Evi.

Durante una acalorada discusión entre sus padres borrachos, Evi escuchó a su padre despotricar, entre otras cosas, diciendo que su madre lo había engañado para que tuviera un hijo por error. A partir de entonces, no pudo descansar; inquieta, reflexionaba sin cesar sobre quiénes eran sus verdaderos padres. Ella tenía el pelo largo, oscuro, casi negro, y era delgada como un junco, mientras que sus padres eran regordetes, con sobrepeso y rubios. Robó todas las cartas y fotos y las escondió en el armario de Babsi. Lo leyeron todo y se enfrascaron en reflexiones juntos. Evi decidió buscar a sus padres después de clase.

Acaricié a Babsi mientras hablaba, a veces acariciándose a sí misma. "Va a ser una larga historia", murmuró, y continuó. Evi escuchó una conversación; al parecer, el tío Peter lo sabía todo. Impulsivamente, después de un año de rechazo, lo sedujo, dejándolo follar y correrse a su antojo, haciendo todo lo posible para que se sintiera mimado. Astutamente reforzó su sentido de poder, haciéndolo sentir como si fuera simplemente el mejor, aunque ella solo quería sacarle información. Cuando lo tuvo en la mira, él dijo que tenía que contar toda la historia desde el principio; tal vez así ella entendería mejor a sus padres. Evi asintió con la cabeza y acarició su pene flácido mientras él contaba su historia. Cada vez que se ponía duro, ella lo dejaba follarla y sonreía dulcemente cuando él gemía y se corría dentro de ella. Quería la verdad y no tenía miedo de entregarse por ella.

Era unos años menor que su hermana, y desde pequeños compartían habitación, ya que solo había una. Como le tenía miedo a la oscuridad, le permitían meterse en su cama en cuanto sus padres se dormían. Con ella, ya no tenía miedo, y se sentía tan bien cuando ella jugaba con su pene y se ponía erecto. Desde que tenía memoria, ella siempre se había masturbado. A medida que crecía, ella también lo masturbaba, aunque él aún no podía eyacular. Tenía unos nueve años cuando ella le explicó el sexo, y tenían relaciones sexuales prácticamente todas las noches, muy, muy silenciosamente. A los once años, él ya podía eyacular, y ella calculaba con exactitud cuándo no podía eyacular dentro de ella; entonces ella paraba, y él tenía que eyacular sobre su estómago. A veces no podía apartar a tiempo a su hermano que la penetraba, y esperaban ansiosamente su menstruación. Siempre tenía que hacerlo con la mano si quería tener un orgasmo, así que prácticamente siempre, dijo el tío Peter, sonriendo.

—¿Incesto? —preguntó Evi, y él asintió—. Incluso ahora, a veces. Evi se quedó atónita. El tío Peter continuó: —Ninguno de los dos éramos buenos estudiantes, y ella dejó la escuela a los 15 para ser aprendiz de costurera. Pronto perdió el interés en Peter cuando empezó a salir con chicos. Pronto probablemente no había un hombre menor de 90 años en el pueblo con el que no se hubiera acostado. El propio Peter había estado saliendo con chicas, pero ocasionalmente él y su hermana tenían relaciones sexuales cuando la situación lo requería. ¿Puedes entender eso? —preguntó el tío Peter, y Evi asintió, aunque, como hija única, no podía entender qué era lo que atraía a su hermano y a su hermana el uno al otro.

Babsi guardó silencio para saborear su orgasmo antes de continuar. Un día, a los 19 años, se enamoró de un chico del lugar; se casaron y vivieron en este apartamento, que le pertenecía a él, tu padre. Tras dos abortos espontáneos, cayó en una profunda depresión y, al igual que su marido, empezó a beber en exceso. Un día, el tío Peter, un apasionado de las loterías, ganó un viaje de diez días para dos a Galway, Irlanda. Como vivía con ellos en una relación amistosa e incestuosa, les regaló el viaje y, tras convencerlo, reservó el tercer billete para él. «¡Y tu padre no sabe nada de tu madre y de mí, así que cállate, Evi!», dijo el tío Peter.

El lujoso y caro hotel de Galway no les convenía. Su hermana había conocido a un joven pescador en el bar, quien la invitó a quedarse en su casa. El joven pescador, inicialmente decepcionado de que ella hubiera traído a su marido y a su hermano, les ayudó a obtener un reembolso del hotel. Luego se instalaron en su casa y compraron todo lo que necesitaban, sobre todo licor y cerveza, y le dieron al pescador algo de dinero para sus gastos. No vieron mucho de Galway; la mayor parte del tiempo esperaban a que el pescador regresara del trabajo.

Minutos después, subió con tu madre, y el tío Peter y tu padre bebieron toda la tarde mientras se les oía arriba teniendo sexo. Tu padre golpeó su vaso contra la mesa con fuerza y rabia, y se sirvió una copa. Los dos hombres bebieron y escucharon los gemidos, los chorros y los orgasmos hasta que tu hermana bajó con las mejillas ardiendo y preparó la cena. Comieron en silencio y ni siquiera miraron a su amigo irlandés. Tu padre solía estar bastante borracho para entonces y no se daba cuenta de que Fischer y su esposa subían sigilosamente y tenían sexo hasta perder el control.

A medianoche, cuando el pescador se iba a trabajar, el padre dormía profundamente, con la cabeza apoyada en la mesa. El tío Peter, que no bebía tanto como el padre, solía subir sigilosamente a la habitación de su hermana, donde ella accedía fácilmente a tener relaciones sexuales, ya que él se sentía muy excitado toda la tarde. Sin embargo, antes de que él eyaculara, ella siempre le tomaba el pene con la boca y le dejaba correrse allí. Decía que no quería que las dos cargas se mezclaran. A él no le importaba en absoluto; lo principal era el sexo y la eyaculación.

Tras regresar de aquel viaje, el padre hizo un gran esfuerzo y, después de muchos meses, volvió a tener relaciones sexuales con su esposa. Después de tomarse una o dos cervezas, la agarraba y le levantaba la falda, sin importarle en absoluto que el tío Peter estuviera sentado a su lado. Le abría las piernas, la penetraba con su pequeño pene y tenían un breve encuentro sexual. Gimiendo, eyaculaba dentro de ella, le ajustaba la falda y le daba una palmada en sus generosas nalgas. Se subía los pantalones y seguían bebiendo. «Ahí lo tienes, también lo recibirá de mí», solía decir triunfante.

Una vez discutieron, y ella le espetó que solo podía ir una vez. Eso pareció herirlo profundamente, porque al día siguiente tuvo sexo con ella como de costumbre, se tomaron un descanso y lo intentaron de nuevo. Pero no funcionó, así que ella tomó su pequeño pene en su boca y lo chupó durante un buen rato, miró al tío Peter con expresión indiferente y sacó el pequeño pene de su boca. Burlonamente le mostró a Peter lo pequeño y flácido que era y lo chupó con sonidos de chasquido. Deliberadamente retrajo el prepucio para mostrarle al tío Peter lo diminuto que era el glande y continuó lamiéndolo con la lengua y los labios. Luego masturbó a su padre con la mano hasta que finalmente se puso erecto. Esta vez duró más, pero cuando eyaculó, se le resbaló y su semen salió a chorros sobre su vulva. “Bien”, dijo con condescendencia y desapareció en el baño.

Tras el viaje, varias semanas después de su regreso y cuando su padre le dio lo que le correspondía, ella les hizo saber que estaba embarazada y que deseaba tener relaciones sexuales a diario. Su padre obedeció; ella, con valentía, se abstuvo de beber alcohol durante todo el embarazo y aparecía cada día con una barriga cada vez más grande, levantando su falda con gestos obscenos y exigiendo que su padre tuviera sexo con ella. Después, cuando su pa-

dre se quedaba dormido en la mesa con la cabeza pesada, Peter solía subir sigilosamente a su habitación, pues observarla lo había excitado. Durante el embarazo, estaba especialmente lujuriosa y no se cansaba de tener sexo.

Y entonces naciste.

Tras su larga explicación, el tío Peter quiso volver a tener relaciones sexuales con Evi, quien, agradecida, accedió y le acarició la cabeza mientras él la penetraba y eyaculaba dentro de ella. Después, murmuró que podía retorcerla y girarla como quisiera, pero que siempre terminaba en un embarazo de ocho meses. Evi le agradeció su sinceridad y lo masturbó hasta que estuvo listo para tener relaciones sexuales de nuevo.

Le aseguró a Babsi que buscaría a su padre biológico en Galway después de la escuela. Un día, el apartamento de Evi se incendió y, al regresar a casa, gritó durante minutos hasta que alguien la atendió. Su padre, su madre y su tío Peter habían muerto asfixiados por el humo, y un amable paramédico la tranquilizó diciéndole que no habían sufrido, sino que simplemente habían fallecido en paz. Evi permaneció en silencio durante varios días, sumida en el duelo, pero tuvo la fortuna de que el alcalde la alojara de inmediato y sin dudarlo en una habitación vacía de la residencia de ancianos.

Babsi se levantó y tomó un sorbo de agua. Al regresar a la cama, inmediatamente se dedicó a mi pene semierecto, logrando que volviera a estar completamente erecto con suaves besos, caricias en los labios y en la boca. Satisfecha, me rodeó con una pierna y me dio un paseo largo y maravilloso, dejándome verla masturbarse y tener un orgasmo: «Le encanta mirar». «¡Y mañana te contaré lo que pasó con Evi!», dijo con firmeza. Miré mi reloj; se estaba haciendo tarde. Nos despedimos con la misma calidez que ayer, y prometí volver puntualmente a las 12:30 de mañana.

Al día siguiente, me recibió, por supuesto, con el café y el aguardiente listos, y durante nuestro abrazo de bienvenida, sentí cada fibra de su cuerpo juvenil, ¡y olía tan bien! Nos sentamos, y su bata se abrió al mismo tiempo. Antes de nuestro segundo café, cuando inesperadamente me preguntó si me había duchado esa mañana, dijo: “Vamos, no perdamos el tiempo, ¡no he tenido juegos con los

dedos desde esta mañana, es tan urgente!". Segundos después, estábamos acostados en la cama en un abrazo desnudo y excitado, dejando que la naturaleza siguiera su curso. Mientras yo estaba encima de ella, me dejó verlo todo —"¡le encanta mirar!"— mostrando voluntariamente sus labios hinchados y su clítoris rígido con una sonrisa comprensiva, antes de que se masturbara justo antes de que yo llegara al orgasmo, y ambos tuvimos un orgasmo simultáneamente. Permanecimos tumbados en silencio uno al lado del otro durante un buen rato, y yo le acaricié el clítoris justo como a ella le gustaba, llevándola suavemente al orgasmo, dejándola flotar en la cima de su excitación con suaves caricias, llegando al orgasmo una y otra vez, hasta que dijo "¡basta!". Me dirigí a la mesa; necesitaba un café con un buen trago de licor y un cigarrillo. La mañana había sido muy estresante.

Con una amplia sonrisa, la felicité por lo hermosa que se había vuelto en los últimos 35 años y le dije que cualquier otra mujer moriría de envidia. Ella sonrió y se sonrojó ligeramente, luego dijo: "¡Buena comida, buen sexo y mucho, mucho juego con los dedos!". Reímos a carcajadas mientras me acostaba junto a mi pareja y acariciaba sus hermosas caderas redondeadas, y luego le recordé que continuara con la historia de Evi.

Un año después, Evi le escribió preguntándole si podía ir a visitarla; necesitaba tiempo para pensar. Babsi le respondió que sería muy bienvenida, que sus padres estarían encantados de verla, así que podía venir y quedarse todo el tiempo que quisiera. Evi llegó unas semanas después, y Babsi regresó de la escuela lo más rápido que pudo. Tenían tanto de qué hablar, cerraron la puerta del dormitorio con llave y susurraron en la cama, haciendo el amor y masturbándose juntas con total libertad.

Evi había viajado haciendo autostop hasta Galway, Irlanda, pagando más de una vez con una felación en un aparcamiento. Tras pasar unos días en una pensión destartalada que apenas podía permitirse, por fin encontró a un viejo pescador que entrecerró los ojos al ver la foto del joven pescador con sus padres y el tío Peter durante un buen rato, y luego exclamó: «¡Claro que lo conozco! ¡Ese es sin duda el joven Patrick!». Tuvo que rogarle con paciencia y darle unas monedas antes de que finalmente lo soltara: «¡Ese es Patrick fulano, es el dueño de todo esto!». Agitó los brazos: «¡Todo esto, el puerto, todo!». No sabía dónde vivía, pero pasaba los días

en aquel edificio de oficinas blanco de allí; ¡hacía mucho tiempo que no necesitaba salir a pescar!

Al día siguiente, un intento agotador por contactar con Patrick. Tras una espera interminable, la recepcionista levantó la vista y dijo con cierta brusquedad: «Señor Patrick, pase, por favor». Un hombre alto, con una hermosa y espesa cabellera blanca como la nieve, estaba junto a la ventana, contemplando el puerto. Se giró, con el rostro bronceado y una sonrisa, y se estrecharon la mano cordialmente. «Patrick, por supuesto, y Evelyn, por supuesto», dijo ella. Supo desde el primer momento que era él. La joven de Austria... y Patrick solo sonrió cuando ella imitó la expresión de la recepcionista y le hizo un gesto de aprobación con el pulgar. Él sonrió agradecido y le pidió que se sentara. «¿Y en qué puedo ayudarle?»

Evi dijo que esa había sido una de las horas más difíciles de su vida. Patrick la escuchó atentamente mientras ella explicaba que sus padres habían fallecido y que había emprendido el largo viaje para encontrar a su padre biológico. Un largo silencio siguió. Evi sacó la vieja fotografía de su bolso de viaje y se la entregó. No hubo señal de reconocimiento, ni rastro de sospecha en su rostro. Tras una larga mirada, él alzó la vista y la miró con curiosidad. Ella los enumeró: el tío Peter, su padre y su madre, y a la derecha del todo, tú, Patrick. Tras otro largo silencio, él tecleó en su teléfono y habló con un acento irlandés ininteligible, luego volvió a pulsar el botón. Se recostó, con la fotografía en la mano, y dijo pensativo que tenían todo el tiempo del mundo para hablar de ello.

Le pidió a Evi que le contara todo de nuevo. Cuando ella habló del incendio, él le preguntó si esas eran las tres personas involucradas, si las tres habían muerto. Evi lo confirmó y continuó su relato, sobre todo el viaje (no mencionó las felaciones), y finalmente, que ahora se encontraba en ese bed and breakfast en particular. Inesperadamente, le preguntó cuánto dinero le quedaba. Evi se sobresaltó un poco, ya que no lo entendía, lo calculó rápidamente y dijo una cantidad. “Eso debería durarme otros dos meses”, añadió, sosteniendo su mirada inquisitiva. Él pensó un momento, luego volvió a teclear y gritó ininteligiblemente, y luego colgó.

Patrick se inclinó hacia adelante y dijo: «Mi empresa siempre reserva una habitación en el Hotel Golden Star, justo en la plaza

principal junto al mar. Es una habitación muy bonita con vistas al mar. Me gustaría invitarte a hospedarte allí; es un hotel excelente». Interpretó mal su vacilación y rápidamente añadió: «Puedes aceptarlo como un regalo. ¡No quiero nada a cambio! Y puedes quedarte todo el tiempo que quieras». Patrick hizo una larga pausa y miró a Evi con expectación. Ella dudó un instante, luego se decidió y le agradeció el inesperado regalo. Le preguntó si podía volver a visitarlo; aún tenía muchas preguntas.

Patrick la miró fijamente a los ojos y le dijo: «¡Evelyn, no soy tu padre! No reconozco a nadie en esta foto, y además —tomó la foto — la fecha del reverso, no, estaba haciendo el servicio militar entonces. Desde luego, no soy tu padre, lo siento. Ojalá lo fuera, porque eres una jovencita encantadora de Austria». Patrick rió y guiñó un ojo, y dijo: «Si puedes quedarte unos días más, ¡me encantaría conocerte mejor!». Al oír lo de «jovencita», Evi casi soltó que ya tenía 20 años y que llevaba siete años siendo mujer, ¡una mujer de verdad!, pero se quedó callada, luchando contra sus emociones. Cada fibra de su ser, cada instinto, todos sus sentimientos gritaban en silencio: «¡Ese es mi padre!». Pero él dijo que no, y no podía serlo; estaba en el ejército en ese momento.

Patrick no pasó por alto su reacción; sus hermosos pechos temblaban y se agitaban bajo la fina camiseta. Echó un vistazo a sus papeles sobre el escritorio y comentó que aún tenía mucho que hacer. Le sugirió que se registrara en el Hotel Golden Star de inmediato, insinuando que él podría tomarse la noche libre y reunirse con ella para cenar alrededor de las 8 p.m., si eso le parecía bien, querida. Evi asintió, sabiendo que esa forma de dirigirse a ella era cortés pero no significaba nada más. La acompañó hasta la puerta y se detuvo un momento con la recepcionista. “¿Todo listo?”, preguntó, y ella respondió con un “¡Sí, señor!”. Luego presentó a Evi por su nombre, añadiendo que era una invitada importante de su empresa, así que si necesitaba algo, él estaría dispuesto a ayudarla.

Babsi se quedó callada de repente y se incorporó. —¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué pasó después? Pero ella sonrió con ojos felinos y dijo: —¡El resto mañana! —Ah —dije riendo—, con mucho gusto, mi querida Scheherazade —pero Babsi ya tenía la boca llena y jugaba suave pero insistentemente con mi pene flácido con la lengua. Aunque ya era muy tarde, hicimos el amor durante más de

una hora. Salí muy tarde y solo conseguí comer algo —por una excepción— en el bar del hotel.

Llegué a casa de Babsi un poco tarde; me abrió la puerta con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. “Pensé que no vendrías hoy”, dijo, añadiendo que ya había empezado a jugar un poco con los dedos. Me salté el ritual del café y me tumbé justo al lado de mi amante desnuda. Sin protestar, me dejó estimularla, y dejamos que mi erección esperara. Al poco rato, volvió a estar en la cima de su excitación y, con impaciencia y avidez, se dedicó a masturbarse. Había perfeccionado su técnica con los años; sus numerosos orgasmos no eran eventos aislados como antes, sino que se masturbaba hasta alcanzar la cima de una montaña, manteniéndola, a menudo durante horas, saltando de cima en cima, solo entonces permitiéndose un orgasmo, a menudo muy intenso. Siempre era un placer emocionante porque me dejaba mirar con gusto, “le encanta mirar”, mostrando lascivamente cada detalle. Sonreía porque siempre podía saber claramente, por mi erección, cómo me sentía.

Tras el clímax final, se subió encima de mí para cabalgarme, brindando a mi erección el placer de su vagina palpitante y a mis ojos una vista clara de sus labios vaginales separados por sus dedos y su clítoris rígido y palpitante. Me cabalgó con rapidez, alcanzando la cima de mi orgasmo, y mientras yo eyaculaba a borbotones, ella se tocaba el clítoris y se masturbaba hasta el final, pues le encantaba, tanto como a mí, eyacular y tener un orgasmo simultáneamente.

Nos quedamos tumbadas, exhaustas y jadeando, una al lado de la otra hasta que nos calmamos. Me acerqué a ella, le acaricié los muslos y los labios vaginales, y murmuré: «Si no se lo cuentas a nadie, ¡tendré que mandarte a decapitar mañana, Scheherazade!». Ella rió suavemente y susurró como una niña pequeña: «¡Lo sé, lo sé, Su Majestad!». Luego se puso seria y continuó con la historia de Evi.

Así que Evi se hospedó en el hotel más hermoso, Patrick venía todas las noches, cenaban exquisitamente en el restaurante del hotel, y ella tenía que contarle todo con minucioso detalle. Todas las noches sacaba a relucir el tema de la paternidad, y todas las noches él lo negaba con una sonrisa. Le complacía que Evi bebiera

como mucho una copa de vino tinto, consciente de la adicción de sus padres, pero ella decía que eso demostraba mejor que no eran sus verdaderos padres. Patrick le contó cómo había convertido la empresa, empezando con un solo barco, en una de las más grandes de la ciudad. Evi preguntó por qué algunas personas lo llamaban "Sir Patrick", y riendo, él dijo que aunque podía usar el título como terrateniente, no era tirano; ese título había sido abolido en 1922. Si algunos subordinados se dirigían a él como "Sir", era simplemente por respeto, y nada más. Que por favor lo llamara Patrick, y ella murmuró que "Papá" sería más apropiado, pero él solo se rió y negó con la cabeza en señal de desacuerdo.

Una noche, mientras fumaban en silencio después del postre, él le propuso que se mudara con él a la hermosa casa blanca en la colina. Ella pidió tiempo para pensarlo, aunque ya había tomado una decisión.

La noche siguiente, ella aceptó con la condición de tener su propia habitación y no tener que cocinar, algo que detestaba profundamente. Patrick casi se sintió ofendido; era un caballero y no tenía segundas intenciones. Explicó que no podía hablar de todo, especialmente de asuntos personales, en el restaurante del hotel, que solía estar abarrotado, pero habían llegado a un punto en el que quería hablar de todo con la joven austriaca (sonrieron con nostalgia). Su ama de llaves solía salir de la casa al mediodía, y podían pedir comida a domicilio. Al día siguiente, Evi preparó su maleta, llena de ropa que había comprado con el generoso caballero, y tomó un taxi hasta su casa. Él ya la estaba esperando.

Una casa hermosa, grande y luminosa en una pequeña colina, a unos diez minutos a pie del centro del pueblo, el mar y la Compañía. Él le mostró toda la casa, la presentó formalmente a Rose, la ama de llaves, y le dio a elegir entre dos habitaciones de invitados. Ella escogió la luminosa contigua a su dormitorio. Él estuvo en la Compañía toda la tarde, y ella paseó por la casa, inspeccionándolo todo. Por las noches, cuando él volvía a casa, decía: «¡Vamos a cocinar!», con una sonrisa de oreja a oreja, y descolgaba el teléfono. Las dos semanas siguientes pasaron volando. Pasaban las tardes en la terraza, charlando durante largos ratos, contemplando las estrellas o simplemente disfrutando en silencio de la vista del pueblo. A veces él la abrazaba, y una cosa llevaba a la otra. Se besaban, tímidamente al principio, luego con creciente pasión. Él la alzó en

brazos y la llevó, ligera como una pluma, a su dormitorio. Con un movimiento rápido de muñeca, dejó que su vestido y sus bragas cayeran al suelo y se tumbó desnuda en la cama, con el corazón latiéndole con fuerza y temblando de anticipación. Patrick se tumbó a su lado y les dio tiempo a ambos.

—Babsi —dijo Evi enfáticamente—, ¡mi primera vez con mi padre! A la luz del pasillo, vio que tenía un pene bien formado, hermoso y largo, con un glande grande. Mientras él entraba suave y consideradamente en su vagina, las lágrimas brotaron de sus ojos. «Estoy follando con mi propio padre», seguía pensando. Él estaba en buena forma y duró mucho tiempo, luego su semen caliente se disparó dentro de ella. Lloró y le dijo que eran lágrimas de alegría, absteniéndose de decir «follando con mi padre». Hablaron durante un buen rato, y cuando vio su erección renovada, volvieron a follar. Él duró mucho tiempo otra vez, y ella estuvo cerca del orgasmo. Siguió un momento maravilloso, y él se mostró muy agradecido cuando ella le explicó, sonrojándose tímidamente, que necesitaba masturbarse un poco como preliminar para poder tener un orgasmo durante el sexo. Rápidamente se convirtieron en una máquina bien engrasada; Verla masturbarse lo excitaba aún más, pues se acercaba a los cincuenta y la segunda y la tercera vez ya no eran tan fáciles. Ella no le ocultaba que pasaba muchas tardes masturbándose. Él la abrazó con cariño y le dijo: «Todo lo que necesitas, mi amor».

Ella leyó cientos de libros que estaban en las estanterías de Patrick, y un día de primavera él la llevó al puerto, a su yate privado llamado AMELIE (su madre). Ella no sabía nada de barcos, pero descubrió que era un yate americano de 15 metros muy bien equipado. Salían con frecuencia, ella aprendió mucho sobre cómo manejar el yate, y pasaron muchos días y noches maravillosos en calas apartadas. Cuando todas sus preocupaciones quedaban en tierra y escuchaban en silencio el murmullo y el vaivén del mar, a veces hacían el amor toda la noche hasta el amanecer. En una de esas hermosas noches, mientras fumaban tranquilamente bajo el profundo cielo estrellado azul después de hacer el amor, él le propuso matrimonio. “¡No!”, gritó ella sorprendida, y él miró significativamente su desnudez, las sábanas arrugadas. “¡No!”, susurró ella entre lágrimas, “¡Somos padre e hija!”. Él la abrazó con mucho, mucho cariño, y no, ¡él no era su padre!

—Por eso estoy aquí —le dijo Evi a Babsi—. Necesito pensar y decidir. Tengo que ir al ayuntamiento a solicitar todos los documentos necesarios. No tenía nada más que su pasaporte desde que se fue a Irlanda hacía dos años. Babsi no necesitó pensarlo mucho. —¡Por fin lo has encontrado! Estás locamente enamorada, y él es socialmente aceptado y rico, ¡de Cenicienta a princesa! —Evi sonrió y dijo—: Es muy, muy rico, es cierto. —Luego se puso seria y dijo que dos cosas la inquietaban. Primero, cuando él miró la vieja fotografía de sus padres durante su primera conversación y se enteró de que los tres habían muerto, pareció dar un suspiro de alivio: ¡ningún testigo vivo! Segundo, había pasado meses intentando averiguar sobre su servicio militar, pero sin éxito.

En los días siguientes, Babsi hizo todo lo posible para asegurarse de que se casara con ella, fuera padre o no, ¡tonterías, nada probado! Evi regresó a Galway, y meses después Babsi fue a la boda en Irlanda, donde fue la madre de la novia y dama de honor. Antes de irse a casa, abrazó a Evi con mucha fuerza y le susurró al oído: «Es un hombre maravilloso, un verdadero caballero, y sin duda tu padre, ¡míralos!». Se quedaron abrazadas durante un buen rato, riendo y sollozando, y luego Babsi se fue al aeropuerto.

—Fin de la historia —dijo Babsi—, ¡ahora quiero que me folles! —Pero solo porque eres tú, Scheherazade —me reí, e hicimos lo mismo hasta que ambos yacimos exhaustos pero felices uno al lado del otro—. Pero —preguntó suavemente—, ¡todavía te quedas, aunque ya han pasado 1001 noches! Le aseguré que había llamado a Londres (eso no era mentira) y había pedido un mes de baja por convalecencia (mentira, solo me iban a dar 10 días como máximo). Babsi estaba encantada y no dijo nada, porque ya tenía la boca llena de polla. Pasamos tardes maravillosas llenas de alegría, amor y sexo sin parar. Mi negociación con la ciudad había sido un éxito. Babsi me dio las cartas de Evi, y las leí de una sentada. Gracias a Dios, estaba muy, muy bien y amaba la vida con Patrick. Evi, a quien amaba tanto como a Babsi, había salido de la pobreza mohosa de la casa de sus padres; estaba a salvo.

Leí las cartas de Evi con atención, una y otra vez. Jamás tuvo la menor duda sobre la paternidad de Patrick. Le escribía a Babsi con total franqueza, pero solo si conocías los códigos que usábamos los tres.

Patrick siguió amasando una fortuna con su negocio de pesca, lo que le permitió a ella estudiar con uno de los mejores ilustradores de moda. Se dedicó a la ilustración durante más de 25 años, un sueño que había cumplido toda su vida. En los últimos años, se quedó en casa con Patrick, quien había cedido la gestión diaria a su sobrino como director general y trabajaba desde casa en sus proyectos para el ayuntamiento. Ella lo ayudaba con gusto y creatividad.

Describió su vida amorosa con Patrick con todo lujo de detalles; se amaban profundamente y, no, respondió a la pregunta de Babsi, le fue fiel a Patrick y nunca tuvo amantes ni aventuras, aunque no le faltaban pretendientes ni oportunidades. Pero ya no era tan joven; la pasión ya no ardía a cada hora, sino solo dos o tres veces por semana, pero eso le parecía bien.

Ignoró sin esfuerzo los problemas de erección de Patrick y simplemente continuó abrazándolo, acariciándolo y besándolo. Empezó a disfrutar acariciando el pene de Patrick con la boca y los labios hasta que se ponía semierecto. Él lo disfrutaba enormemente, y ella aprendió a guiar su gran y grueso pene semierecto hacia ella y a follarlo con suavidad y respeto. Él no se cansaba de ello, y ambos se alegraban muchísimo cuando él conseguía eyacular con el pene semierecto. Esto ocurría una o dos veces al mes; a Evi le encantaba, y si no funcionaba, besaba y lamía su hermoso y gran pene todo el tiempo que él quisiera.

Casi se podía oír a Evi riéndose en su carta mientras escribía sobre un admirador secreto, un relato muy largo de sus primeros años con Patrick. Un día, había dejado las cortinas abiertas y, mientras se masturbaba, vio a un mirón entre los arbustos fuera de su ventana. Un joven, aparentemente ingenuo, mirando hacia los arbustos, masturbándose, eyaculando y continuando. Tras la sorpresa inicial, sintió una sensación maravillosa y confesó que el exhibicionismo la excitaba enormemente.

Día tras día se masturbaba, ofreciéndose de forma obscena y provocativa al chico, hasta que este se atrevió a acercarse demasiado a la gran puerta corrediza del patio, que iba del suelo al techo. Ella lo observaba masturbarse y, sin inhibirse por su mirada lasciva y babeante, se masturbaba ella también. El pobre chico apenas pudo seguirle el ritmo durante dos horas; al final, ya no pudo eya-

cular. Constantemente se frotaba su pene largo y delgado y empujaba su glande rojo e hinchado directamente contra su vagina, como si quisiera penetrarla.

Cuando él se paraba cerca de la puerta de cristal, ella se sentaba —rara vez, pero ocasionalmente— en un taburete junto a la puerta, separada solo por el cristal. Vaya, qué excitado se ponía el chico, obviamente con discapacidad intelectual, al verla desnuda, pero ella quería examinarlo de cerca porque era diferente a cualquier otro que hubiera conocido. Su pene era muy largo pero delgado, apenas tan grueso como un pulgar, e incluso cuando estaba erecto, se curvaba hacia los lados y de forma muy torcida. Lo que le pareció particularmente llamativo fue su prepucio, que cubría completamente el glande incluso cuando se masturbaba. Podía saber cuándo estaba a punto de eyacular porque se acurrucaba y retraía con mucho cuidado el prepucio, dejando al descubierto el glande rojo del tamaño de una fresa, y esperaba inmóvil hasta que la eyaculación cesaba. Se mordía la lengua cuando presionaba el glande directamente contra el cristal y, fantaseando, miraba fijamente su abertura mientras eyaculaba. Después de que él se fue, ella limpió cuidadosamente el cristal.

Esto le resultó increíblemente excitante, y más de una vez separó sus labios vaginales, permitiéndole ver el interior de su vagina, lo que le hizo eyacular de inmediato. Eyaculó en el suelo y, al igual que ella, reanudó la masturbación de inmediato, aunque pronto solo un fino chorrito goteaba de su glande, estaba tan exhausto. Un día se fue, y esa noche Rose le dijo a Patrick, con el rostro inexpresivo, que había llamado a la policía para que detuvieran a un vagabundo que, descaradamente, se había sacado el pene al verla. Patrick no se inmutó, aunque ya lo sabía, porque Evi, por supuesto, se lo había contado hacía mucho tiempo.

Cuando Evi llegó a casa, ambos se rieron a carcajadas mientras él le contaba todo. Mientras Rose se duchaba en la ducha de cristal de Patrick después del trabajo, como de costumbre, vio al tipo entre los arbustos, mirándola fijamente y masturbándose “allí abajo”. Rose se horrorizó y se quedó allí en la ducha durante más de media hora, mortificada, preguntándose si finalmente pararía. Solo entonces llamó a la policía. Se rieron hasta llorar, y no importaba si él solo la había estado mirando ducharse o tal vez masturbándose, como Evi sospechaba, conociendo las precarias condiciones

de vida de Rose: una habitación para cuatro personas con un baño al final del pasillo, sin ninguna privacidad. Patrick prometió defender al chico al día siguiente.

A veces, su sobrino menor, Donny, que estudiaba en Dublín, venía a visitarlos los fines de semana. Por la noche, ella se quedaba quieta, acurrucada contra el cuerpo desnudo de Patrick, y ambos escuchaban los gemidos, las embestidas y los orgasmos de su amante de turno. Evi escuchaba los latidos de su corazón y el de Patrick, porque los excitaba a ambos por igual, y luego jugaba con el pene de Patrick o se masturbaba hasta alcanzar orgasmos maravillosos. Patrick nunca había aprendido a masturbarla, pero le encantaba y la observaba con placer y felicidad.

Una vez, mientras Donny estaba sentado en su Morgan Sportster, listo para irse con su amor de entonces para siempre, ella le preguntó si sabía dónde había servido su tío Patrick. La respuesta de Donny fue inmediata: Patrick no había servido, había logrado librarse del servicio militar pagando, algo común en aquella época para los jóvenes de familias adineradas. Él mismo aún dudaba si alistarse en el ejército, y le dirigió una mirada nostálgica a la que pronto sería su exnovia. Entonces pisó el acelerador, levantando gravilla. Evi se quedó paralizada, llevándose la mano al pecho, donde una piedra helada amenazaba con aplastarle el corazón.

Con los años, su amor por el mar creció y salía con frecuencia, fondeando en una bahía para leer, escribir poesía o pasar horas en su litera masturbándose. Cuando Patrick tenía citas, ella salía sola. Describía la maravillosa sensación de cuando las olas mecían suavemente el barco; entonces, los orgasmos eran especialmente bellos e intensos.

“¡La felicidad solo dura una semana si al vecino malvado no le gusta!” Casi exactamente una semana después, recibí la llamada de Londres. ¡Ven inmediatamente, en el próximo vuelo! Cuando devolví la llamada, solo obtuve el código: había demasiadas pasas en el pastel, así que era un problema interno de la agencia, y necesitaban mi ingenio. Reservé de inmediato, empaqué mis cosas y dejé que el hotel preparara la factura y todo lo necesario para mi partida. Con los hombros caídos, fui a casa de Babsi, me senté a tomar un café, y cuando pedí dos dosis en lugar de la habitual, ella regresó a la mesa y se sentó desnuda en mi regazo. “¿Tan mal?”,

preguntó, acariciándome el cabello con ternura. Estaba muy preocupada por mi historia y preguntó cuándo. Le dije que todo estaba ya resuelto en el hotel y que tenía que abandonar la casa del amor, de la lujuria depravada y del sexo fantástico a más tardar a las 6:30. Volvió a reír y me instó: "¡Olvídate de ducharte, vamos, vamos!"

—Tengo un favor que pedirte —le dije a Babsi—. Por favor, mastúrbate, solo para mí. Quiero verte y absorberlo, ¡guardarlo en mi corazón! Ella sonrió en señal de asentimiento, se tumbó frente a mí y comenzó a masturbarse. La acerqué, coloqué su trasero sobre mi regazo y la observé de cerca. Babsi abrió las piernas en el aire y se abrió todo lo que pudo. Contemplé sus labios hinchados, su clítoris aún relajado y su vagina grande y abierta. Babsi rápidamente llegó al clímax, saltó a la cima e inmediatamente alcanzó el orgasmo. Me incliné hacia adelante y le lamí el clítoris mientras se masturbaba, y la lamí durante su final. Suspiró satisfecha y maulló de placer al sentir el lamido de su clítoris. La follé durante sus pausas y me corrí tan rápido como pude, luego la volví a colocar sobre mi regazo después de que se corriera para observar y lamer su clítoris erecto mientras tenía un orgasmo. No sé cuántas veces lo repetimos, pero hasta que estuvimos completamente exhaustos. Babsi también estaba bastante cansada, porque llegaba al clímax cada vez y luego se masturbaba para otra ronda. El pitido de mi teléfono nos sacó de nuestro frenesí.

Nuestra despedida fue un mar de lágrimas, abrazos y besos, y luego tuve que irme.

Y por supuesto, nos prometimos que nos mantendríamos en contacto y que nos volveríamos a ver.

El faro de Kings Head

von Jack Faber © 2006

Había pedaleado demasiado lejos. La tormenta se acercaba a sus espaldas, ráfagas de viento azotaban el camino y corría peligro de caerse. Siguió pedaleando con dificultad, mirando repetidamente por encima del hombro y con ansiedad hacia la masa de nubes oscuras. Las primeras gotas cayeron con fuerza, obligándolo a tomar una decisión.

Dar la vuelta era impensable; seguramente le quedaban dos o tres horas para llegar a casa. Al fin y al cabo, había estado pedaleando toda la mañana, y ya debían ser las cuatro o las cinco de la tarde. Así que lo único que podía hacer era seguir por el sinuoso sendero costero y esperar que pronto apareciera un pueblo, o al menos una casa. Su madre le había advertido con cautela, incluso admitiendo que se preocupaba cuando su hijo de catorce años salía solo a dar un paseo en bicicleta por los acantilados. Él simplemente se rió y le aseguró que no era “nada”, que otros chicos de su edad habían recorrido distancias mucho mayores en bicicleta, y que pensaba volver por la noche. Ella lo miró fijamente, y él admitió a regañadientes que la experiencia del día anterior lo inquietaba. Era consciente, solo inconscientemente, de que quería estar a solas con sus pensamientos un rato. Ella permaneció en silencio y bajó la mirada. No pasaba nada, dijo, no había ocurrido nada de lo que debiera preocuparse; la culpa era enteramente suya. Lo miró con incertidumbre a los ojos, luego se dio la vuelta rápidamente y regresó a la casa. Él no debería haber visto que ella lloraba amargamente.

Ahora llovía torrencialmente; las ráfagas de viento azotaban los chaparrones, que caían horizontalmente sobre él. Volutas de niebla emergieron del bosque, se espesaron y se desplazaron hacia el mar. De repente, el faro apareció ante él entre la bruma. Pedaleó con furia, devanándose los sesos; pero no recordaba haber visto ningún faro en el mapa que había estado estudiando con tanto esmero. Pero eso ya no importaba; al menos allí podría refugiarse.

Cuanto más se acercaba, más claramente podía ver a través de la lluvia que una luz seguía encendida en una de las pequeñas ven-

tanas del piso de arriba. Se detuvo un instante y se secó el pelo mojado de los ojos con el dorso de la mano. La luz ahora era claramente visible. Suspiró aliviado. Un faro habitado ofrecía verdadera seguridad contra la tormenta. Pedaleó hasta llegar al edificio. Colocó con cuidado su bicicleta junto a la puerta principal, ya que parecía no haber otro lugar donde ponerla. Luego se pasó los dedos por el pelo mojado y tocó el timbre. Hubo un largo silencio, así que volvió a tocar, con el corazón latiéndole con fuerza en la garganta. Entonces una escalera de madera crujió, oyó pasos y luego se abrió la puerta.

La mujer —que debía rondar los setenta años— lo miró con tristeza. Entonces vio su ropa mojada, su cabello empapado y las gotas de lluvia que le corrían por la cara. «Entra rápido», dijo con voz ronca, y él se apresuró a pasar junto a ella y adentrarse en la penumbra del recibidor. Ella cerró la puerta y le echó el pestillo.

"¿Qué haces aquí afuera con este clima tan horrible?", preguntó, y luego agregó: "¿De dónde eres? ¿Cómo te llamas?".

—Jack Lock —respondió—, vivo en Lambert Barns y quería dar un pequeño paseo en bicicleta por la carretera costera hoy. Pero luego el tiempo empeoró —murmuró con tristeza al final.

—Bueno, ven entonces —dijo, con un tono algo más amable que al principio—. Soy Helen Fowler, la guardiana del faro. Mi marido... —suspiró profundamente y subió dos escalones—...mi marido murió trágicamente hace muchos años, y ahora yo he ocupado su lugar. La viuda Fowler se adelantó y subió las escaleras. Él la siguió hasta el primer piso. Era sorprendentemente espacioso, con una pequeña cocina abierta, una mesita con dos sillas, seis ventanas pequeñas y un gran baúl de madera de aspecto peculiar. Como la habitación era circular, la escalera de caracol ocupaba una cuarta parte, al igual que la escalera de caracol del lado opuesto que conducía más arriba.

Se acercó a la pequeña estufa de gas y se puso a trastear con las ollas. Solo al cabo de un rato pareció darse cuenta de que él seguía de pie en el rellano. «¡Bueno, siéntate, siéntate!», dijo, señalando con un guante de cocina una de las sillas. Él se sentó en el borde de la silla y, al cabo de unos minutos, ella sirvió té y luego llevó la tetera, las tazas y una cesta de galletas a la mesa. «Qué despistada

parezco estar hoy», murmuró, sacudiendo la cabeza mientras miraba su ropa mojada. Rápidamente fue al armario, sacó una chaqueta y unos pantalones y le ordenó que se cambiara.

Él obedeció, pero ella tuvo que pedirle específicamente que también se quitara la ropa interior mojada. Se sonrojó intensamente al quedar completamente desnudo después de quitarse la ropa mojada. Ella contempló su cuerpo delgado y juvenil durante un largo rato mientras él se apresuraba a retorcer y girar los pantalones para ponérselos, pero se enredó por completo en ellos. Era muy confuso, porque le parecía que ella no era tan mayor como había aparentado cuando entró. No, definitivamente era más joven, mucho más joven. Por supuesto, lo confundió todo aún más porque estaba desconcertado por su mirada, que se detuvo larga y curiosamente en su pene. Ella se levantó, rodeó la mesa, le quitó los pantalones de la mano y los giró para que finalmente pudiera ponérselos.

Obedientemente, bebió el té caliente y fuerte, que normalmente le servían tibio y aguado porque su madre tenía que recortar gastos por todas partes. Ella le preguntó de nuevo de dónde era y adónde iba, luego comentó que parecía muy mayor para sus catorce años y, tras echar un vistazo al reloj de pared, le preguntó qué pensaba hacer. Pero enseguida se respondió a sí misma: «Claro que no puedes ir a casa con este tiempo horrible. Tendrás que quedarte aquí esta noche; ¡quizás la tormenta haya pasado mañana!». Él se mordió el labio y se removió inquieto en la silla.

Se dirigió rápidamente al teléfono, que estaba montado en la pared junto al armario. «Ya son más de las nueve», dijo, meneando la cabeza, «¡tenemos que avisar a tus padres!». Él miró con incredulidad el viejo reloj de péndulo. Eran, en efecto, las nueve y cuarto, aunque él habría calculado que más bien serían las cinco o las seis. Murmuró que solo tenía una madre y le dio su número de teléfono, pues la viuda Fowler lo esperaba con el auricular en la mano. Habló amablemente con su madre, arrullándola por lo bueno que era el niño y diciéndole que no podía dejarlo volver a casa con ese mal tiempo, con esa tormenta. Le aseguró que estaba a salvo en el faro y luego le dio su propio número de teléfono para que la señora Lock pudiera llamarla cuando quisiera. Como si se conocieran de toda la vida, las dos señoras charlaron un rato, y luego la señora Fowler colgó.

—Todo está bien —dijo ella, y volvió a la estufa—. Y apuesto a que tienes hambre, ¡te calentaré algo! Sin esperar su respuesta, se puso a cocinar. Enseguida, había frito patatas y dos huevos, que él aceptó agradecido y devoró con gusto. Afuera, la tormenta aullaba y rugía, y la lluvia torrencial golpeaba los cristales de la ventana. Fue al armario y, para su sorpresa, desplegó una cama. Al notar su expresión, le dijo: —Durante siglos, los que vivimos en torres hemos dormido en camas como estas —mientras hacía la cama afanosamente—. ¡Listo, dormiremos aquí! —dijo con satisfacción, después de haber ajustado un poco más las sábanas y las almohadas—. Puede que parezca pequeña y estrecha, pero mi difunto esposo y yo dormimos aquí durante décadas —dijo, al ver su mirada de desesperación. Ignoró por completo el hecho de que él estaba confundido y ansioso ante la idea de no tener su propia cama, pero realmente no había otra disponible.

La idea de dormir en casa de una completa desconocida, en la misma cama que ella, le fue calando hondo. Pero de alguna manera se tranquilizó rápidamente, porque ella no era realmente vieja; solo se lo había imaginado. Era joven, al menos más joven que su madre, y de repente ya no le veía nada de malo. Al contrario, la idea de lo nuevo e incierto lo llenó de cierta alegría. La miró de nuevo y se aseguró de que no podía tener mucho más de veinte años. ¡Sus ojos debían de haberle jugado una mala pasada! ¿Cómo pudo haberla confundido con una anciana, con una mujer de setenta?

Pero no estaba preparado para la siguiente sorpresa. Ella le dio la espalda, dejó caer su vestido al suelo y sonrió dulcemente, como si tuviera ojos en la nuca y pudiera ver su asombro, su sorpresa. Estaba tan cautivado por su desnudez que simplemente no se dio cuenta de que era deliberado, intencional. Se giraba de un lado a otro con lentitud deliberada, a veces completamente innecesaria, mientras se arreglaba la ropa. Él la miró fijamente todo el tiempo y se sonrojó cuando ella se giró lentamente.

Su cuerpo era verdaderamente hermoso y lucía sorprendentemente joven. Algo en ello lo inquietaba; de hecho, cuando ella le abrió la puerta al llegar, parecía mucho mayor, y él no entendía por qué ahora aparentaba tanta juventud. Sus grandes pechos, que se veían llenos y firmes, lo excitaban, al igual que el oscuro trián-

gulo de su pubis. De reojo, observó su reacción y le dio tiempo suficiente para contemplarla.

Luego se giró de nuevo y se inclinó para enderezar sus zapatos junto a la cama, doblar cuidadosamente sus medias y meterlas dentro de los zapatos, dedicándole mucho más tiempo del necesario. Sonrió al pensar que le estaba mostrando sus encantos sin pudor, que él ahora la miraba fijamente, con las nalgas separadas y la hendidura apenas visible debajo, con el corazón latiéndole con fuerza, casi desmayándose. Con una sonrisa cómplice, permaneció inclinada y fingió seguir buscando los zapatos debajo de la cama, pero en esa posición encorvada, separó aún más sus nalgas, presionando sus gruesos y carnosos labios contra ellas.

Jack tragó saliva, sintiendo el zumbido de la sangre en sus oídos, pues entre los labios hinchados de la viuda Fowler podía ver claramente su hendidura, los dos pliegues a cada lado, la carne rosada y desnuda de su vagina entre ellos, enmarcada por ondulaciones negras. Ella se inclinó aún más, y los pliegues se abrieron cada vez más, sus labios se separaron para revelar su vagina. La abertura era ahora claramente visible, y de repente pudo ver dentro del profundo y oscuro túnel. No sabía por qué se estremeció.

La observó sin aliento; claro, a veces había observado a su madre en secreto, y ahora los mismos pensamientos impuros y pecaminosos le invadían la mente; pero la señora Fowler era más delgada, más guapa y mucho más joven que su madre. Se enderezó, se sentó erguida en la cama y se cubrió con lo justo, hasta los muslos, ofreciéndole su magnífica desnudez para que la contemplara. «¡Ven!», dijo, «¡es hora de dormir!». Él se levantó y obedientemente se quitó la chaqueta, luego se quedó allí indeciso. Su mirada se deslizó repetidamente de su rostro a sus pechos desnudos y al atisbo de vello púbico, pero ella parecía no darse cuenta en absoluto.

—¡Vamos, quítate la ropa! —dijo ella, sonriéndole con picardía. Él dudó unos instantes, plenamente consciente de su excitación e inseguro de cómo reaccionaría ella, pero entonces esa extraña sensación de indiferencia lo invadió de nuevo. Se quitó rápidamente los pantalones y, al ponerse de pie desnudo, ella sonrió al ver su erección.

Se sentía un poco inseguro, porque antes tenía un pene delgado y discreto que encajaba con su cuerpo esbelto y juvenil. Sin embargo, durante el último año, no solo su voz se había vuelto más grave y frágil, sino que también le habían empezado a crecer vellos oscuros alrededor del pene y en las axilas. Su pene se había vuelto más grande, más voluminoso y, de alguna manera, más feo, y cuando estaba erecto, como ahora, las venas de los lados se hinchaban visiblemente y el glande sobresalía agresivamente, de un rojo brillante, con el pulso de la erección claramente perceptible.

Le incomodaba mucho que la señora Fowler, como todos los demás y él mismo, probablemente supiera perfectamente que su pene se había vuelto tan feo solo por su excesiva masturbación. La miró con incertidumbre e intentó sostener su mirada curiosa, pues la viuda Fowler no ocultaba que estaba examinando su pene minuciosamente y con una sonrisa. Estaba seguro de que ahora que había visto esa cosa fea, después de todo, no lo llevaría a la cama con ella. Ella ya sabía que tenía un pene grande, y lo observaba con interés y una anticipación que él solo podría explicar si hubiera podido leerle la mente. “Ah, qué bien”, dijo ella, apartando un poco las sábanas, “¡vamos, ven a la cama!”. Después de unos segundos, se sobresaltó interiormente y se acercó a la cama con pasos vacilantes. La miró tímidamente de nuevo, vio su sonrisa alentadora mientras ella apartaba la manta compartida, revelando su cuerpo desnudo una vez más. Rápidamente se metió en la cama, con el corazón latiendo con deseo mientras sus cuerpos desnudos se apretaban. A diferencia de ella, él se metió inmediatamente bajo las sábanas, subiéndoselas hasta la barbilla, excitado por su desnudez. Ella buscó el interruptor de la pared y apagó la luz. La brillante luz giratoria en lo alto del faro iluminaba la sala de estar, bañándola en un crepúsculo difuso.

No tuvo que esperar mucho. Un brazo suave, cálido y delicado se deslizó bajo su cuello. Una mano acarició suavemente su mejilla. Susurró en voz baja, pero no entendió las palabras; tal vez era un idioma extranjero. En cualquier caso, el extraño y hipnótico canto lo calmó enormemente. Se sintió conectado a ella, sintió que ese canto lo abría a ella y despertaba en él la necesidad de confiarle sus secretos. La mano acarició su rostro, su cabello y su pecho. Luego, con una lentitud indescriptible, se movió por su estómago, tocando su vello púbico que brotaba con orgullo. Contuvo la respi-

ración cuando la mano tocó y acarició suavemente su pene erecto, como una bocanada de aire.

"¡Oh, realmente lo necesitamos!", rió suavemente. Él quiso decirle que no tenía permitido acariciarlo así, pero ella continuó cantando, y se sintió tan maravilloso que guardó silencio. El pensamiento de que esto aparentemente no era un secreto entre él y su madre, y que seguramente solo lo había imaginado, pasó fugazmente por su mente mientras ella tocaba su pene de manera inequívoca. Ella acarició su cabello y murmuró palabras suaves y desconocidas en su oído. Él contuvo la respiración mientras ella lo masturbaba rápida y expertamente. Su mano se movía arriba y abajo con facilidad experimentada, retrayendo repetidamente el prepucio con fuerza, y a veces su pulgar pasaba excitantemente sobre el glande. Formó un anillo apretado con sus dedos y lo frotó en un staccato furiosamente rápido hasta que él eyaculó, y su semen salió a chorros y se derramó sobre su mano. Ella continuó frotándolo lentamente con su mano empapada de semen hasta que su pene se ablandó gradualmente. Cerró los ojos, una cálida sensación de dicha lo inundó. Lo abrazó con fuerza y lo atrajo hacia sí, dejándolo descansar contra su pecho. Él no entendía nada de lo que ella le susurraba al oído en aquel idioma extraño, pero se sentía cálido y seguro a su lado; su aroma lo embriagaba, podía contarle todo, incluso sus secretos más profundos. De repente, ya no temía posar su mano sobre su pecho y acariciarlo con gratitud.

Pasó un rato, él le acarició suavemente el pecho y casi se durmió con su dulce susurro. Ella le habló directamente y le preguntó, le preguntó sobre sus secretos. Él permaneció en silencio, escuchando su voz interior. Pero no había miedo, solo intimidad, y ella quería saber. Él percibió que ella sentía algo por él, y con voz suave y susurrante, le dijo, con cierta vacilación al principio, lo que ella quería saber.

Sí, se masturbaba con frecuencia, sin duda tres o cuatro veces al día, y a veces se masturbaba con otros chicos; se observaban mutuamente y luego reían tímidamente mientras guardaban sus penes. Pero eso no ocurría muy a menudo. Y una vez, poco después de mudarse a esta zona, tuvo una situación similar con Nina, la vecina, que era un poco mayor que él. Habían acordado que él le enseñaría a eyacular si ella se mostraba desnuda. Sin más dilación, ella se quitó la ropa interior que llevaba debajo de la falda y se sen-

tó frente a él con las rodillas dobladas para que pudiera mirar. Entonces él sacó su erección y Nina dijo: “¡Guau, qué grande!”.

Se quedó mirando la pequeña y desnuda hendidura que ella mostraba aparentemente sin vergüenza. Nunca la había visto tan detenidamente y con tanta intensidad, y eso lo excitó considerablemente, provocando que se masturbara rápidamente. Nina permaneció sentada pacientemente con las piernas bien abiertas, observando atentamente hasta que el primer chorro cayó al suelo; dejó que el resto se derramara en su mano.

Jack permaneció en silencio, porque ya había contado prácticamente todo lo que tenía que contar.

—¿Y qué pasó después? —preguntó la joven viuda, acariciándole el cabello. Él pensó un momento y luego explicó que Nina había querido volver a ver la inyección unos días después. Él accedió, pero solo con la condición de poder examinar la suya de cerca primero, a lo que ella consintió. Se tumbó boca arriba, dobló las piernas y las separó.

Se inclinó sobre ella, algo decepcionado, porque no podían ver mucho, y ninguno de los dos sabía muy bien qué hacer. Intentó, por supuesto, introducir con cuidado su pene en su hendidura, y al principio ella asintió con curiosidad y entusiasmo, con un nudo en la garganta. Inmediatamente después, se asustó mucho y jadeó diciendo que le dolía terriblemente. Pero él eyaculó inmediatamente dentro de su pequeña abertura vaginal, aunque la cabeza de su pene solo había penetrado hasta el himen. Como ya no le dolía, Nina le permitió seguir eyaculando dentro de ella hasta que terminó.

Pero la situación lo había excitado. Se sentó junto a la chica y, al cabo de un rato, se masturbó. Ella le preguntó si podía intentarlo también. Él dudó y le dijo que sí, pero solo como él le mostrara, y que cuando eyaculara, no debía parar bajo ninguna circunstancia. Nina aprendió enseguida, y entonces él la dejó. La corrigió dos o tres veces hasta que lo hizo bien, ¡y vaya si lo hizo bien! Cuando eyaculó, se detuvo en estado de shock, pero él, jadeando, le ordenó que continuara, así que ella volvió a agarrar aquello que salía a chorros y lo sostuvo con miedo hasta que no salió nada más.

A partir de entonces, ya no necesitaba masturbarse con tanta frecuencia, pues se veían regularmente en el cobertizo del jardín, detrás de la casa de Nina. Tuvo que prometerle solemnemente a Nina que no la lastimaría ni le rompería el himen. Ella, con mucho cuidado y de buena gana, le permitió penetrarla, y allí él pudo tener relaciones sexuales con ella con mucha delicadeza, algo que ella disfrutó enormemente. Él eyaculaba tan a menudo como podía, depositando su semen dentro de ella.

Ella le explicó que su himen tenía un agujero grande y que podía sentir con precisión cuando su semen caliente entraba profundamente en su vagina a través de él. Le permitió comprobar si realmente tenía un agujero en el himen, y ella le aseguró que siempre había estado ahí. Con la ayuda de Nina, aprendió a presionar el glande directamente contra el agujero antes de eyacular y a eyacular profundamente en su vagina a través de él. Nina dijo que era una sensación fantástica y excitante. Después de un tiempo, durante el cual revisó repetidamente su himen intacto, notó que el agujero se había agrandado. No le dijo nada, porque ella misma debió haber notado que su glande casi cabía completamente a través del agujero. Pero ella disfrutaba muchísimo cuando su semen caliente entraba en su vagina.

Lo que le molestaba, sin embargo, era que no encontraba su clítoris durante sus inspecciones. Le preguntó, pero ella simplemente se encogió de hombros. «Tampoco tengo pechos, ni vello púbico, y no tengo la regla». Intentó tranquilizarla lo mejor que pudo, pero le irritaba que negara masturbarse; ni siquiera sabría cómo hacerlo. Ella lo dejó buscar su clítoris, conteniendo la respiración porque él seguía intentando masturbarse en el lugar donde no lo encontraba. Ella estaba muy excitada y lo dejaba continuar, pero cada vez que sus muslos comenzaban a temblar, lo detenía. Y de nuevo, ¡no, jamás se masturbaría!

Todo terminó cuando ella se enamoró de otro chico y dejó de permitirle eyacular dentro de ella con tanta frecuencia. Aproximadamente una semana después, ella llegó al lugar de encuentro, bastante llorosa, y explicó que en realidad había tenido relaciones sexuales con el chico y que él estaba furioso porque, a pesar de sus garantías, ella no era virgen, ya que no había menstruado. Él examinó su vagina con atención y vio su himen con la abertura gran-

de, exactamente como la había visto la última vez. Se preguntó cómo el otro chico había logrado no desflorarla.

Pero entonces notó un punto donde se veía un pequeño bulto, porque Nina se estaba excitando bastante durante la inspección. Empezó a masturbar ese bulto, y efectivamente, creció un poco y se puso duro. Se detuvo y miró. Realmente era un clítoris, uno pequeño. Como antes, sus piernas empezaron a temblar. Esta vez no paró hasta que ella se retorció y pataleó violentamente en el orgasmo. Cuando se hubo calmado, vio la culpa en sus ojos por haberle mentido todo el tiempo. Él no dijo nada, ella no dijo nada. A partir de entonces, sin embargo, la masturbó tan a menudo como quiso, incluso cuando ella no quería. En los descansos, cuando habían esperado a que su pene volviera a ponerse erecto, la masturbaba hasta orgasmos intensos, a menudo una segunda vez. En silencio, sin hacer ruido.

Pero ahora la masturbaba, aunque ella seguía añorando a su gran amor y llorando por su amante. Se concentró en su clítoris, que pronto la dejó sin palabras. Cuando ella llegó al orgasmo, no la dejó tumbarse de lado como de costumbre, sino que le separó las piernas y observó con curiosidad cómo su vagina se contraía y se masajeaba, cómo su clítoris se contraía. Después, ella lo abrazó con cariño y se dejó penetrar con gusto.

La penetró con mucho cuidado, sintió la resistencia de su himen y embistió con rapidez y energía, sintió cómo se desgarraba y continuó follándola con libertad y placer, eyaculando de forma prolongada e intensa. Nina o no se había dado cuenta de que su himen se estaba desgarrando o no dijo nada. Él disfrutó enormemente de no tener que pensar ni preocuparse más por ese estúpido himen. Tras otro orgasmo por masturbación, volvieron a follar.

Continuaron así durante una semana más, y luego otra, permitiéndole a él follarla dos veces al día, incluso una vez tres, y eyacular dentro de ella. Para entonces, ella parecía disfrutar mucho de que él la masturbara constantemente; se tumbaba con las piernas abiertas y se tocaba un poco, maullando con voz infantil para que él finalmente empezara a masturbarla, pero se negaba rotundamente a hacerlo ella misma, no delante de él.

Después de eso, él ya estaba harto de sus desamores, de los mismos detalles tristes y quejas interminables: que el otro chico tenía un pene muy, muy pequeño y eyaculaba en solo cinco segundos. Ella describía su pene con todo lujo de detalles, cada embestida y cada aspecto de su eyaculación corta y decepcionante. Pero él ya no estaba interesado, y después de algunas excusas tontas, solo se veían cuando él no podía soportarlo más o cuando ella deseaba desesperadamente que la masturbaran. Y ella lo deseaba a menudo, porque, por supuesto, después follaban hasta que él quedaba completamente exhausto.

En las últimas semanas, Nina había cambiado notablemente; sus pechos comenzaron a crecer, sus caderas se volvieron más redondeadas y, durante sus inspecciones, notó que su vulva y clítoris se agrandaban lentamente. Observó cada vez más que su clítoris y la piel circundante estaban intensamente enrojecidos y bastante irritados. Le dijo que debería masturbarse durante el sexo para intensificar sus orgasmos. Al principio, ella se resistió, pero él persistió hasta que accedió, aunque no le permitía mirar. Él gruñó, y ella se exploró a sí misma durante un buen rato mientras tenían sexo. Ni siquiera necesitó mirar para saber cómo lo hacía. Podía sentirla primero masturbándose el clítoris con un dedo, y luego, justo antes del orgasmo, abanicándolo con los dedos extendidos a un ritmo frenético hasta que llegó al clímax. “¡Uh!”, dijo ella, “¡eso fue maravilloso!”. A partir de entonces, ya no tuvo problemas para hacerlo ella misma durante el sexo, y si él terminaba antes que ella, le dejaba mirar.

Ella lo sorprendió mientras tenían sexo y le dijo que había estado saliendo con alguien nuevo desde hacía un tiempo. Él no la dejó interrumpir y continuó mientras ella parloteaba. Al igual que él, el nuevo chico tenía un pene bonito y largo, pero tenía un prepucio muy largo. Incluso cuando ella le hacía una paja, el prepucio cubría todo el glande, y no le permitían retraerlo por completo hasta que él eyaculaba. El chico no era muy bueno en la cama; siempre se corría demasiado pronto, por eso a ella le encantaba ir a casa de Jack, porque podía masturbarse y tener un orgasmo con él. Al nuevo chico le gustaba más hacer felaciones que tener sexo y le permitía retraerle el prepucio por completo y jugar con el glande expuesto con la lengua. Sí, por supuesto que se tragaba su semen; no había nada de malo en eso. A Jack no le importaba en absoluto

al nuevo chico, pero ella tuvo que describir la felación del glande otra vez, con gran detalle.

Jack no estaba del todo seguro de cuánto de aquello estaba contando realmente y cuánto simplemente estaba recordando de memoria.

Mientras hablaba, la joven viuda le había acariciado el pene, que ahora estaba rígido y duro. No hizo ningún intento por masturbarlo de nuevo, y él pensó que todo había terminado. Pero una vez más, ella lo sorprendió. Lo abrazó y lo besó, acariciándole el pene continuamente. Con la otra mano, lo guió lenta pero persistentemente hacia su estómago hasta que quedó completamente encima de ella. Movió una pierna hacia un lado, y de repente sintió el vello púbico de ella rozarle el pene.

Estaba en estado de alerta máxima; esto no podía ser una coincidencia. Sabía lo que se avecinaba, pero a la vez no lo comprendía del todo, porque aunque sabía cómo debía comportarse, no se atrevía. ¿De verdad estaba planeando esto? Se quedó inmóvil y respiró con dificultad. ¿Cómo podía saber que él ya sabía cómo hacerlo? ¿Lo había visto reflejado en su rostro?

Ella rió suavemente y dijo que no pasaba nada. Su corazón latía con fuerza y estaba muy asustado, pero ella volvió a murmurar en ese idioma extranjero, y poco a poco él recuperó la alegría y la esperanza. Bajó la mano entre sus cuerpos y agarró su pene, guiándolo suavemente hacia su vagina. Le susurró que primero lo excitaría más y frotó lentamente su pene, aún medio dentro, con la mano, susurrándole de nuevo palabras suaves y extranjeras al oído.

Le llevó un buen rato quedar satisfecha, entonces presionó sus nalgas y su pene penetró lentamente en lo profundo de ella. Lo sujetó por las caderas; él se sorprendió por la cálida suavidad y la estrecha ternura de su vagina, y la explosión que siguió los sorprendió a ambos. Su pene se sacudió y eyaculó con toda su fuerza, y ella rápidamente lo empujó hacia atrás. La maravillosa sensación de dicha se desvaneció al instante, aunque él podía sentir claramente la piel suave y cálida de sus labios, sobre la cual su semen había salpicado, con la punta de su pene.

—Eso fue encantador, mi pequeño amante —susurró suavemente cuando él dejó de eyacular y lo dejó deslizarse lentamente a su lado. Él permaneció allí un buen rato, sin decir nada, flotando en un mar de niebla, pues sabía que había llegado demasiado pronto, pero ya no podía cambiarlo. Debió pasar un tiempo, entonces ella acarició su cuerpo de nuevo, recorriendo lentamente su pecho, su estómago y sus muslos, hasta llegar a su pene. Lo amasó vigorosamente y lo acarició con firmeza de arriba abajo hasta que su miembro volvió a estar algo erecto.

Una vez más, ella le preguntó directamente sobre uno de sus secretos, y él se sintió tan seguro y cómodo con ella que, en ese estado de ánimo, especialmente mientras ella le acariciaba el pene con tanta delicadeza y placer, le habría contado cualquier cosa. Habló de sus sesiones de masturbación a solas, de cómo su madre lo había sorprendido con frecuencia y al principio le había advertido que parara, pues era un pecado terrible. Sin embargo, creía que a ella le fascinaba principalmente su gran pene, porque una vez, cuando se había exhibido ante ella en un arrebato de exhibicionismo y había sostenido su pene juguetonamente en la mano, ella le susurró con admiración que era uno de los penes más grandes que jamás había visto.

Sí, y un par de veces ella ya estaba en la habitación porque él no la había oído entrar. Ella lo dejó continuar y esperó un buen rato antes de volver a mencionar el pecado, pero él no podía parar. Ella le dijo que se detuviera, pero él jadeó desesperado, diciendo que no podía continuar. Al principio, ella negó con la cabeza en señal de desaprobación, pero luego lo observó con calma hasta que terminó. Simplemente se quedó allí, sonriendo, fascinada, observándolo mientras se masturbaba, aunque era un pecado, pero hacía mucho tiempo que no hablaba de eso.

Susurró que le gustaba hacerlo en la bañera porque ella siempre le lavaba la espalda, porque disfrutaba mostrándose así ante ella y porque quería impresionarla con su eyaculación y su gran pene; se masturbaba cada vez que se bañaba. Su madre, entonces, dejaba de lavarle la espalda y lo observaba, impresionada, hasta que terminaba por completo. Este secreto —o al menos lo que él creía que era un secreto entre ellos— los unía, y además, en el pequeño apartamento donde vivían juntos, era difícil guardar secretos. Poco a

poco, se convirtió en algo natural para él masturbarse en su presencia siempre que lo necesitaba.

Más tarde, a medida que sus encuentros sexuales progresaban, él, naturalmente, quería más de ella en la bañera y le pidió que le masajeara vigorosamente el glande después de la eyaculación para asegurarse de que saliera hasta la última gota. Obedientemente, ella trabajó el glande con dos dedos; pronto volvió a estar erecto, y ella tuvo que continuar hasta que su pene estuviera completamente erecto. Entonces, le dijo, ella tenía que tirar rápidamente del prepucio hacia adelante y hacia atrás sobre el glande con los dedos, cada vez más rápido, hasta que él eyaculara. Ella lo hacía porque él lo disfrutaba más que una masturbación manual, y no tenía intención de negarse. A pesar de sus remordimientos de conciencia, accedió, porque a él le gustaba tanto, y a ella le parecía cada vez menos un pecado terrible. Se negó a practicarle sexo oral, aunque él se lo pedía a menudo. Después de que su camisón quedara completamente empapado la primera vez, a partir de entonces lo esperaba desnuda en el taburete, riéndose para sus adentros mientras él la contemplaba desnuda con pensamientos lujuriosos, seguramente impuros, aunque esto también le excitaba la erección. Más de una vez sintió la tentación pecaminosa de unirse a él en el baño, pero siempre se resistió, aterrorizada ante el pecado verdaderamente mortal.

Jack pronto dejó de masturbarse y en su lugar le pedía que lo hiciera una o varias veces cada noche en la bañera. A ella no le importaba, y una vez que tenía su pene y glande erectos, formaba un anillo apretado alrededor del prepucio con el pulgar y el índice y hacía movimientos muy pequeños y rápidos con el prepucio sobre el glande hasta que él eyaculaba, continuando hasta que se detenía. Ella también lo disfrutaba, sentada desnuda en el taburete esperándolo, cuando él se metía en la bañera con una erección muy fuerte. Le decía que se quedara de pie y lo hacía mientras él estaba de pie; la primera vez terminó muy rápido, y él eyaculó toda su carga en el agua. Más tarde, después de que ella lo hubiera lavado a él y a su espalda, cuando él se sentó en el agua mirándola, y ella separó ligeramente las piernas para que él pudiera verla, ella misma sintió un cosquilleo cálido en sus ingles, similar a la sensación que sentía antes de masturbarse. Mirarla casi siempre le provocaba una erección, entonces ella metía la mano en el agua y hacía

fuertes ruidos de chapoteo bajo el agua. ¡A Jack le encantó todo eso!

Jack permaneció en silencio y aún no estaba seguro de cuánto de lo que le había venido a la mente le había contado en voz alta a su joven compañero.

La joven viuda le acarició el pene y le susurró que era realmente hermoso y muy grande, superando ya al de muchos hombres adultos. Guardó silencio un rato antes de continuar su mentira, diciendo que hacía mucho tiempo que no tenía un pene tan hermoso y fuerte. Permanecieron en silencio un buen rato, y luego ella le pidió que continuara.

Contó cómo solía observar a escondidas a su madre en el baño a través de una rendija en el marco de la puerta. Ella siempre se quedaba allí mucho tiempo, caminando desnuda, lo que naturalmente lo excitaba enormemente. Era una mujer hermosa, de unos treinta y pocos años, con un precioso cabello rubio rojizo y algo rellenita. Sus pechos ya no eran tan redondos y llenos; grandes y pesados, le colgaban sobre el estómago. Sus pezones eran de color marrón oscuro y se ponían erectos cuando se excitaba. Parecía jugar inconscientemente con sus pezones, una y otra vez, a medida que su excitación aumentaba. Él siempre se excitaba muchísimo cuando ella se acariciaba los pechos y se pellizcaba rítmicamente los pezones con dos dedos. Siempre mantenía su vello púbico bien recortado, lo que acentuaba sus gruesos labios y la hendidura vulvar, así como sus caderas sorprendentemente delgadas. Tenía el trasero bastante redondo, y a menudo se quejaba por teléfono con sus amigas de que estaba demasiado gorda, pero eso no era cierto.

Antes de bañarse, a veces se sentaba en el pequeño taburete frente al espejo junto a la puerta, donde él la espiaba. Levantaba las piernas y las separaba para limpiarse la vulva con una toallita. Separaba los labios con los dedos, lavando con reverencia la vagina y los labios, y finalmente el clítoris. Dejaba la toallita a un lado y acariciaba lentamente su clítoris con los dedos. Él siempre se asombraba, porque su clítoris se ponía de un rojo intenso y se elevaba ligeramente. Ella solía cerrar los ojos y acariciar su clítoris de abajo hacia arriba, provocando que su pene se pusiera erecto.

Por lo general, se detenía cuando sus piernas temblaban, pero a veces iba demasiado rápido y no podía parar, así que tenía que presionar sus dedos contra su clítoris y mover la cabeza y el cuello de un lado a otro, como palomas que caminan sobre sus patitas en el suelo. A menudo se sentaba durante largos ratos frente al espejo, haciendo temblar sus piernas y, muy raramente, moviendo la cabeza como una paloma; él siempre la observaba con curiosidad y lujuria.

Ella se acarició el clítoris con delicadeza, suavemente y durante un buen rato antes de levantarse bruscamente y meterse en la bañera. Cuando ella yacía en la bañera tarareando para sí misma, o cuando se masturbaba después con los ojos cerrados, él lo hacía una y otra vez hasta que ya no podía más.

Claro que no podía ver con exactitud lo que ella hacía en el mar de espuma, pero estaba seguro de que ella también pecaba, al igual que él. Al fin y al cabo, podía ver su rostro, sus hombros y su brazo, que se movía rítmicamente, e imaginaba que, al mismo tiempo que su brazo, su mano estimulaba de alguna manera su vulva o su clítoris.

Ella lo hacía con mucha menos frecuencia que él, pero cuando lo hacía, era durante mucho tiempo y varias veces seguidas. Él podía ver en su rostro el vaivén del pecado, la tensión y el suave alivio posterior. Luego, ella permanecía en la bañera durante un buen rato, masturbándose varias veces hasta quedarse dormida, en una dicha plena.

Hizo una pausa en su relato, sintiendo como si de alguna manera estuviera traicionando a su madre, pero su compañera, que parecía haber sido rejuvenecida por arte de magia, le susurró al oído que debía continuar y le tocó suavemente el pene. Sintió una intensa excitación, y ella volvió a acariciarle el pene con suavidad pero con firmeza. Le susurró que debía seguir contando la historia de su madre. Fue algo terrible, dijo con angustia, pero ella lo acarició con ternura y le susurró que podía contarle cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa. Permaneció en silencio durante un largo rato antes de continuar su relato, y luego volvió a quedarse callado, perdido en el recuerdo que se desplegaba vívidamente ante sus ojos cerrados.

Su madre no solía dormir desnuda; normalmente llevaba un camisón corto. Últimamente, sin embargo, andaba desnuda antes de acostarse, y él la miraba con lujuria. Su corazón latía con fuerza, pues sus prejuiciosos valores burgueses la atormentaban sin piedad. Se consideraba una conducta muy impúdica masturbarse frente al espejo o en la bañera mientras su hijo la observaba. Pero a ella la excitaba enormemente estar desnuda en su presencia, mostrarse desnuda ante él y provocarlo sexualmente. Lo hacía con tanta naturalidad, como si fuera casualidad, pero se estaba revelando ante él cada vez más abiertamente, más desvergonzada, más obscenamente. Sí, incluso llegó a sentarse en el borde de la cama con las piernas abiertas y, lentamente, se frotaba loción lascivamente y se acariciaba el cuerpo, los pechos y las caderas, mientras él permanecía bajo la puerta abierta, masturbándose y eyaculando.

Este vago impulso de mostrarse desnuda ante él provenía de sus sueños impuros. Varias veces seguidas, soñó que la follaban maravillosamente, pero cuando veía el rostro de su amante, siempre era Jack. ¡No, eso no podía ser! El ángel de cola negra y cuernos palpitaba en su mente, ¡ni siquiera debes pensarlo! Sin embargo, seguía teniendo este sueño recurrente, siendo montada y fecundada por Jack. A veces, al despertar, le parecía que su clítoris se sentía como si se hubiera masturbado toda la noche. A veces su vagina se sentía como si la hubieran follado a fondo. Los sueños la atormentaban; observaba lánguidamente cómo Jack se masturbaba y fantaseaba con lo que tanto anhelaba hacer. Su otro ángel, el vestido de blanco con la erección permanente, susurraba conspiradoramente: ¡Vamos, hazlo, agárralo, tócalo, deja que te folle, seguro que no le importará! Pero ella seguía sufriendo, dividida entre ofrecer cada vez con más lujuria su desnudez a su hijo y luego sentir una profunda vergüenza y abatimiento. ¡La intolerancia puede doler muchísimo!

Pero los sueños persistían, su lujuria se reavivaba cada vez que lo veía masturbándose, y casi sentía físicamente su penetración en su casta y torturada vagina. Por sus llamadas telefónicas y confesiones susurradas en secreto entre amigas, sabía que varias de ellas les practicaban sexo oral a sus maridos, y, como una de ellas le explicó, la mujer tomaba su pene en la boca y dejaba que eyaculara dentro. Y no, el semen era tragado; él lo consideraría un rechazo. Su amiga Jeannette era muy simple y muy directa. Si quería verlo por sí misma, podía venir cuando quisiera.

Durante días reflexionó sobre la sugerencia de Jeannette, luchando contra su propia intolerancia, ¡pero seguramente mirar no era pecado! Finalmente, llamó a Jeannette y le dijo que quería verlo. Al día siguiente fue a su casa, charlaron y cuchichearon un rato en la cocina, y luego sacó a colación el tema de la felación. No hay problema, dijo Jeannette, ¡vamos a casa de Frido! Frido era su primo con discapacidad intelectual, a quien a menudo acogía durante semanas o meses cuando su familia viajaba. Frido estaba sentado en la habitación de al lado frente al televisor y levantó la vista cuando entraron las dos mujeres. Frido tiene 50 años, dijo Jeannette, la misma edad que yo. Desafortunadamente, no podía hablar, pero se conocían desde la infancia y ella lo entendía bastante bien.

—Frido —llamó—, ¡vamos, juguemos! —y los ojos de Frido se iluminaron. Jeannette se acercó a su silla y le bajó los pantalones con dificultad. La madre de Jack se sentaría en el sillón frente a Frido, y Jeannette tomó el pene de Frido en su mano. —Así es como se hace una felación —dijo, metiéndose todo el glande en la boca. Luego lo masturbó con la mano, y cuando él eyaculó, abrió la boca de par en par para que la madre de Jack pudiera ver exactamente cómo Frido eyaculaba dentro de ella. Se tragó el semen y se limpió la boca con el dorso de la mano. Le dijo a Jeannette que lo había visto todo con claridad y que ahora sabía cómo se hacía. Jeannette asintió, sostuvo el pene de Frido y luego dijo: —¡Quiere follar un poco más! —Se volvió hacia la madre de Jack y le dijo que tenía que ir al baño y que mientras tanto debía mantener el pene de Frido erecto.

Con mucha vacilación, se inclinó y tocó el pene de Frido. Jeannette se tiró un pedo ruidosamente y salió. Mantuvo el pene de Frido completamente quieto, pero él se retorció y obviamente quería que ella se lo hiciera. Le acarició el grueso pene para mantenerlo duro, pero definitivamente no le estaba haciendo una paja. Afuera, sonó el teléfono y Jeannette contestó, charlando y charlando sin parar. Le acarició el pene en cuanto se ablandó un poco y se detuvo cuando volvió a estar completamente erecto. Cuando Jeannette regresó, Frido hizo algunos ruidos, y Jeannette tradujo: "¡Quiere follarte!". La animó: "Vamos, lo disfrutarás, vamos, ¡adelante!". Pero ella negó con la cabeza enérgicamente; no, no quería. Jeannette intentó persuadirla, pero ella realmente no quería y soltó su pene. —De acuerdo —dijo Jeannette—, puedes esperar en la

cocina o quedarte aquí —y con un rápido movimiento se desabrochó la falda y la dejó caer al suelo.

No llevaba nada debajo y se subió encima de Frido. Metiendo la mano por debajo, guió el pene de Frido hacia su vagina. La madre de Jack observaba fascinada cómo el grueso culo de Jeannette era penetrado con movimientos largos y lentos, mientras el grueso pene ensanchaba su vagina con cada movimiento de arriba abajo. Pasaron más de quince minutos antes de que Frido emitiera un sonido, y ella vio que estaba bombeando y eyaculando. Jeannette permaneció sentada sobre su pene y se masturbó, mientras ella podía verlo desde atrás. Durante sus orgasmos, su vagina se contrajo fuertemente varias veces, y el pene de Frido salió disparado.

Jeannette bajó las escaleras, limpió el pene de Frido con un paño y le subió los pantalones. Luego se puso la falda y salieron en silencio. La madre de Jack miró el reloj de la cocina y dijo: "¡Dios mío, ya es muy tarde!", y dijo que de todos modos tenía que irse y se despidió rápidamente. No cruzó la calle principal, sino que tomó el sendero entre los arbustos y no pudo aguantar más. Se agachó entre los arbustos y orinó, luego miró con mucho cuidado a su alrededor para asegurarse de que nadie la viera. Se masturbó en cuclillas, rápida y vorazmente, imaginando el pene de Frido y la vagina de Jeannette ordeñándolo lentamente ante sus ojos.

Ella posó desnuda frente a Jack otra vez, y él comenzó a masturbarse como de costumbre. Ella se sentó tímidamente a su lado y tocó tentativamente la punta de su pene con un dedo. Le preguntó si estaba bien, ¡y Jack confirmó que se sentía maravilloso! Él siguió sonriendo, y ella mantuvo su dedo en la punta, sintiendo cómo de repente se ponía rígido. Él se masturbó el pene con movimientos largos, y ella rápidamente movió sus dedos alrededor de la punta. Él eyaculó en su mano, y ella se lavó, pero no se atrevió a probar el semen. Jack dijo que se sentía maravilloso y que le encantaría eyacular entre sus pechos. Aunque todavía la atormentaban sus demonios, asintió en silencio y se arrodilló frente a él, extendiendo un brazo bajo sus pechos, que mantuvo abiertos para recibirlo. Él volvió a poner su pene erecto y la penetró entre sus pechos, que ella apretó con fuerza para facilitar la penetración. Él eyaculó desde el valle entre sus pechos sobre su cuello, su boca y sus pechos.

Se lavó en el baño y lamió cuidadosamente el semen que le había caído en la boca; no sabía mal. Después de esta excitante felación, le preguntó si podía hacerlo, y por supuesto él aceptó. Era la primera vez que hacía una paja, pero había observado tantas veces que sabía exactamente qué hacer. Jack, que se apoyaba en la cama con ambas manos, lo disfrutaba plenamente y observaba, fascinado, cómo su madre se arrodillaba ante él. Primero, con destreza, le puso el pene flácido erecto y luego lo masturbó de la manera correcta. Antes de que él eyaculara, cedió a su propia lujuria y presionó el glande directamente contra su boca entreabierta, de modo que la abertura del glande quedara dentro de su boca. Pero cuando él eyaculó, ella, cobardemente, echó la cabeza hacia atrás, y todo se roció sobre sus pechos. Sus ángeles casi se tropezaron al pensar en adónde los llevaría esto, trayendo consigo vergüenza, abatimiento y arrepentimiento.

Jack estaba destrozada, porque unos días después ella le hizo otra paja, y justo antes de que él eyaculara, ella le lamió el glande, lo acarició con los labios y se lo metió en la boca, todo el glande, continuando con la paja y lamiéndolo con timidez. Justo cuando pensaba que debía retirarse, él eyaculó en su boca, el semen caliente rociándole la garganta, el paladar, toda la boca. Al principio se sobresaltó, pero luego tragó con avidez su semen y fantaseó con lo maravilloso que sería si él la follara, y pronto no deseaba nada más que follar. Este pensamiento la carcomía como un cuchillo al rojo vivo, excitándola cada día más, preguntándose cuándo lo harían. Ya no era el “si”, sino el “cuándo” lo que consumía sus pensamientos. Todavía se repelía, aunque lo había imaginado cien veces. Ella se negó a que él eyaculara en su boca otra vez, pero se rió entre dientes mientras le contaba sobre su visita a Jeannette. Él dijo que era una verdadera lástima que no quisiera practicarle sexo oral, pero eso no importaba ya que ella hacía un trabajo maravilloso complaciendo su glande durante sus baños diarios.

Jack no sabía si había dicho ese secreto en voz alta, porque su joven y bonita compañera de juegos estaba tumbada con la cabeza sobre su pecho y le tocaba el pene juguetonamente.

En realidad, Jack guardaba un terrible secreto que ahora debía confesar. Cuando su madre sufría fuertes migrañas, se recuperaba tomando tres pastillas para dormir con un vaso de aguardiente, generalmente a última hora de la tarde. Era mucho más de lo rece-

tado, pero lograba conciliar el sueño media hora después y dormir profundamente hasta el mediodía del día siguiente. Él notó que, una vez dormida, dormía profundamente, como un tronco. Bastaba con retirar las sábanas para que ella yaciera desnuda y hermosa ante él, boca abajo, con una pierna doblada y las nalgas al descubierto.

Al principio, la contempló desnuda y se fue a masturbarse. Después, quiso más, así que tocó su vulva rosada y estimuló su clítoris. Lleno de excitación, observó cómo su clítoris se enrojecía y se endurecía, y continuó frotándolo suavemente hasta que sus piernas comenzaron a temblar. Hizo una pausa; ella no se dio cuenta, y él continuó. Una y otra vez, la hizo temblar hasta que llegó al orgasmo, observando el bombeo de su bajo vientre, el temblor de su vulva y el suave latido de su clítoris. Ella dormía profundamente, como muerta, y no se percataba de nada. A veces pasaba dos o tres horas masturbando su cuerpo indefenso una y otra vez hasta que alcanzaba el orgasmo.

Pero pronto quiso más. Cuando ella gimió de placer tras un orgasmo, él se arrodilló e introdujo la punta de su pene en la abertura vaginal, empujándolo con cuidado hasta que todo su pene estuvo dentro. Dejó que su pene sintiera todo; se sentía completamente diferente, mucho más suave que la vagina de Nina. Casi al instante, con el glande palpitando, eyaculó, dejando que todo fluyera dentro de ella, y quedó aturdido al retirar su pene flácido. Después de unos minutos, notó que su semen se escapaba de su vagina. Tomó una toalla y lo limpió lo mejor que pudo. El hecho de no tener que moverse y que la eyaculación ocurriera por sí sola era maravilloso. A veces sí se movía, y esos suaves movimientos de empuje desencadenaban su eyaculación.

Por lo general, volvía a tener una erección en quince minutos, entonces comprobaba si ella seguía profundamente dormida, cosa que siempre ocurría. A veces la giraba boca arriba y le colocaba las piernas. La penetraba suavemente y la follaba despacio y con evidente placer, a veces incluso dos veces, y cuanto más a menudo la follaba, más salvajemente lo hacía. Luego limpiaba el semen que se escapaba con una toalla y la giraba boca abajo, con una pierna doblada. Estaba terriblemente avergonzado, pero a la mañana siguiente era el chico dulce y bueno. Y todo esto llevaba meses ocurriendo; probablemente había eyaculado en la vagina de la inocen-

te chica dormida más de cien veces. Ese era el mayor secreto de Jack.

Cada vez que se mostraba ante él, la madre se excitaba más y más; posaba desnuda ante él con mayor descaro y deliberación, deleitándose con su insaciable lujuria. Siempre que estaba desnuda, lo excitaba intensamente, tanto que una vez se metió en la cama con ella después de que se le cayeran el libro y las gafas al quedarse dormida, dejando la luz encendida. Como solía hacer, había dejado que las sábanas cayeran al suelo, y la visión de su cuerpo desnudo lo enloqueció. Estaba tumbada boca abajo, con una pierna doblada, y el misterioso contorno bajo sus nalgas era visible. Durante un rato, se masturbó, sentado en la cama, mientras la miraba con deseo. Le tocó las nalgas y el vello púbico que se curvaba bajo ellas, pero no se atrevió a ir más allá. O mejor dicho, se corrigió a sí mismo, lleno de vergüenza, se había incorporado, se había arrodillado y había palpado suavemente los pliegues húmedos entre su vello púbico con las yemas de los dedos, había tocado su secreto húmedo con la punta de su pene y, con el corazón latiéndole con fuerza, había introducido cuidadosamente su pene en su suave y dormida vagina, primero la punta, luego muy suavemente hasta la mitad, luego tan profundamente como pudo, y no se había movido. Sintió la excitación subir por sus ingles; pronto eyacularía y no deseaba nada más que liberar su semen caliente y contenido en lo profundo de ella.

Él notó que ella se movía y retiró su pene con rapidez y cuidado. Ella despertó lentamente, adormilada, como si lo hubiera sentido, y se giró, mirando, hipnotizada, su pene húmedo. Hacía mucho tiempo que no se masturbaba y lo necesitaba desesperadamente. Se arrodilló, con el pene en la mano, esperando algo, cualquier cosa. En realidad, deseaba que ella le tomara el glande en la boca y le permitiera eyacular allí, pero al mismo tiempo, le repugnaba la idea de que ella pudiera oler o saborear su propia vagina. Apartó ese pensamiento, porque ella se estaba estirando y moviéndose hacia él, y le asustó lo que pudiera pasar.

Con los ojos entrecerrados, tras los cuales la lujuria y la excitación se colaban lentamente, lo observaba, mirando con anhelo y deseo su pene erecto. Su vagina se sentía diferente, y el pequeño diablo que llevaba dentro gritaba que quería más. «¡No, no debemos follar!», bramaba la parte intolerante. La tensión en sus cade-

ras se volvió insoportable; sentía un deseo cada vez más intenso de desnudarse más delante de él, de excitarlo aún más con su desnudez y su lujuria. Al mismo tiempo, la atormentaba su alma mezquina y fanática. Temblaba, pues estos sentimientos eran extremos y contradictorios; suspiró con resignación y se odió a sí misma por su lujuria, que ahora la dominaba por completo, haciéndola recostarse en la cama.

Expuso su hendidura, hinchada, de un rojo oscuro y húmeda, brillando en lo profundo de los escasos rizos negros de su vello púbico, a su mirada, pero sus ojos febriles seguían fijos en su pene, que él se masturbaba lentamente y extendía provocativamente hacia ella en toda su longitud. En esa posición, su vulva se arqueaba hacia adelante, yaciendo ante él como una fruta abierta y húmeda. La punta de su glande, que se movía ligeramente mientras se masturbaba, rozaba repetidamente sus labios con un suave toque. Ella levantó la cabeza para poder observar su masturbación, los roces de su glande contra sus labios, mientras se estimulaba los pezones con mayor intensidad y gemía con lujuria.

Una parte indiferente y aburrida de su alma lo descartó con cansancio mientras el pensamiento de un pecado mortal aparecía fugazmente y se desvanecía. Por una fracción de segundo, un fragmento de pensamiento cruzó por su mente sobre cuánto debía haber sufrido ella por años de abstinencia, ya que su padre la había abandonado después de solo unas semanas. Pero apartó el pensamiento, extendió aún más su pene, lo presionó firmemente contra su hendidura de vello púbico y lo frotó suavemente. La lujuria y el deseo desenfrenado en sus ojos casi lo asustaron; su mirada hablaba de pura lujuria, deseo codicioso y lujuria inefable.

¡No! gritó una voz en su interior, ¡No! Pero estaba febrilmente sacudida por su lujuria, su mirada hipnotizada mientras observaba a su chico arrodillado frente a ella, su rostro rígido mientras masturbaba lentamente su vulva expuesta. Bajó la mirada hacia sí misma; su glande rozaba repetidamente sus labios, ¡pero No! ¡Esto no podía ser! Con una mano, bajó la mano, dos dedos sujetando su glande rojo e hinchado para que solo la rozara ligeramente. Con los dedos de su otra mano, separó sus labios, abriendo su vagina de par en par. ¡No, no! El glande estaba a solo milímetros de su vulva, milímetro a milímetro, lo movió hacia adelante con sus dedos hasta que la tocó, hasta que su punta penetró, hasta que estu-

vo a medio camino dentro. ¡No, no! Cerró los ojos y fantaseó que era su marido, su pene rebosante de deseo, golpeando su entrada. Él era el único, nadie antes que él y nadie después de él.

Sintió sus embestidas, percibió que quería penetrarla por completo, pero no estaba preparada. Aún no. Su conflicto interno la estaba volviendo casi loca; por un lado, intentaba impedir que entrara, y por otro, sentía cómo se adentraba milímetro a milímetro en su vagina. ¡Oh, qué maravilloso era! Pero lo apartó con la mano, dejando solo la punta de su pene en la entrada de su vagina. Y qué maravilloso era sentir esa firme y grande punta de su pene dentro de ella, sentir un escalofrío placentero de alegría y miedo con cada una de sus embestidas.

Jack estaba fuera de sí cuando su glande finalmente explotó. Ella, sin embargo, observaba atentamente, un largo y prolongado gemido escapando de su garganta mientras su semen brotaba dentro de ella en un chorro espeso y caliente. Temblaba y se estremecía con cada embestida de su monstruoso glande, que presionaba lo más profundo posible en su vagina con los dedos, dirigiendo el semen, que brotó quizás diez veces, directamente hacia su vagina hasta que cesó. Las lágrimas corrían por sus mejillas, y llorando, comprendió lo que le había sucedido, lo que había hecho. Sacó el glande y, gimiendo, dobló su pene hacia un lado.

Yacía allí jadeando y llorando, mientras él eyaculaba triunfante la última gota sobre su cuerpo. Ella misma había introducido su glande en su vagina y le había permitido eyacular dentro de ella: ¡una cantidad tremenda de semen que se había acumulado durante todo el día! Humillada y avergonzada, se cubrió los ojos con un brazo, sintiendo solo una terrible vergüenza. Lloraba en voz baja, pero con el corazón destrozado, pues lo que habían hecho era un pecado mortal verdaderamente horrible. Cuando todo terminó, él regresó sigilosamente a su cama, abatido por su llanto.

Pero eso solo ocurrió una vez, añadió Jack, y fue increíblemente vergonzoso. Ayer, sí, ayer, antes de irse, fue la razón por la que se marchó: para expulsar la vergüenza de su cuerpo. Pero no lo mencionó. La hermosa viuda lo había escuchado y acariciado, pero ahora tenía que sonreír, él lo notó. Su afirmación de que nunca había vuelto a suceder le pareció vacía. Y sí, había sucedido.

La hermosa chica que descansaba sobre su pecho reanudó su suave e hipnótico arrullo, y él sintió un poderoso impulso de contarle con todo detalle el vergonzoso suceso del día anterior. Sintió que era ese arrullo lo que lo obligaba a confesarlo todo. Después de que su madre le permitiera eyacular profundamente dentro de ella, él se había ido a su habitación, dejándola tumbada con las piernas abiertas. Mientras ella presionaba su glande profundamente en su vagina, tuvo una visión; su vagina reconoció su pene y su glande. De repente se dio cuenta de que él debía haberla follado muchas veces antes, cuando yacía en un sueño profundo en los días de migraña. La había follado y se había aprovechado de su vulnerabilidad, pero ella no lo encontró cruel; simplemente lo encontró increíblemente excitante. La excitación que había sentido antes se transformó en un deseo ardiente y lujurioso. Revivió los sueños en los que Jack la había follado. ¡Aaah, eso fue increíble! ¡Increíblemente increíble!

Aunque sabía que él podía verlo todo a través de la puerta abierta, comenzó a acariciarse el clítoris, soñando con las mil fantasías que imaginaba mientras se masturbaba, y pronto deslizó el pulgar de su otra mano dentro de su vagina para darse placer, porque esa era la forma más placentera para ella de masturbarse. De reojo, notó que él había regresado a la habitación, se había acostado a su lado y la observaba abiertamente. Observó muy de cerca lo que hacía con su pulgar y guió su dedo índice a lo largo del costado de su pulgar estimulante, sintiendo y explorando cómo lo hacía. Ella no podía parar; se masturbó con ambas manos hasta que el orgasmo la invadió y sacudió su cuerpo. Él sintió sus convulsiones y el bombeo de su vagina, y que su pulgar estaba estimulando un área específica. Palpó hasta esa área y apartó su pulgar. La masturbó allí, y ella jadeó, su cabeza se sacudió hacia adelante mientras lo miraba, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, porque sintió un orgasmo inmediato. Jack le dio un breve respiro y la masturbó de nuevo en el mismo lugar, y ella volvió a tener un orgasmo, con el rostro contraído por el placer. Luego, él retiró suavemente su pulgar de su vagina palpitante. La miró fijamente a los ojos, y su pene rozó sus labios vaginales, su glande penetrándola ligeramente.

Todavía temblaba por el movimiento y la contracción de la masturbación y el orgasmo, pero respiró, “¡Sí, sí, ven!” y Jack penetró en su vagina palpitante. Sintió que su vagina reconocía su pene; se

aferró a él, y una mano en su nalga lo guió, marcando el ritmo. ¡Qué maravilloso era eso! Jack presionó su mejilla caliente contra la de ella y la folló maravillosamente, y su orgasmo menguante se convirtió en un nuevo y hermoso latido mientras la follaba bien y con fuerza. "¡Sí, sí!" gritó, pensando que iba a correrse, pero él se detuvo y esperó hasta que su pene se ablandó.

Luego, tras unos minutos, volvió a empezar, follándola con fuerza y con ganas, de modo que su vagina empezó a palpitar intensamente hasta que estuvo a punto de eyacular. Se detuvo de nuevo, sacó el pene, pero lo dejó apoyado contra su vulva. ¡Nunca la habían follado así! La única persona con la que había follado era su padre, que lo hacía rápido y con fuerza hasta eyacular, una o dos veces cada noche. Pero Jack la hizo esperar y volvió a empezar. Su corazón latía con fuerza, su vagina se contrajo de repente, ¡y tuvo un orgasmo por primera vez sin estimulación del clítoris! Jack había encontrado el punto exacto que su glande solo necesitaba estimular ligeramente para llevarla al orgasmo.

Jack hizo una pausa de nuevo, y ella se había calmado después de su orgasmo; ¡sus torturadores la golpeaban, incesto, incesto, incesto! Se puso mortalmente triste y se negó a participar más en la follada. No, no podía detenerlo ahora, porque lo había deseado tanto antes, y él ahora estaba "en medio de todo". Indiferente, dejó que su pene penetrara su vagina, con lágrimas en los ojos, mientras él la follaba vigorosamente en su punto más sensible del orgasmo. Sintió el calor subir dentro de ella, y tuvo otro orgasmo antes de que él hiciera una pausa una vez más. Lloró suavemente, aunque su vagina se había estado regocijando, y murmuró que "nuestro incesto" estaba mal y no estaba bien.

Fue una sensación extraña cuando él introdujo su pene semierecto en su vagina, mientras lentamente volvía a endurecerse y ella sentía que su orgasmo se acercaba. Con embestidas poderosas, apuntando con precisión a ella, la llevó al orgasmo de nuevo y se detuvo. Cuando la sensación disminuyó, ella lloró suavemente con tristeza y vergüenza mientras él descansaba para la siguiente ronda. Continuó así; Jack se detuvo justo antes de su clímax, y cada vez ella tenía un orgasmo más fácil porque él se concentraba en su punto sensible. Su mirada se dirigió brevemente al reloj de pared, y pensó: "¡Dios mío, me ha estado follando durante más de dos horas!". Su culpa la entristeció aún más, y cuanto más lo soportaba

pasivamente, más profunda se volvía su tristeza. Sufrió en silencio, porque el incesto era incesto, pero su cuerpo, ese miserable traidor, tuvo orgasmos con gritos fuertes y jubilosos, y Jack lo sintió.

Él la llevó al orgasmo de nuevo, y ella jadeó, "¡Sí, vamos, correte ya!" Jack echó su cabello sudoroso hacia atrás y dijo por enésima vez, "¡Sí, en un minuto!" y se preparó para introducir su pene ablandado en su vagina. Entonces comenzó a follarla, lentamente al principio, hasta que su pene se endureció. Ella suplicó, con la voz ahogada por las lágrimas, "¡Por favor, por favor fóllame y correte, correte ya!" Jack lo hizo con todas sus fuerzas, y ella vio su rostro contorsionado por el esfuerzo mientras golpeaba y follaba como una máquina. "Sí, vamos, déjalo salir", murmuró ella, sintiendo que de repente él no podía parar. Susurró, con la voz ahogada por las lágrimas, "¡Sí, sí! ¡Correte ya!" y Jack no pudo contenerse más y estalló, eyaculando con una oleada de placer. Ella susurró, "¡Sí, sí!" y estaba frenético de felicidad y tristeza mientras eyaculaba a chorros, cada vez levantándose y rociando su semen en su vagina chorro por chorro.

Ella vitoreó y sollozó suavemente, ¡porque era tan maravilloso! Él dejó de embestir y permaneció inmóvil dentro de ella mientras su pene se ablandaba gradualmente y se volvía flácido. Ella retiró suave y cuidadosamente el pene flácido de su vagina. Apretó y acarició el glande, creyendo que necesitaba liberar las últimas gotas, y sintió una o dos más caer sobre su vulva. Él murmuró que se sentía bien, y ella continuó apretando y masajeando su glande durante un buen rato, queriendo que lo disfrutara. Notó que su pene también se estaba recuperando y se estaba poniendo ligeramente rígido, y murmuró que había sido tan excitante y maravilloso, ¡pero también un pecado terrible! Solo se detuvo después de muchos minutos, cuando el glande se sintió grande, carnoso y lleno de nuevo. Él se dejó caer a su lado y solo lentamente recuperó el aliento.

Miró el reloj de nuevo, incrédula. ¡Él la había follado durante casi tres horas y ella seguramente había tenido más de una docena de orgasmos! A pesar de esto, se sentía muy triste y angustiada por el incesto y el pecado mortal que había cometido a sabiendas y deliberadamente. Él no tenía culpa, pues fue ella quien lo sedujo y lo llevó a pecar. Le acarició el pene y el glande con un dedo hasta que

se quedó dormido. Unos minutos después, ella también se durmió, completamente agotada.

A la mañana siguiente, Jack no pudo mirarla a los ojos y decidió seguir adelante con el paseo en bicicleta. Sabía que ella le haría preguntas difíciles y que algunas no podría responderlas.

Jack debió de haberse quedado dormido un momento y se sobresaltó ligeramente cuando la chica le acarició el glande con el pulgar. Por suerte, su pene pronto volvió a estar erecto y listo.

Recordando ayer, a su madre desnuda y asustada, humillada y tímida después de su primer encuentro extático, esperando a que él finalmente eyaculara, y a quien él había llevado repetidamente al orgasmo a pesar de su llanto silencioso, su pene se puso rígido hasta reventar. La viuda milagrosamente rejuvenecida simplemente dijo: “¡Espera!”. Luego lo giró boca arriba y se puso en cuclillas sobre él, guiando lentamente su pene hacia su cálida y palpitante vagina con su mano. “¡Quédate quieto!”, susurró, luego lo folló rápidamente en posición de cuclillas, gimiendo y suspirando mientras cabalgaba su enorme polla con lujuria. Al final, se tocó el clítoris por un segundo hasta que se corrió, luego se estremeció violentamente, su parte inferior del cuerpo temblando y jadeando. Él podía sentir su coño suave y cálido amasando y trabajando su pene. Ella gimió fuerte y continuó follándolo por unas pocas embestidas cortas y bruscas, luego se desplomó sobre él, exhausta. Ella se fue calmando poco a poco mientras él se retorcía impacientemente, porque aún no había llegado al clímax.

La hermosa joven se enderezó de nuevo en cuclillas, se apoyó con ambos brazos y se balanceó de un lado a otro. Sus cuerpos se tocaban en un solo punto: su pene y su vulva, pene-en-vagina. Al cabo de un rato, ella aceleró el ritmo y, jadeando, comenzó a frotar su pene con firmeza contra su vulva apretada. Él sintió cómo, en esa posición de cuclillas, ella sujetaba su pene erecto con fuerza con los músculos vaginales, el movimiento de arriba abajo de su balanceo actuando como un puño masturbándose. Ella se volvió cada vez más insistente, más y más rápido, rebotando sobre él, ligera como una pluma. Ahora él sentía la anticipación de la eyaculación, la dura y exigente rigidez intensificada por sus movimientos de empuje. Al sentir que él venía, ella hizo movimientos largos y profundos en cuclillas. Entonces su pene se contrajo y eyaculó de

nuevo, disparando chorros palpitantes hacia la vagina de la hermosa joven. Él empujó su pelvis hacia arriba y sintió el chorro salir disparado de él en espasmos. Con un ronroneo, ella tuvo un orgasmo y volvió a colocar su vulva sobre su pene, permitiéndole eyacular profundamente dentro de ella. Ahora se balanceaba lenta y deliberadamente, sus movimientos disminuyendo al mismo ritmo que su eyaculación, que pronto cesó. Se apartó de él y permanecieron acostados uno al lado del otro durante un largo rato, abrazados en silencio, hasta que se durmieron, Jack y la anciana arrugada y demacrada, con sus pechos demacrados y su cuerpo delgado y marchito.

Despertó temprano por la mañana. Yacía en un prado, completamente empapado, con el rocío sobre las briznas de hierba y su bicicleta brillando bajo la luz fría y brillante del sol matutino. Se pasó la mano por el cabello empapado y, somnoliento, buscó el faro con la mirada.

Pero allí no había ningún faro.

Al regresar a la escuela, investigó esta extraña experiencia en la biblioteca. El faro, que se alzaba aproximadamente allí, en los acantilados de Kings Head, se había incendiado cincuenta años antes, a finales del otoño de 1903, y nunca se reconstruyó. El último farero, un tal Henry Fowler, casado, había perecido en el incendio. Y en cuanto a la viuda Fowler —y descubrir esto le llevó semanas de investigación— no se pudo encontrar ni el más mínimo rastro de ella. Solo la abreviatura “casado” junto a su nombre, como si el difunto Henry alguna vez hubiera estado casado.

Jack guardó esta historia para sí mismo y la escribió en su diario. Le habría disgustado tener que responder a preguntas o especulaciones innecesarias.

O encontrar una explicación para haber tenido relaciones sexuales con un fantasma.

apagón

von Jack Faber © 2006

Lloró media noche cuando Jack no regresó de su paseo en bicicleta esa tarde. Al día siguiente, ya se estaba preparando para ir a la comisaría rural cuando lo oyó llegar a toda velocidad, sudoroso y eufórico. Dio una vuelta triunfal por el patio y luego se bajó. Ella corrió hacia él, lo abrazó con fuerza y lo besó en la boca, las mejillas y la frente. "¡Mi Jack, mi Jack!". Ni una palabra de reproche, ni una mirada de enfado, solo lágrimas de alegría al verlo de vuelta, sano y salvo y tan lleno de vida como siempre.

—¡Estás todo sudado, entra! —gritó, arrastrándolo a la casa. Aunque se resistió, ella lo desnudó rápidamente mientras él divagaba sobre faros y hadas maravillosas. Lo desnudó por completo, y allí estaba, su orgullo y alegría. El pene más hermoso y exquisito que jamás había visto. Ancho y oscuro, el grandote se mantenía erecto, parpadeando ante ella. —¿Y bien, te gusta? —Jack parecía confundido mientras ella lo llevaba a la cama y se recostaba a regañadientes. Se quedó en silencio mientras ella se desvestía rápidamente y se acostaba a su lado.

Jack estaba desconcertado y visiblemente confundido, pero bajo sus caricias y toques, todas sus dudas se desvanecieron. Su erección se hizo fuerte y exigió más. Pero cuando ella intentó guiarlo hacia dentro, Jack susurró: "¡No, por favor, usa tu mano!". Decepcionada, se acostó a su lado y lo acarició. No era la primera vez que lo masturbaba, y todo lo que sabía al respecto lo había aprendido observándolo. Tuvo que masturbarlo durante mucho tiempo hasta que sintió que estaba a punto de eyacular. Rápidamente, se incorporó, frotó su pene con más rapidez y lo hizo eyacular hasta que alcanzó su exhausto clímax. Luego se quedaron quietos y en silencio uno al lado del otro, cada uno contemplando su propio papel en la vida.

Lo había amado desde el primer día de su vida. El padre, un predicador inquieto del Sur, no se quedó mucho tiempo, y Jack ni siquiera tenía dos años cuando desapareció, dejándola sola con el pequeño y sus 33 años. Se había enamorado perdidamente del predicador, pues no era particularmente guapa y, por extraño que

parezca, seguía siendo virgen a los 30. El predicador fue su primer y único hombre; sedujo a la solterona y solo perdió el sentido del humor cuando ella quedó embarazada. Estaba más interesado en una vida despreocupada a costa de ella que en una vida familiar donde ella lo ataría y encadenaría. ¡No, no con él! Aunque su desaparición la perturbó profundamente, tenía a su pequeño Jack, lo amaba, lo mimaba y lo criaba. Los hombres no le interesaban, no después de aquel predicador. Breve y vagamente, recordaba los bellos momentos, por ejemplo, cuando él le pidió que bailara para él y ella giró y se contorsionó desnuda ante él. Recordaba el miedo que sintió la primera vez que tuvo sexo con su gran pene, y la habilidad con la que él la tranquilizó, susurrándole hasta inducirle una especie de trance antes de poseerla rápida e intensamente sin que ella sintiera miedo alguno. Recordaba el maravilloso dolor que sintió mientras la penetraban, un dolor tan intenso que casi perdió el conocimiento por la dichosa agonía.

Cuando Jack tenía unos cinco años, entabló amistad con una joven enfermera de la ciudad que estaba de vacaciones allí. Con timidez y vacilación, se dejó seducir por la mujer lesbiana, que apenas comenzaba a crecer en sus brazos. Su amiga se quedó atónita cuando Jack confesó que no sabía qué era un orgasmo ni cómo masturbarse. Con delicadeza y gran sinceridad, su amiga la inició en todo. Descubrió sensaciones que nunca antes había conocido, una excitación sin límites y un deseo extático a una edad en la que otras ya habían dejado de experimentarlas. No se entristeció cuando su amiga se fue, sino que se sintió infinitamente agradecida, pues ahora había encontrado lo que tanto había echado de menos. Una o dos veces al mes, se tumbaba en la bañera durante horas y disfrutaba de los placeres que había descubierto. Su vida se volvió más tranquila y luminosa; ¡al diablo con ese predicador que no servía para nada!

El pequeño Jack creció, y también su pene. Sonriendo, ella observaba los juegos infantiles del niño mientras yacía en su cama como una ranita, acariciándose el pene. A veces, sonriendo con ternura, se sentaba a su lado y le acariciaba la parte interior de los muslos y los testículos, observando la mano infantil que sujetaba su pene. Al menos, el predicador Jack le había legado un pene decente. El verano era caluroso, y a menudo pasaban tardes enteras desnudos en la cama. Más tarde, cuando tendría unos ocho o nueve años, aparentemente recibió alguna instrucción de sus amigos

depravados, y ella se quedó algo perpleja cuando intentó, torpemente, masturbarse, mucho antes de poder eyacular. Murmuró algo sobre la vergüenza y el pecado porque su pequeño estaba perdiendo la inocencia de sus juegos, pero lo dejó intentarlo. Ella no sabía nada al respecto, nunca lo había visto antes, y solo conocía vagamente lo que se decía sobre ello en anécdotas y chistes groseros. Sin embargo, ella lo ayudó a descubrirlo y le mostró cómo hacerlo, deslizando rítmicamente el prepucio sobre el glande hasta que su pene palpitaba con intensidad orgásmica, ya que aún no podía eyacular. Pronto le encantó cuando ella lo hacía por él. Aunque después de dos semanas le permitió masturbarse "de forma independiente", él le pedía repetidamente que lo hiciera por él. Ella no tenía objeciones, porque así él podía experimentar los orgasmos como a él le gustaban.

Una vez, ambos estaban sentados desnudos en la cama, y él intentaba masturbarse de nuevo, así que preguntó cómo funcionaba el sexo. Sus amigos parecían saber mucho al respecto, y él no tenía ni idea. Ella se lo explicó por enésima vez, mostrándole cómo funciona el sexo. Sin dudarlo, le mostró sus genitales y le explicó para qué servían, omitiendo, naturalmente, el clítoris. Él se inclinó hacia adelante y lo observó todo con curiosidad; incluso le permitieron tocar y sentirlo todo. Ella guió su dedo índice hacia su vagina y le explicó el sexo de forma práctica. Él declaró de inmediato que quería jugar al sexo en ese mismo instante.

Al principio se quedó sin palabras cuando él intentó introducir su pene en su vagina. Dejó de lado sus nervios y lo ayudó primero a retraer completamente el prepucio y luego a penetrarlo de cabeza. El pequeño comenzó a embestir; apenas lo sintió, pero él lo estaba disfrutando, y cuando se detuvo, sintió el latido de su pene al eyacular. Desde entonces, él siempre quería "jugar al sexo", y ella dejaba que el pequeño berserker se masturbara hasta el cansancio cuando quisiera. Su pene aún era tan pequeño que no eyaculaba, y ella dejó de lado sus dudas: ¡esto no era sexo de verdad!

Su primera eyaculación tuvo unos once años, mientras ella lo masturbaba. Se sorprendió y se llenó de alegría cuando ella se lo explicó todo. Extendió una toalla vieja y le dijo que tenía que limpiarse. Él se lo pedía una y otra vez cuando se cansaba de tanto masturbarse, y ella lo hacía con la frecuencia que él quería. Cuando ella volvía a casa después de ir de compras o del trabajo, él ya

estaba sentado en su cama, masturbándose. Normalmente, ella se desvestía y se sentaba a su lado, observando al chico jugar con su pene y viendo cómo aprendía gradualmente a eyacular. Le acariciaba la parte interior de los muslos, deslizando la mano hasta sus testículos y acariciándolos suavemente. Jack se esforzaba y eyaculaba; ella podía sentir cómo se contraían sus testículos y veía cómo el semen salía disparado por la pequeña abertura de su glande, sobre sus grandes y pesados pechos. En aquel entonces, su semen aún era claro y transparente. Ella pensaba que todavía no era semen "de verdad". Más tarde adquiriría su forma blanca y lechosa. Sintió una oleada de excitación al sentir el latido de su pene con la punta de los dedos. Le sonrió con ternura y orgullo, y a partir de entonces, nunca más volvió a hablar de pecado y lo comprendió cuando se masturbaba a su antojo.

Por supuesto, él siempre quería jugar a follar, y desde que pudo eyacular, ella intentó distraerlo, y a menudo lo conseguía. Su conciencia y sus demonios internos la atormentaban cuando, jugando, le permitía follarla y eyacular dentro de ella. Intentaba silenciar rápidamente su conciencia y sus demonios internos, pero a veces él quería follar y eyacular toda la tarde, una y otra vez, y a veces ella lo permitía a pesar de su conciencia culpable. Tranquilizaba a su conciencia diciéndole que no era follar de verdad con su pequeño pene; apenas sentía nada cuando él penetraba en su vagina demasiado grande. En realidad, lo disfrutaba cuando él se tomaba las cosas tan en serio para su edad y seguía sus consejos. Él retraía el prepucio sobre el glande, escupía sobre él y frotaba la saliva para que no le doliera si estaba demasiado seca. La miraba fijamente a la vagina e insertaba su pene.

Entonces apoyó su rostro sobre sus grandes pechos y comenzó a embestir. Ella le acarició la cabeza y las nalgas, rozando muy raramente su clítoris, que él no podía ver. Tuvo un orgasmo discretamente, reprimiendo sus temblores y espasmos para que él no se diera cuenta, mientras él embestía y eyaculaba con fuerza palpitante. Ella estaba completamente segura de que él nunca notaba su masturbación ocasional. Jack, sin embargo, el pequeño bribón, siempre lo intuía, aunque no pudiera ver nada. No obstante, su conciencia seguía aflorando con fuerza, y ella lo distraía del juego sexual tan a menudo como le era posible.

Mucho antes de cumplir los doce años, su pene creció inesperadamente, y ella se sentía muy avergonzada porque el pene más grande la excitaba y la ponía muy cachonda. Sus juegos eróticos casi se convirtieron en sexo de verdad, y su conciencia culpable no la dejaba en paz. Cada vez con más frecuencia, estaba a punto de llegar al orgasmo durante esos juegos, y eso, le decía su conciencia, sería incesto de verdad. ¡Eso, Dios no lo quiera, no lo deseaba en absoluto!

Sin embargo, continuaron incansablemente con el juego del sexo, y ella siempre decidía que sería la última vez. A pesar de sus remordimientos, lo disfrutaba; a veces pasaban tardes enteras jugando, y ella admiraba su incansable virilidad. Su pene crecía día a día, y un día, cuando se excitó de verdad durante la enésima vez que jugaban al sexo y casi llegó al orgasmo, tanto que tuvo que ir inmediatamente al baño a masturbarse para calmar la lujuria, puso fin al juego. Jack no lo entendió, pero respetó su decisión.

Cuando ella lo bañaba, él exhibía su pene y se masturbaba constantemente. Pero cuanto más grande se volvía él y su pene, más se retraía ella, sintiendo una timidez natural. Pronto superó su timidez y lo masturbó, concienzudamente y rítmicamente retrayendo su prepucio sobre el glande y llevándolo al orgasmo tantas veces como él quería. A partir de entonces, él siempre quería que ella lo masturbara en la bañera, y como ella no quería que la salpicaran constantemente, se acercaba a él desnuda en cuanto se sentaba en el agua. Él tocaba su cuerpo mientras ella lo hacía con él, acariciando y provocando sus pechos, y ella disfrutaba de esta estimulación, haciéndola cada vez más intensa y excitante para él. A menudo tocaba su vulva, y cuando estaba muy excitado, jugaba con sus labios o exploraba torpemente su vagina con sus dedos inquietos. Ella nunca lo habría admitido, pero lo disfrutaba enormemente y se abría de par en par y con gusto para ser penetrada por sus dedos. A menudo insistía en repetirlo después de un descanso porque le encantaba que la tocara por todas partes. A veces, durante sus descansos, se excitaba tanto que le ponía la mano en los pechos o en la vulva y dejaba que la estimulara, retorciéndose de deseo mientras él la acariciaba. Se retorcía hasta que él le introducía un dedo en la vagina, pero no se atrevía a ir más allá y le agarraba el pene para masturbarlo.

También le encantaba una variante que ella misma había inventado. Él tenía que sentarse en el borde de la bañera con las piernas abiertas, mientras ella se sentaba frente a él en el suelo. Ella le masturbaba el glande justo delante de su cara, y él le rogaba que le dejara eyacular en su boca. Ella abría la boca como si lo estuviera haciendo, a veces tocando su glande con los labios o la lengua mientras lo masturbaba. Pero cuando él eyaculaba, ella giraba la cara y dejaba que su semen salpicara sus pechos, donde luego se lo frotaba. Este juego le resultaba increíblemente excitante y lo practicaba muy a menudo. Normalmente, se excitaba tanto que inmediatamente después se retiraba y tenía que masturbarse. Desafortunadamente, esta fase terminó después de unos meses; él cumplió 13 años.

A los 13 años, le empezó a crecer vello púbico; ya no quería que ella lo bañara, ni le pedía que lo masturbara. Una atmósfera ardiente y sensual se fue construyendo lenta pero constantemente entre ellos, llena de lujuria y deseo insaciable; esto duró hasta que él cumplió 16. En una de sus noches solitarias, reconsideró todo: su largo tiempo como niña inocente, la embriaguez que había experimentado en los brazos del predicador y su sutil manera de llevarla al clímax con su grueso pene. Admitió abiertamente que se había vuelto completamente adicta a la masturbación de Jack y lo observaba con lujuria y avidez porque era una especie de clímax vicario. Finalmente, y esto fue realmente lo último, admitió que sentía un impulso cada vez mayor de mostrarse desnuda ante él. ¡Soy una maldita exhibicionista!

Cedió a sus impulsos exhibicionistas y dormía desnuda, a menudo permaneciendo desnuda en casa, deleitándose en secreto con su reacción ante su desnudez. Incluso dejaba la puerta del baño sin llave cuando pasaba alguna tarde de domingo jugando sensualmente en la bañera. Ella notaba que él la observaba a través de la rendija de la puerta y luego experimentaba un placer extraño al masturbarse en el agua de la bañera y posar desnuda frente a él. Por las noches, a veces dejaba la lámpara de lectura encendida y se tumbaba desnuda en la cama, sabiendo que su lujuria cuidadosamente oculta la observaba y que esto desencadenaba de inmediato y compulsivamente su masturbación.

Por supuesto, no se le escapó que Jack y Nina pasaban mucho tiempo estudiando en su habitación. En cuanto lo oyó cerrar la

puerta con llave, todo quedó claro. Rápidamente entró en la habitación de invitados contigua, que normalmente servía de trastero, y apartó parte del panel de madera. El espejo veneciano, un espejo unidireccional, lo había instalado el difunto dueño del apartamento; solo ella lo sabía. Podía observarlos a los dos a muy corta distancia sin ser vista.

Los dos estudiaron durante unos tres minutos. Luego, Jack llevó a la pequeña Nina a la cama y la desnudó rápidamente, y después a sí mismo. Ella no quería creer que su hijo de 16 años hubiera tenido intimidad con una niña de menos de 13, que no tenía ni pechos ni vello púbico, pero, por desgracia, eso era exactamente lo que había sucedido. Los dos se masturbaron juntos, y ella tuvo que admitir que la pequeña Nina era toda una experta, masturbándose con rapidez y destreza. Cuando Jack quería, ella levantaba las piernas en el aire, abría su pequeña vulva con ambas manos y dejaba que el semen de Jack saliera disparado directamente sobre su hendidura. Después, se limpiaba con un pañuelo de papel. La madre de Jack se inclinó hacia adelante y examinó la vulva de la niña, hermosa e infantil, con un clítoris tan pequeño que era casi invisible. Pronto, Jack le estaba enseñando a Nina cómo masturbarlo, y la niña, que aprendía rápido, lo dominó enseguida. Jack a menudo se arrodillaba frente a su hendidura para observarla masturbarse.

Después de aproximadamente una semana de masturbarse juntos, durante la cual Jack presionó su glande directamente en la abertura vaginal de Nina y eyaculó dentro de ella, los dos hablaron largo y tendido sobre sexo real y apropiado, y Nina también lo deseaba desesperadamente, pero estaba un poco asustada porque pensaba que le dolería la primera vez. Jack pronto logró calmarla, disipar sus miedos y convencerla de lo maravilloso que era el sexo real. Le dijo que si se masturbaba antes, no le dolería tanto. Dicho y hecho. Nina estaba muy excitada, pero obedientemente comenzó a masturbarse de inmediato, y Jack se arrodilló entre sus piernas y presionó su erección en su vagina hasta el himen. Esperó hasta que Nina abrió mucho los ojos y rápidamente se masturbó el clítoris. “¡Me vengo, me vengo!”, jadeó, y cuando comenzó su orgasmo, Jack introdujo su enorme pene completamente en la vagina de Nina. La penetró durante todo su orgasmo y luego eyaculó a chorros cuando su orgasmo disminuyó. Cuando él sacó su pene y ella se limpió la vagina con un pañuelo, Nina dijo que solo le escoció un poquito y que apenas sangró. Y fue genial, dijo con entusiasmo.

Cinco minutos después volvieron a follar. Cuando terminaron, la madre de Jack se fue de su puesto de observación, pero se quedó allí todo el tiempo que Nina vino a estudiar.

A partir de entonces, tenían sexo todo el tiempo, y Nina se masturbaba durante sus descansos porque casi nunca llegaba al orgasmo mientras la penetraban. Pero aún así lo necesitaba, y Jack podía acostarse con ella tan a menudo como quisiera, así que ya casi no necesitaba masturbarse.

Envenenada por los celos, la madre de Jack los observaba jugar juntos, y luego casi consumida por la envidia cada vez que tenían relaciones sexuales, cuando Jack eyaculaba dentro de ella con placer. Su corazón latía salvajemente cuando la pequeña Nina humedecía el gran pene de Jack con saliva en la punta de su dedo y luego lo insertaba con avidez. Cuando Jack entonces actuaba y Nina casi perecía de placer, sentía más envidia que lujuria. Solo cuando Nina retiraba cuidadosamente el pene de Jack y lo masturbaba, una sensación de regocijo se despertaba en ella. ¡Qué listo era él al guardarlo y dejar que la estúpida mocosa lo masturbara con placer! ¡Su semen le pertenecía a ella, no a Nina! La lujuria, la excitación y los celos alimentaban su creciente deseo de desplazar a Nina y tener a Jack solo para ella. Nunca lo pensó hasta el final, pero instintivamente sabía que quería tener sexo con él en lugar de con Nina. Cuando finalmente lo pensó, tomó una decisión. ¡Al diablo con la moral burguesa, al diablo con el pecado, al diablo con todos los pecados capitales, lo quiero! ¡Quiero follarme a Jack! Sin que Jack se enterara, ella había llamado a la madre de Nina, Nina se mantuvo alejada y Jack experimentó dolorosamente la infame acumulación de semen, ya que ya no podía follar con Nina.

Una vez, se quedó dormida y al despertar lo encontró arrodillado a su lado, acariciándole las nalgas. Con cautela, levantó la vista y lo vio masturbándose con destreza. Permaneció inmóvil, fingiendo seguir profundamente dormida, hasta que él introdujo su pene en sus nalgas, eyaculó dentro de ella y regresó a su cama. Ahora, cada noche, esperaba que volviera a su cama y se tumbara desnudo boca abajo. Su cuerpo ya superaba los 45 años, con los pechos grandes, pesados y caídos. Pero sabía que, aparte de eso, tenía un cuerpo muy bonito con un fuerte atractivo sexual, algo que confirmaban las numerosas miradas y halagos que recibía en el trabajo. Sus nalgas eran realmente dignas de admiración, y sabía que no

tenía ni una pizca de grasa en sus estrechas caderas y muslos, por eso solía tumbarse boca abajo y ocultar sus pechos. Se quedaba allí noche tras noche, tentándolo con su cuerpo desnudo, sin darse cuenta de que nada volvería a ser igual.

Siempre sentía mucha curiosidad por verla desnuda. Tan a menudo como podía, miraba la hendidura bajo sus nalgas, contemplando con avidez los pliegues de sus labios vaginales, y el nudo en su garganta casi lo ahogaba cada vez que ella se movía y la oscura abertura entre sus labios quedaba a la vista. Le encantaba mirar sus pechos grandes y pesados, aunque ella intentara ocultarlos. Su rostro estaba profundamente surcado por arrugas de preocupación, pero cuando la observaba a escondidas mientras se masturbaba en la bañera, su rostro se iluminaba como por un sol interior, y le parecía hermosa. Sin aliento, seguía sus movimientos e imaginaba que lo hacía como Nina.

Regresó por la noche, se acercó sigilosamente a su cama y se aseguró de que estuviera dormida. Ella fingió estarlo lo mejor que pudo. Él se arrodilló a su lado, le palpó las nalgas, deslizó las yemas de los dedos por el pliegue y acarició los labios de su vulva. Sus dedos separaron su vulva, se deslizaron dentro y los dejó allí hasta que eyaculó. Como siempre, se masturbó lentamente, luego rápida y salvajemente, introduciendo su pene directamente en su ano con toda su fuerza. Ella se estremeció levemente cuando su semen entró a borbotones en su ano y hendidura, pero actuó como si estuviera profundamente dormida. Él frotó el semen sobre sus nalgas y la abertura vaginal, y luego se marchó tan silenciosamente como había llegado.

Dejó la puerta de su habitación entreabierta, dejando caer un brillante rayo de luz sobre su cama. Se acercó sigilosamente y la observó atentamente para ver si estaba dormida. Estaba perfectamente disfrazada, tumbada boca abajo, con sus hermosas nalgas al descubierto. Notó un cambio: él estaba ocupado con la escuela y los deberes todo el día y solo tenía tiempo para masturbarse por las noches. Así que se arrodilló silenciosamente detrás de ella y se masturbó con avidez y rapidez. Sintió cómo presionaba la punta de su glande firmemente contra su ano y eyaculaba. Gran parte se desvió, pero pudo sentir su semen brotando dentro de ella. Solo hizo una breve pausa antes de continuar. La segunda vez, introdujo su pene entre sus labios y eyaculó en su abertura vaginal.

Cada día se volvía más hábil, separando su ano con dos dedos, presionando la punta de su pene contra él y eyaculando su semen caliente en su ano sin derramar una sola gota. Esto no la excitaba, pero él parecía disfrutarlo, aunque pronto dejó de hacerlo. Sin embargo, lo que más la excitaba era cuando su pene penetraba entre sus labios vaginales durante la masturbación, un poco más profundo cada día. Ella sentía sus dedos masturbándose sobre su piel, y el latido de su pene dentro de su vagina la excitaba, pero no lo demostraba. Antes de eyacular, retiraba su pene solo hasta la punta, y su chorro caliente salía disparado únicamente hacia la abertura vaginal.

La mayoría de las veces, sin embargo, estaba tan excitado que su pene permanecía profundamente dentro de ella al eyacular. Finalmente, lo hizo bien: penetró profundamente antes de eyacular y luego esperó inmóvil hasta que llegó al clímax. Ella lo disfrutaba cada vez más, esperando que finalmente tuviera relaciones sexuales con ella, pero él no lo hacía, conteniéndose resueltamente. A veces se masturbaba dos o tres veces seguidas, penetrando profundamente en su vagina antes de eyacular y esperando inmóvil hasta que llegó al clímax. Ella lo disfrutaba enormemente cuando sentía su eyaculación profundamente dentro de ella, pero siempre fingía estar profundamente dormida. Después de que él se iba, ella permanecía despierta durante mucho tiempo, masturbándose para liberar su deseo reprimido. Este maravilloso tiempo terminó de manera bastante abrupta después de unas semanas.

Una noche, la víspera de aquel maldito paseo en bici, no pudo contenerse. Cuando él se acercó, se arrodilló detrás de ella y se masturbó, después de unos minutos fingió despertarse. Él ya no se atrevió a tocarla, pero continuó masturbándose lentamente; no podía parar. Ella se retorció y abrió las piernas justo delante de él, haciendo todo lo posible por seducirlo, incluso susurrando "¡Sí, fóllame!", pero él pareció no oírla. Se deslizó hacia adelante sobre sus nalgas hasta que la punta de su pene la tocó. Levantó las piernas y se balanceó de un lado a otro, mientras él la miraba fijamente, observando su hendidura ligeramente entreabierta, y continuaba masturbándose. Casi la volvía loca que, aunque él presionaba su pene contra su vulva y labios vaginales mientras se masturbaba, y sus movimientos rítmicos la excitaban cada vez más, parecía pensar solo en masturbarse, no en nada más que estuviera tan cer-

ca. ¿Acaso su antigua prohibición de tener sexo seguía teniendo algún efecto?

Ella separó bruscamente sus muslos hasta guiar su pene directamente a su hendidura abierta, luego se empujó contra él, ya que él aún no entendía. Lo introdujo rápidamente dentro de ella, sí, gritó en ese breve, como un relámpago dolor y lo folló, ¡su parte inferior del cuerpo empujando y follándolo en un movimiento giratorio! Casi gritó, se sentía tan bien, pero al mismo tiempo, ese mismo dolor provocó una lujuria que no había experimentado en mucho tiempo. El estúpido tipo la miró atónito y no se movió mientras ella lo follaba, tardando lo que pareció una eternidad en finalmente llevarlo al orgasmo. Ella sintió claramente los chorros calientes de semen dentro de ella, sintió el palpitar de su pene. Sabía que él aún no había terminado, porque él se arrodilló ante ella con la boca entreabierta, mudo y silencioso, mientras ella retiraba cuidadosamente su pene.

Permaneció inmóvil durante varios minutos, pero sentía una tensión angustiosa en la parte baja del abdomen. Su vulva no la dejaba en paz. Le dio la espalda, buscando secretamente su clítoris con los dedos. El estúpido de Jack la miraba fijamente a las nalgas y la espalda, frotándose el pene lentamente. Deseaba fervientemente que no se diera cuenta y, con una mirada avergonzada, se acarició el clítoris, aunque sabía que él ya sabía cómo lo hacía Nina. Durante la breve y rápida masturbación, miró ansiosamente por encima del hombro a Jack, quien, como siempre al masturbarse, lucía una especie de sonrisa. Se inclinó hacia adelante mientras él frotaba su pene contra sus nalgas por detrás y lo presionaba profundamente en su hendidura para eyacular. Sintió su semen caliente y tuvo un orgasmo segundos después, pero le irritaba que la parte baja de su abdomen temblara y se contrajera de forma traicionera, sin que pudiera reprimirlo.

Pero ella lo necesitaba una vez más. ¡Al diablo con todo, él debería verlo! Una cierta indiferencia la invadió; se giró y se sentó frente a él con las piernas abiertas, mirándolo fijamente a los ojos. Tras un comienzo juguetón, se masturbó, deslizando sus dedos por su clítoris y metiendo dos dedos profundamente en su vagina. Pasó mucho tiempo hasta que el orgasmo hizo que su pelvis se sacudiera violentamente y sus piernas se contrajeran convulsivamente e incontrolablemente.

Yacía inmóvil, avergonzada por haberse masturbado por primera vez delante de Jack. Estaba triste y deprimida, aunque de alguna manera disfrutaba viendo a su chico masturbarse de nuevo: ¡era una vitalidad impresionante! Sin embargo, rompió a llorar al recordar su pecado mortal. Jack había contraído el rostro con esfuerzo, las primeras gotas la salpicaron y, con cada movimiento, la mano de Jack le arrojaba un poco de semen; pronto quedó cubierta de pies a cabeza con pequeñas salpicaduras. Siguió llorando mucho después de que Jack se durmiera en silencio. Y al día siguiente, cuando él se marchó en bicicleta, volvió a pensar en la desaparición de su pastor y sollozó.

Pero ahora él había regresado. Ella apartó de un plumazo todo pensamiento sobre tabúes burgueses, ignoró los susurros venenosos de su conciencia y lo convirtió en su amante. Nunca hablaron del hecho de que estaban cometiendo incesto. Al principio, le molestaba que él prefiriera masturbarse, y ella lo complacía. Siempre se sentía orgullosa y profundamente satisfecha cuando él eyaculaba, cuando el semen corría por su mano y Jack jadeaba y gemía de lujuria y satisfacción. El deseo la abrumaba, y ella introducía su pene en su vagina antes de que él eyaculara. Era muy difícil entrar, así que hacía movimientos lentos y profundos, prácticamente ordeñándolo mientras él eyaculaba.

Luego lo dejó descansar unos minutos, acariciándolo suavemente; a veces incluso se quedaba dormido. Después, lo excitó lentamente, acariciando sus pezones y la parte interna de sus muslos hasta que su pene se puso rígido de excitación. Luego se tumbó boca arriba, lista para Jack, su amante, y lista para el dolor que tanto necesitaba. Y Jack tampoco pudo evitarlo; ya estaba muy excitado y quería follar. El acto duró mucho tiempo después de que él ya hubiera eyaculado una vez, y al principio dolió, pero fue precisamente ese dolor lo que la llevó al séptimo cielo. Fue en el dolor silencioso y desgarrador donde experimentó el orgasmo explosivo, que no disminuyó mientras él continuó. A veces perdía el conocimiento brevemente y despertaba fracciones de segundo después, después de que él ya hubiera eyaculado. Se acurrucó contra él y acarició el pene que tan maravillosamente la había satisfecho. A veces, cuando él se detenía después de su orgasmo, ella se lo hacía con la mano, dejando con gratitud y amor que su semen cayera sobre su cuerpo.

No era muy frecuente que Jack iniciara el sexo. Tenía que estar increíblemente cachondo para eso, pero entonces le exigió que se pusiera a cuatro patas y la penetró por detrás. Eso no dolió tanto, y Jack podía penetrarla completamente en la posición de perrito. Sin embargo, el coito que siguió fue tan duro y tan excitante que ella tuvo un orgasmo tras otro y luego prácticamente se desmayó. Así que no se dio cuenta de que Jack la estaba follando, inconsciente, salvaje y despiadadamente. Sus manos agarraban sus caderas sin piedad, la jalaba o tiraba de ella con fuerza y le metía su polla profundamente dentro, una y otra vez. No paró hasta que se corrió a gusto. Era muy agresivo con la anciana en esos momentos, cuyo cuerpo aún hermoso podía excitarlo tanto. Pensó en Nina y se enfadó porque su madre lo había convertido en su esclavo sexual.

Cada vez con más frecuencia él exigía la posición de perrito, y cada vez con más frecuencia ella experimentaba verdaderos fuegos artificiales de orgasmos, aunque rara vez llegaba a desmayarse. A veces, en la penumbra lujuriosa, pensaba en su amante lesbiana, quien le había dado placeres similares con su lengua. Jack estaba dividido entre su agresividad y la oleada de poder que sentía durante esa brutal follada. La montó por detrás al menos ocho veces ese fin de semana lluvioso, pero a pesar de su salvaje follada, ella no se desmayó. El frenesí de Jack por la posición de perrito disminuyó después de dos semanas; sintió lástima por ella y se avergonzó de haberla follado sin piedad en su total indefensión.

Ella no entendía sus escrúpulos, pero obedeció y volvió a practicarle sexo oral con más frecuencia. Jack gruñó y ronroneó, bastante satisfecho, y todo el asunto del perrito quedó olvidado. Un día, salió con amigos cuando terminaron en casa de uno de ellos, escuchando discos, bebiendo un poco demasiado, y Susanne le practicó sexo oral a Peter. Jack nunca había visto nada igual y se quedó boquiabierto. Cuando llegó a casa, nervioso, le contó a su madre todos los detalles y le exigió que se lo hiciera a él también. Mintió, diciendo que tendría que tragarse su semen al final. Ella solo sabía de sexo oral con su amiga lesbiana, ¿pero tomar su pene en la boca? Dudó, pero antes de aceptar, quería un trato: si le practicaba sexo oral, él tendría que volver al asunto del perrito, por detrás, ya sabes. Él se mordió el labio y luego dijo que a veces se quedaba dormida, pero ella sonrió y dijo que precisamente por eso: o el tra-

to o nada de sexo oral. Sonrió ante esa extraña palabra. Jack no dudó y asintió.

Aunque aún no habían cenado, decidieron intentarlo. Jack se sentó en el sofá, se bajó los pantalones y esperó. Ella se arrodilló frente a él y con cuidado tomó su pene en la boca, tal como él había visto hacer a Susanne y Peter. Pero por mucho que succionara, no entraba. Usó la mano para ayudar y lo succionó intermitentemente, luego frotó la punta rápida y firmemente. Aunque le repugnaba terriblemente, mantuvo el glande en la boca mientras continuaba masturbándolo con la mano. Sintió el chorro contra su paladar, en su garganta; siguió succionando y tirando y tuvo que tragar la cosa asquerosa, de lo contrario el trato no habría sido válido. Jack gimió y jadeó de placer y susurró que esta era la mejor parte de todo. Ella succionó y succionó y tragó, atragantándose, hasta que no salió nada más.

Corrió rápidamente a la cocina y vomitó, pero solo la primera vez. Después, pudo tragar su semen sin problema e incluso empezó a disfrutarlo en cierto modo, principalmente porque se había convertido en una herramienta de poder. En fin, vomitó esta vez y luego regresó. Jack seguía descansando y la observó desvestirse. Sabía que su cuerpo ya no era bonito, pero se desnudó muy despacio y con lascivia, acariciando las partes más atractivas de su cuerpo mientras temblaba de excitación, porque eso lo excitaba; podía verlo en su pene. Solo recordaba a medias lo que sucedió después, porque Jack hizo todo lo posible por cumplir su palabra.

En retrospectiva, no recordaba cómo había sucedido, pero un día él encontró las cartas de Irina, su amiga lesbiana. Se le ruborizaron las orejas mientras ella, con voz temblorosa, le contaba poco a poco toda la historia. Él refunfuñó y se preguntó, pero se mantuvo amable, así que no le resultó difícil responder a sus preguntas inquisitivas y describir con detalle incluso los secretos más íntimos y embarazosos. Él le preguntó si volvería a ver a Irina cuando regresara en verano, y ella se encogió de hombros; aún no lo sabía. Pasaron los meses, llegó el verano, e Irina apareció de repente en la puerta.

Jack salió corriendo, dejando a las mujeres solas. Esa noche fue a casa de unos amigos y no regresó hasta tarde. Se acostó en silen-

cio y no molestó a las dos mujeres que dormían. Estaba triste y se sentía excluido, y su madre lo percibió claramente.

Irina se horrorizó al principio cuando la madre de Jack hizo la sugerencia. Se quedaron en silencio, discutieron, pelearon y volvieron a quedarse en silencio. La madre de Jack insistió en que él debía participar y repitió varias veces que ella y Jack deseaban desesperadamente tener sexo con Irina. Irina se resistió; nunca había tenido sexo con un hombre y estaba aterrorizada. Sí, era cierto, a menudo había practicado sexo oral y masturbación cuando su cita insistía, pero solo había tenido sexo con chicas. Poco a poco, Irina cedió, de acuerdo, pero solo quería mirar. No quería tener sexo con un hombre, ni siquiera si era un chico tan dulce como Jack. Su madre insistió en que era muy sensible e increíblemente bueno en la cama, así que llegaron a un acuerdo. Irina quería mirar; su madre deseaba desesperadamente tener sexo.

Esa noche, después de cenar, cuando ya iban por su tercera o cuarta copa de vino, ella le dijo a Jack que podía quedarse en casa. Jack la miró sorprendido, pero ella asintió con ánimo y le guiñó un ojo. “Está bien”, dijo, e Irina asintió, diciendo que a ella también le parecía bien. Solo Jack no dijo nada, porque no se lo esperaba. La velada continuó con más vino; las mujeres se animaron y se pusieron bulliciosas, besándose y abrazándose sin reservas. Se acurrucaron en el sofá y bebieron mucho. Jack seguía sentado a la mesa, sosteniendo su copa de vino con incertidumbre, ya que aún no había bebido. Las mujeres se desnudaron mutuamente, y esto lo excitó enormemente, no cabía duda, pero no estaba seguro de lo que sucedería después. Irina era considerablemente más joven que su madre y tenía pechos pequeños, hermosos y redondos. Su zona púbica era rojiza debido a su cabello rubio, y su esbelto cuerpo le parecía perfecto. Jack se excitaba cada vez más a medida que las mujeres bebían y se abrazaban. Dio un sorbo al vino y contempló la vulva y la hendidura de Irina con creciente lujuria. Después, pensó que nada de esto habría sucedido sin el alcohol.

Se sentó en la cocina, refunfuñó, y fue detrás de la cortina. A través de la rendija, observó a las mujeres. Se abrazaban cada vez con más intensidad, tocándose los genitales y acariciándose los pechos. Jack permaneció completamente inmóvil, observando con fascinación cómo se masturbaban mutuamente. Irina se acercó a su madre, la agarró entre los labios y jugó con su clítoris. Era nue-

vo para él cómo Irina masturbaba a su madre: se frotaba el clítoris con un dedo, presionando rítmicamente el pulgar de la otra mano profundamente en su vagina. Su madre alcanzó el orgasmo bastante rápido y gimió y se quejó de placer, porque Irina mantuvo su pulgar dentro durante un buen rato. Vio el pulgar de ella dentro de la vagina de su madre, y de repente Jack sintió que algo perverso despertaba en su interior: ¡quería follar con Irina, costara lo que costara! Después de un breve descanso, su madre masturbó a Irina, usando solo sus dedos para estimular su clítoris. Le tomó más tiempo que a ella, entonces Irina comenzó a tensarse, y como aparentemente no era lo suficientemente rápido para ella, se introdujo el pulgar en la vagina y se masturbó vigorosamente con él mientras tenía un orgasmo. Su sonrisa se transformó en una mueca forzada, se masturbó furiosamente con el pulgar, y de repente todo terminó. Entonces las dos se quedaron quietas y en paz, recuperándose.

Al cabo de un rato, lo llamaron, instándolo a unirse a ellos. Sintiendo inquietud, pero rebosante de emoción, se acercó a la cama y se sentó en el borde. Los tres bebieron, y Jack se emborrachó bastante. Pronto se vio envuelto en sus caricias y juegos bruscos, y poco a poco lo fueron desvistiendo. Cuando se despojó de la última prenda, Irina se incorporó. «¡Ah!», exclamó, y su madre asintió: «¡Ya te lo dije, una verdadera belleza!».

Los tres se abrazaron y se acurrucaron. Irina tocó casualmente el pene de Jack y sintió con curiosidad su erección, luego retiró la mano. Su madre lo tomó en su mano y lo masturbó. Irina observaba con ojos brillantes cómo su madre se arrodillaba y frotaba la punta de su pene con intensa concentración y una velocidad increíble, pero lo soltó antes de que eyaculara. Hubo una larga pausa durante la cual las dos mujeres se abrazaron apasionadamente. Su madre murmuró repetidamente durante los abrazos que quería acostarse con Irina.

—Vamos —dijo la madre de Jack después de un rato—, ¡ven aquí! ¡Hazlo conmigo, Irina quiere vernos follar! Prácticamente tuvo que seducir a Jack, porque al principio estaba muy cohibido. Le irritaba que Irina los observara con curiosidad. Bebieron de nuevo, y el alcohol pareció volverlo indiferente también. Por alguna razón, su madre ahora quería un encuentro completamente inocente, ella de espaldas, él encima. Su madre se tumbó de espal-

das con las piernas abiertas, él se arrodilló frente a ella, e Irina miró fijamente su pene, que su madre frotó suavemente y lentamente puso erecto. A Irina le pareció como si su madre tuviera un pene, que ahora frotó con cuidado, y lo frotó durante mucho tiempo hasta que le pareció lo suficientemente rígido, entonces lo atrajo hacia ella y lentamente se introdujo su pene. Jack se olvidó de todo lo demás a su alrededor y lentamente comenzó a follarla. Su madre se agitó rápidamente, mirando fijamente a Irina, quien los observaba embelesada. “Irina”, jadeó con un gemido, “¡ambos deseamos desesperadamente follarte!”

Obedientemente, la folló como le pidió y miró a Irina, quien, para su sorpresa, se excitó rápidamente y se masturbó un poco mientras los observaba, luego cerró los ojos para darse placer. Irina seguía jugando soñadoramente cuando él se apartó de su madre y se deslizó rápidamente entre los muslos de Irina. Ella lo miró, completamente perpleja, y dejó escapar un breve grito cuando él la agarró con firmeza y la penetró rápidamente. Aunque podía acomodar fácilmente su gran pene, se resistió, pero él era muy fuerte y la empujó profundamente dentro. Irina comenzó a llorar y balbuceó que no quería ser follada. ¡No! Se sentía maravilloso en su vagina apretada, pero muy suave y complaciente. Irina lloró incesantemente y sollozó que no quería ser follada, retorciéndose para quitárselo de encima, pero él la sujetó con firmeza y continuó follándola.

Su madre se había incorporado y estaba palpando el clítoris de Irina. “¿Ves? ¿Qué te dije? ¡Folla increíblemente bien!”, dijo su madre, que mientras tanto se había sentado detrás de él y ahora presionaba su cuerpo contra sus nalgas para follar con la llorosa Irina junto a él. Se inclinó hacia adelante y frotó el clítoris de Irina muy suave y delicadamente. Irina sintió los dedos reconfortantes en su clítoris, pero lloraba y sollozaba porque la obligaban a follar con él. Jack embestía y embestía, su madre frotaba el clítoris de Irina con más y más intensidad, su cuerpo inferior empujaba las nalgas de Jack y, por lo tanto, su pene profundamente dentro de Irina una y otra vez. Irina abrió los ojos, llorando, y sintió que estaba a punto de correrse de nuevo; la estimulación de su clítoris la abrumó de repente. Llorando y sollozando, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y la boca abierta, llegó al orgasmo, sacudiendo la cabeza de un lado a otro con una sonrisa distorsionada. Su madre cabalgaba sobre Jack, y Jack seguía follándola, acercándose rá-

pidamente a su propio clímax. Irina era zarandeada, gimiendo de vez en cuando que no quería ser follada, que él no debía eyacular. Pero Jack no podía apartarse; su madre lo follaba por detrás, empujándolo profundamente dentro de ella. Al mismo tiempo, estimulaba el clítoris de Irina con tanta destreza que esta se quedó completamente en silencio entre sollozos y se rindió sin resistencia, al darse cuenta de que no era Jack, sino su madre, quien la estaba follando.

La madre de Jack fue la primera en notar que estaba a punto de eyacular. Se inclinó hacia adelante, agarró su pene y comenzó a masturbarlo. Jack sintió cómo se precipitaba hacia él, e Irina gritó al oír su eyaculación, su cuerpo se abrió involuntariamente mientras Jack llegaba al clímax. Su madre eyaculó dentro de ella, pues fue ella quien eyaculó, dejando que todo fluyera dentro de ella. Irina gritó, rogándole que parara, ¡no, que no eyaculara! Con largas embestidas, el firme agarre de su madre recorrió repetidamente su pene, aflojando su agarre brevemente cuando sintió el chorro palpitante, y continuó masturbándolo, empujándolo profundamente en la suave vagina de Irina hasta que se corrió. La eyaculación duró mucho tiempo, y cuando terminó, Irina se encogió hacia adentro y sollozó, llorando suavemente. Ella no había querido ser follada, y no debería haber tenido permitido eyacular dentro de ella. ¡No! Su madre le explicó a Irina que no era fértil en ese momento y que no podía quedar embarazada con el esperma de Jack. Irina dejó de llorar y, al final de la conversación, y después de beber bastante alcohol, cedió. Brindaron por enésima vez, e Irina dijo alegremente que el sexo no era tan malo después de todo...

Irina ahogó sus penas en grandes cantidades de vino tinto y aguardiente. Sonriendo, acarició el pene de Jack y le dijo que era muy bueno en ello, y él sonrió con placer. Durante los siguientes cuatro días, prácticamente se quedaron en la cama. Irina solo disfrutaba del juego mixto cuando estaba borracha, y era la madre de Jack quien constantemente la emborrachaba y la arrastraba de nuevo al juego, pero Irina sacó provecho de ello. Jack la adoraba porque la encontraba hermosa. Una vez, la madre de Jack le practicó sexo oral, tragándose y atragantándose con todo su semen. A Irina le pareció bastante excitante. Cuando Jack luego realizó el acto en la posición del perrito, e Irina se excitó al ver que la madre se había desmayado tras su pérdida de conocimiento y que Jack estaba follando a la mujer casi inconsciente como un loco, se mas-

turbó a su ritmo y tuvo un orgasmo mucho antes de que él terminara.

La madre de Jack sintió inicialmente un poco de celos, pero luego pensó que Irina se iría de nuevo en unos días y volvería a tener a Jack solo para ella. Así que sus celos se mantuvieron bajos y desaparecieron por completo cuando logró convencer a Irina de que bebiera y luego la miró con orgullo mientras Jack volvía a estar encima de ella. Irina, por su parte, adoraba hacer el amor con la madre de Jack y acurrucarse con ella; esto solía terminar en un lamido voraz y rápido de las mujeres.

Por supuesto, al principio no fue fácil para Irina dejar que Jack la follara, pero estaba constantemente borracha y casi siempre lo soportaba pasivamente, porque la madre de Jack siempre estaba allí cuando Jack se subía encima de Irina. La acariciaba y la abrazaba mientras observaba con orgullo cómo su amado Jack la follaba como es debido. La borracha Irina disfrutaba abrazando a la madre de Jack y solo estaba dispuesta a dejar que Jack entrara en ella por ella. Siempre estaba allí cuando Jack empezaba, sus dedos inquietos le daban a Irina el placer que le faltaba con Jack, y más tarde, cuando ya había soportado ser follada varias veces, eran siempre esos dedos inquietos los que la ponían cachonda y lujuriosa, de modo que cuando tenía un orgasmo ni siquiera se daba cuenta de que Jack eyaculaba dentro de ella, rociando su semen profundamente en su interior.

Jack montó a Irina sin decir palabra mientras ella estaba borracha. Ella tomó su pene dentro de ella con completa compostura y casi indiferencia; no era demasiado grande ni nada, pero no tuvo un orgasmo con el acto sexual. Su madre la probó; sus suaves dedos la excitaron y la prepararon. Al principio, ella lo dejó penetrarla con indiferencia y con calma retiró su pene antes de que eyaculara. Irina lo masturbó muy lentamente con su mano, dejándolo sufrir durante un largo rato, girando ocasionalmente la punta de su pulgar sobre su glande. Jack seguía enderezándose y empujando sus caderas hacia adelante para que su pene estuviera muy cerca del rostro de Irina. Ella miraba boquiabierta, como hipnotizada, su glande y la abertura por donde estaba a punto de eyacular, y continuó frotándolo lentamente hasta que eyaculó. Los primeros chorros de su semen le dieron en la cara y en la boca abierta, luego ella dirigió su pene hacia sus pechos, donde terminó de eyacular.

Su madre inmediatamente le dio a Irina un trago de aguardiente para que pudiera tragarse el semen y se frotó el resto en los pechos. Jack se volvió cada vez más hábil, sosteniendo suavemente su cabeza mientras eyaculaba y guiando cuidadosamente su glande en la boca de Irina. Irina continuó masturbándolo, dejando que eyaculara todo, absolutamente todo, en su boca. El aguardiente siempre estaba disponible, e Irina se lo tragaba todo de un trago. Por lo general, después del sexo y la eyaculación en su boca, todavía era codiciosa e increíblemente cachonda, y rápidamente se masturbaba con el pulgar. Jack, por su parte, podía abrazar a Irina sin fin, tocándola y acariciándola por todas partes y disfrutando de su cuerpo juvenil. No tenían que decir una palabra; cuando su pene se ponía erecto de nuevo, Irina, con la vista borrosa, se tumbaba boca arriba y abría las piernas, ansiosa por recibir a Jack dentro de ella. Después de eso, ella se lo hacía a Jack con la mano y voluntariamente dejaba que se lo rociara profundamente en su boca; Siempre había un buen chupito de aguardiente para acompañarlo.

El alcohol excitó cada vez más a Irina mientras la madre de Jack la penetraba con los dedos en el clítoris, y pronto tuvo problemas para calcular el momento adecuado para retirarse. Perdía el momento cada vez con más frecuencia, el enorme pene de Jack permanecía dentro de ella durante más y más tiempo, y finalmente se concentró solo en su propia lujuria y deseo. La madre de Jack la llevó al orgasmo con dedos que giraban mientras Jack la penetraba, eyaculando cada vez que se corría. Al llegar al orgasmo, abrió las piernas como una rana, estirando sus piernas dobladas de par en par, permitiendo que la madre de Jack le masturbara el clítoris sin interrupción. Sonrió con una expresión distorsionada mientras Jack y ella alcanzaban el clímax con espasmos salvajes y eyaculaciones violentas. Ya no necesitaba el pulgar; tenía a Jack. La madre de Jack los observaba, orgullosa de lo bien que lo estaba haciendo Jack.

Los días pasaron volando, y Jack se sintió muy deprimido cuando Irina se marchó.

Señorita Janet

von Jack Faber © 2004

Debió ser en el verano del 67 cuando empezó a circular entre nosotros, los muchachos, el rumor de que durante la temporada de festivales, las mujeres codiciosas y cachondas buscaban chicos dispuestos y cachondos entre los lugareños; así que cualquiera que fuera alguien se quedaba merodeando con aspecto lascivo a las salidas de las gasolineras, merodeaba cerca de los hoteles o hacía gala de su físico atlético y juvenil en la playa. Yo siempre he ido por mi cuenta, así que pasé unos días merodeando por la estación de tren, ya que ni Babsi ni Evi estaban disponibles.

Puedes reírte, tienes razón: no tuve ningún éxito. Hasta que un día, no solo bajaron del tren ancianos jubilados y miembros del elenco agobiados, sino también una mujer estadounidense bajita pero guapa. Me quedé de pie, con ganas de sexo pero cobarde, al fondo de la sala de espera, observándola mientras forcejeaba con sus maletas, le preguntaba algo al jefe de estación y recibía a cambio encogimientos de hombros desconcertados; al fin y al cabo, casi nadie hablaba inglés por aquel entonces.

Vi mi oportunidad. El cobarde se acercó y, sin siquiera mirar a la señora, le preguntó cortésmente al jefe de estación si podía ayudarla. El jefe de estación murmuró que no la había entendido, así que tomé la iniciativa. Sí, estaba buscando un hotel y le habían recomendado el ANKER. El jefe de estación murmuró que era un lugar bastante destartalado y que le convendría más probar el HERMES o el TERMINUS. Le traduje textualmente que el ANKER también estaba bastante bien, según la opinión del oficial, y que con gusto la acompañaría; estaba a la vuelta de la esquina.

La señora me dio las gracias y me dijo su nombre, que desde entonces he olvidado: la señorita Janet, algo así. Era muy bajita, tal vez de 1,50 metros, y de mediana edad, sin duda de 35 o 40 años. Me pareció que tenía alguna deformidad; sí, eso era: tenía la cabeza muy baja entre los hombros, el torso le parecía demasiado corto y las piernas muy, muy largas pero delgadas. No había tiempo para observarla más, así que caminé delante de aquella pequeña y delicada figura, cargando la maleta más grande. Después de unos

minutos, llegamos al ANKER. Se quedó impactada porque realmente era una pocilga, pero corrí al patio trasero y busqué a la anciana sorda que alquilaba la habitación. Subimos las escaleras con paso pesado, cargué el equipaje y estaba a punto de despedirme.

Me invitó a quedarme, y mientras deshacía la maleta y se afanaba, parloteaba sin parar, contándome cosas de su casa. Me ofreció una limonada, fumamos sus Lucky Strikes, y ella seguía parloteando como una niña. La observé con más detenimiento. En efecto, tenía un torso diminuto y piernas muy largas; su cuello era tan corto que su cabeza quedaba escondida entre sus hombros encorvados. Me pareció que tenía una pequeña joroba. Sus piernas delgadas y largas, que llegaban bastante alto, me asombraron; tenía algo de flamenco. Era profesora en una escuela de arte, donde enseñaba dibujo anatómico a jóvenes aspirantes a pintores. Y así sucesivamente. Después de una hora, me dejó ir, pero al marcharme, me preguntó si podía volver al día siguiente. Quería dibujarme.

Estaba confundido porque no sabía exactamente qué significaba eso; pero ella sonrió muy amablemente y dijo que sí por mí. Luego me fui y regresé al día siguiente, como ella había dicho.

Primero, tuve que aclarar algunos malentendidos entre ella y la casera; no, ella quería un desayuno diferente. Me sentí aliviado cuando, tras mediar un poco, logré bajar el precio y, a cambio, cancelaron el desayuno. ¡La señorita Janet o Jeanette me susurró que el desayuno era incomible! Pero entonces surgió un nuevo problema.

La señorita Janet había perdido o extraviado su cupón para las entradas del festival; ahora decía que ya estaba allí y que no podía irse sin verlo, y me preguntó si tal vez podría conseguirle algunas entradas. Negué con la cabeza y le dije que las funciones solían agotarse con meses de antelación. Conocía a Charly, que dirigía un próspero mercado negro de entradas, pero me lo guardé para mí. No me creí ni una palabra de su historia del cupón; no estoy loco.

Bebí mi limonada y lo pensé, diciendo en voz alta que tal vez lo intentaría. Ella dijo que estaba segura de que podría conseguir algunas cartas, sí, debería conseguir dos, una para ella y otra para mí. Su mano descansaba confiadamente sobre mi muslo. Bebimos limonada fría y fumamos sus Lucky Strikes.

Entonces me dijo que ya podía desvestirme. —¡¿Perdón, qué?! Sonrió dulcemente, abrió su gran carpeta y sacó unas hojas de papel: «¡Mira, así es como dibujo!». Miré y no vi más que hombres y mujeres desnudos, garabateados en todo tipo de poses, algunos a medio terminar. Era evidente que era una genio, porque los dibujos eran asombrosamente perfectos, la lujuria y la excitación de las personas representadas eran tan reales que me estremecí. La representación de los genitales femeninos y masculinos era increíblemente precisa y realista; los penes eyaculando y las vaginas abiertas y excitadas estaban en plena acción. En algunos bocetos, los penes y las vaginas se fusionaban de forma tan realista que se podía ver la eyaculación dentro de la vagina como si una cámara en miniatura la hubiera grabado. Volvió a sonreír y me dijo que me quedara allí junto a la ventana, desnudo, y mirara hacia afuera.

Me sentí avergonzado. Había mencionado el dibujo, pero nunca habló de desnudez. Sin embargo, su mirada tenía algo hipnótico, y además, los dibujos de desnudos que había visto antes me habían excitado mucho. Dudé un buen rato, no quería saber nada al respecto, pero ella insistió hasta que, a regañadientes, dejé caer mi camisa, luego mis pantalones, y me quedé allí en ropa interior. Me colocó junto a la ventana, me tomó la cabeza y la giró para que mirara hacia afuera, y me indicó cómo levantar los hombros y presentar el pie.

Luego se sentó a la mesa durante un buen rato, llenando una hoja tras otra con dibujos, tirándolas sobre la cama o el suelo para empezar otra. Al cabo de un rato, me sentía bastante cansado y apático por la postura incómoda. Dejó su cuaderno y su lápiz y se acercó a mí. Me acarició suavemente el brazo, me agarró la cintura del pantalón y, con un tirón rápido, me bajó los calzoncillos, dejando mi pene al descubierto.

Me estremecí e intenté ocultarlo con las manos, pero ella me dijo que me quitara la ropa interior y luego me apartó las manos. Sonrió, me miró y negó con la cabeza en señal de desaprobación, diciendo que no pasaba nada. Me examinó con atención, volvió a colocar su peso sobre mis hombros y caderas, adelantó una pierna y, sin pudor alguno, levantó mi pene, echándole un vistazo fugaz cuando el glande emergió del prepucio.

Se sentó de nuevo y dibujó, larga y concentradamente. Yo permanecí de pie, cada vez más cansado, y mi pene pronto se rindió, colgando sin fuerza. Pero ahora ya casi no tenía miedo de estar allí desnudo. Varias veces se levantó, se acercó a mí y me cambió de posición; volvió a levantar mi pene y lo acarició con firmeza varias veces hasta que se puso erecto de nuevo. Lo acarició brevemente para no dar la impresión de que se estaba masturbando, y como estaba bastante húmedo, lo secó con la palma de la mano, luego se sentó y continuó dibujando.

Hizo una pausa, se acercó a mí y me miró con expresión interrogante; estaba tan avergonzado que no supe qué decir y simplemente negué con la cabeza. Sostuvo el glande de mi pene flácido en su mano y me observó durante un largo instante, evaluándome, acariciándolo suavemente con las yemas de los dedos hasta que volvió a estar completamente erecto. Todo el tiempo, me sonrió a los ojos, llenos de desesperación. Una y otra vez, sonriendo, pasó el pulgar por el glande, y de nuevo salió una pequeña gota.

La señorita Janet intuyó que estaba a punto de eyacular y sonrió sutilmente. Luego, con un movimiento sorprendentemente rápido, le retrajo el prepucio dos o tres veces. Se inclinó y comenzó a masturbarme con una expresión completamente seria y sin ninguna inhibición. Me masturbó incansablemente, deteniéndose ocasionalmente para estimular el glande con el pulgar. Me masturbó con firmeza, a veces mirándome para ver si estaba a punto de correrse.

Pero me contuve durante un buen rato y disfruté masturbándome. Cuando mi pene empezó a palpitar, ella frotó con fuerza y dejó salir el chorro espeso, frotando cada vez más despacio mientras yo seguía eyaculando, hasta que la última gota se derramó y goteó al suelo como a cámara lenta. Ella sonrió y asintió, secó todo con un pañuelo y limpió la punta de mi pene.

Mi pene seguía bastante rígido. Una vez más, lo amasó con suave presión, murmurando que, si bien necesitaba que estuviera erecto, no debía atormentarme; por eso hacíamos esto. Tras una breve pausa, me masturbó de nuevo, esta vez con mucha delicadeza. Cuando volvió a estar rígido, pareció satisfecha con el resultado, pues se sentó de nuevo a dibujar sin decir palabra. Cuando se

le bajó la erección, no se levantó, sino que siguió dibujando con concentración, apenas mirándome.

Después de media hora, dijo que ya era suficiente, que era la hora del almuerzo. Me vestí y estaba a punto de irme, pero me llamó. Obedientemente, volví a la puerta y volvió a mencionar las entradas. Le dije que era increíblemente difícil conseguir entradas ahora, y que seguramente solo costarían el doble. Me dio el dinero sin pestañear y dijo que tenía que ir sí o sí al espectáculo, ¡hoy o mañana! Se acercó mucho, me miró y me tocó los pantalones con la mano, justo en el pene: ¡Te va a gustar si lo consigues!

Mientras salía corriendo, mis pensamientos se aceleraron. ¿Qué me había prometido? ¿Cuál era exactamente la recompensa, qué obtendría? ¡Ah, seguro que quería decir que podía follarla! ¡Por supuesto, absolutamente, porque debió haberse excitado muchísimo después de hacerme correr mientras posaba, después de jugar con mi glande! Impulsado por este pensamiento, me apresuré a subir a la moto, conduje como un loco hasta Charly's, quien enseguida se rió y dijo que las entradas para esta noche costaban una fortuna. ¡No, Charly, no digas tonterías, necesito dos entradas desesperadamente! Prolongó la negociación durante un buen rato y luego dijo su precio, que aún era más bajo que el que le había dicho a la estadounidense. Vale, dije, eres un estafador, ¡pero las necesito! Así que conseguí las entradas y volví al ANKER.

La señora —Janet, Joanne o Jeanette, no recuerdo— se alegró de mi éxito y me enseñó algunos dibujos que había hecho esa tarde. Dibujaba maravillosamente; me quedé maravillado al contemplar cada imagen. Vi a un joven desnudo asomándose desde una celda hacia el bosque, donde la figura de una mujer brillaba indistintamente entre los árboles... Fingí asombro y admiración, pero no reconocí a nadie en el dibujo. Sobre todo a mí mismo, porque no tenía un pene tan largo y erecto como el de aquel joven dios encarcelado.

Entonces dije que la función comenzaba en media hora. Se puso nerviosa y buscó este vestido y aquel, casi deshizo todas las maletas, y luego descartó la idea de ponerse una cosa u otra. Me desesperé porque las manecillas de mi reloj seguían avanzando. Entonces dijo que se pondría este. Quise salir, pero se rió a carcajadas y dijo: "Siéntate ahí". Así que me senté en la silla, mirando fijamente

por la ventana, mientras ella se desvestía por completo, libremente y sin ninguna inhibición, revelándose a sí misma y su parte delantera desnuda, ocultando avergonzada su joroba, seleccionando y descartando prendas de ropa con indecisión. Observó de reojo que estaba cautivado por su desnudez, y me pareció que secretamente lo disfrutaba. Avergonzado, miré de reojo su pequeño y raquítico cuerpo. Miré sus pequeños y caídos senos y su vulva. Solo un pequeño vello negro, del tamaño de una uña, se alzaba sobre su pliegue púbico; toda la zona alrededor de su vulva estaba completamente depilada y eróticamente desnuda, dejando al descubierto sus grandes labios menores oscuros. Podía ver claramente su clítoris en el pliegue; o bien Missy Janet ya estaba muy excitada, o su clítoris era bastante grande; en cualquier caso, me cautivó. Pero no me atreví a mirar más.

La actuación duró mucho, aplaudimos con entusiasmo y ella me tomó del brazo mientras caminábamos de regreso al ANKER. Mi corazón latía con fuerza mientras esperaba ver cuál sería mi recompensa. Pero ella, al parecer, lo había olvidado. Solo hablaba de lo hambrienta que estaba, de que no había comido en todo el día. Mencioné torpemente, casi como si fuera una ocurrencia tardía, que había conseguido las entradas, que había conducido hasta el otro lado de la ciudad para comprarlas y que ella me había dicho que le compraría algo. Pero parecía no escucharme, me puso unos billetes en la mano y me dijo que, por favor, comprara algo de comer. Preferiblemente pollo.

Así que volví a subirme a mi bici, di vueltas por aquí y por allá, pero no encontré pollo por ningún lado. Solo después de una hora logré comprar un trozo de pollo a la parrilla con patatas fritas en un pequeño pueblo cercano, me compré una Coca-Cola y regresé.

En el ANKER ya reinaba el silencio. Subí las escaleras en silencio y llamé a la puerta. Un suave “¿Quién es?” salió de ella. Le dije que era yo, ¡y que también tenía pollo! Abrió la puerta. Al parecer, ya se había acostado, pues solo llevaba un camisón de seda (un negligé, como supe después) sin nada debajo. Tenía la cara roja y me quedé mirando su cuerpo, que se marcaba claramente a través del camisón con la luz de la habitación. Su excitación era evidente; al parecer, la había interrumpido “en pleno acto”.

—Pasa —dijo—, ¿qué trajiste? —Después de una pausa, añadió —: ¡Pensé que te habías escapado con el dinero, ya que no habías vuelto en tanto tiempo! —Luego se sentó en el borde de la cama y miró dentro de la bolsa de papel—. ¡Oh, un pollo asado, papas fritas y una Coca-Cola! ¡Qué amable de tu parte! ¡Ven, siéntate a mi lado!

Me senté allí, sudando en la calurosa noche de verano, observándola de reojo. Había dado un bocado al pollo, tenía unas patatas fritas en la boca y masticaba, ofreciéndome algunas de vez en cuando. Abrí la lata de refresco y la coloqué delante de ella; al volver, mi mano rozó su brazo desnudo. Se dio cuenta, porque me miró y me dedicó una extraña sonrisa. Al cabo de un rato, me preguntó si quería, masticando con avidez su pollo y acariciándome la cara con el dorso de la mano. Negué con la cabeza, porque no tenía hambre.

Me senté a su lado, con la cabeza ligeramente inclinada, pensando en cómo proceder; el tiempo apremiaba, ¡tenía que estar en casa a más tardar a medianoche! ¡Quería acostarme con ella, costara lo que costara! Al cabo de un rato, con cautela le tomé el brazo y lo acaricié. Ella sonrió. Le acaricié los hombros, evitando su joroba; ella sonrió imperceptiblemente. Mi mano descendió con timidez, deteniéndose en su axila, y luego se deslizó con cuidado hacia su pecho.

Jeanne —o Janet, como fuera— me miró con una sonrisa y siguió masticando. Me detuve, sin saber qué hacer. Se dio la vuelta, se recostó sobre las almohadas y apoyó una pierna en la cama, justo a mi lado, de modo que su vestido de seda se subió; incluso cuando la miré fijamente a los ojos, no pude evitar ver su vulva, su hendidura. Sonrió, mordiendo y masticando el maldito pollo. Finalmente, no pude sostener la mirada por más tiempo; la dejé caer cada vez más abajo, contemplando profundamente y durante un largo rato su secreto.

Me quedé completamente fascinado, porque su vagina estaba cubierta por unos labios desproporcionadamente grandes que colgaban a los lados como crestas de gallo flácidas. No podía ver mucho, pero alcancé a vislumbrar el clítoris rosado y turgente que sobresalía. No pude resistirme más; con vacilación, extendí la mano

y acaricié sus muslos, los rizos de su vello púbico; luego me desabroché los pantalones y saqué mi erección.

Janet rió suavemente y ladeó la rodilla por completo, abriendo su vulva voluntariamente, y yo me recosté sobre sus piernas, completamente vestido. Guié mi pene con la mano hacia su vulva, pero no pude llegar muy lejos porque estaba completamente retorcido. Al principio, la situación me incomodó: la delicada y menuda mujer, tumbada desnuda boca arriba con una camisa de seda, sosteniendo y masticando una pata de pollo, mientras un hombre alto y estúpido del lugar intentaba en vano follársela.

Después de eso, me molestó cada vez menos; me concentré en mi placer y empujé mi pene cada vez más hacia adelante con la mano, pero no podía llegar lo suficientemente lejos porque ella estaba recostada y yo estaba sentado en un ángulo muy incómodo. Ella masticaba y masticaba, sonriéndome constantemente, mientras yo luchaba en vano, tirando de mi pobre pene.

La señorita Janet dejó la pata de pollo roída y se giró hacia mí. Metiendo la mano entre sus muslos, agarró mi pene y me atrajo hacia ella. La seguí, estirándome y luego arrodillándome en la cama, justo frente a su vagina. Sujetó mi pene con fuerza y comenzó a frotarlo contra su clítoris y la abertura vaginal, pero no lo introdujo; de hecho, me apartó cuando lo intenté. Lo frotó con firmeza contra sus labios, luego contra su clítoris, y luego solo contra su clítoris, de un lado a otro, de arriba abajo. Fue tan excitante que sentí que estaba a punto de eyacular.

Presioné y presioné hacia adelante, pero no pude vencer su desafiante resistencia. Me empujó sobre mi espalda y balanceó sus piernas sobre mí hasta quedar a horcajadas sobre mí. Con un movimiento rápido, se quitó el camisón y lo tiró al suelo. Luego se incorporó y guió mi glande —¡y solo el glande!— hacia su vagina. Cerró los ojos y comenzó a masturbarse con un dedo. Mantuvo mi glande cautivo con su vagina y se masturbó durante mucho tiempo. Observé cada movimiento y sentí el espasmo de su vagina con mi glande. Echó la cabeza hacia atrás y tuvo un orgasmo, su vagina bombeando sobre mi glande, y con un suave gemido, se dejó caer sobre mi pene, sobre mi pecho.

La agarré rápidamente y la tumbé boca arriba. Le separé las piernas, le eché un vistazo rápido a su vulva palpitante y abierta, y me metí dentro. Con embestidas firmes y profundas, la follé, con la mirada fija en su rostro y sus ojos cerrados. Sentí que inmediatamente empezó a bombear violentamente, una y otra vez. Pero aunque la estaba follando fiel y devotamente, no podía llegar al clímax debido a este intenso bombeo. Y justo en medio de sus convulsiones de bombeo, me corrí, sujetándole las nalgas y eyaculando hasta que no quedó nada. El aire olía a pollo, semen y vainilla mientras mi polla se volvía flácida. Entonces, jadeando, me senté y metí mi polla mojada en mis pantalones.

—No voy a tener hijos —dijo de repente—, pero necesito ducharme. Entró en la ducha y cerró la puerta, pero esta seguía abriéndose sola. Maldijo con rabia cuando se abrió un poco, y luego se duchó. Como el agua no paraba de correr, me levanté, me acerqué sigilosamente a la puerta y me asomé por la rendija. Estaba en cuclillas como una rana, con las piernas abiertas, sobre el chorro de agua, con la cara vuelta hacia la puerta. Vi que se estaba masturbando con la cabeza hacia abajo, dirigiendo el agua hacia su vulva con una mano mientras con la otra la movía de un lado a otro sobre su clítoris. Pero ya había terminado; se acurrucó en cuclillas y jadeó suavemente, sus nalgas mojadas y su vulva desnuda subiendo y bajando rápidamente como el abdomen de una avispa. Después de lo que pareció una eternidad, levantó la vista y me vio allí de pie, mirándola fijamente.

Se sonrojó intensamente, salió de la ducha, cogió una toalla, se secó y me miró fijamente a la cara. Provocativamente, apoyó una pierna en el borde de la silla de baño, dejando al descubierto sus genitales, y se secó de nuevo. Me miró una vez más y sonrió, aunque su rostro seguía rojo como un tomate. Bajé la mirada, avergonzado, y dije que ya era muy tarde y que tenía que irme a casa. «Pero vendrás mañana por la tarde», preguntó, «íbamos a continuar con la sesión de fotos, ¿no?». Le dije que sí y me marché rápidamente. En realidad, no estaba seguro de querer volver.

Al día siguiente dormí hasta el mediodía. Sin embargo, no dejaba de pensar en la señorita Janet; era su último día y se marcharía mañana por la mañana. Hacia el mediodía me inquieté y, con las orejas rojas y la entrepierna ardiendo, me dirigí al ancla, caminé inquieto y luego subí sigilosamente las escaleras.

La señorita Janet me dijo “adelante” cuando llamé a la puerta. Estaba sentada en la silla, vestida solo con un camisón, con su cuaderno de bocetos apoyado en las rodillas, trabajando. Me senté en silencio en la segunda silla y esperé. Hoy se veía realmente hermosa, y la contemplé durante un largo y penetrante instante. Estaba completamente desnuda bajo el delicado camisón, y en su concentración, no le importaba si yo podía verla o cuánto podía verla, que era todo. La ceniza de su cigarrillo cayó sobre su pierna, pero ella continuó dibujando, ajena tanto a la ceniza como a mí. Me mostró el dibujo; ¡era realmente hermoso! Un fauno musculoso —afortunadamente no yo— yacía en un claro del bosque, con su grueso y curvo pene dentro de una pequeña hada que se retorcía a su alrededor con excitación. Un dibujo magnífico, increíblemente sexy.

Janet notó que la miraba fijamente entre los muslos y, algo irritada, cerró las piernas. La miré; tenía una expresión muy triste. Tras un largo silencio, dijo en voz baja que no es frecuente encontrar un marido así —señaló su espalda encorvada—. Me sobresalté y remé contra la corriente lo mejor que pude a mis diecinueve años; pero la señorita Janet seguía triste.

Después de un rato, dijo que la luz era favorable y que debía posar de nuevo. Ya no tan tímido como el día anterior, me desvestí y me paré junto a la ventana. Ella volvió a mí, me giró de un lado a otro y luego rápidamente comenzó a dibujar de nuevo. Tiraba descuidadamente hoja tras hoja de papel al suelo y comenzaba de nuevo, como poseída. Se levantaba constantemente para corregir mi postura; ahora, con toda naturalidad, extendió la mano hacia mi pene y volvió a estimular el glande con el pulgar hasta que estuvo completamente erecto. De nuevo me giró de un lado a otro, moviendo mis hombros y caderas, tirando repetidamente de mi pene hacia arriba, agarrando mis testículos y mirándome con los ojos muy abiertos, ya que palpitaba intensamente.

Me controlé, aunque sus suaves caricias, ligeras como el aleteo de una mariposa, casi me volvían loco. Sonrió y dijo que parecía que iba a escupir otra vez (sí, escupir, dijo). Se apretó contra mí y me miró fijamente a los ojos, su mirada inquietante y misteriosa, luego su muñeca se movió rápidamente hacia arriba y hacia abajo, me masturbó con la misma destreza de ayer, y dejó salir un chorro espeso y blanco. Frotó lentamente hasta la última gota.

Me dejó descansar un buen rato y luego siguió dibujando con tenacidad, creando cuerpos magníficos en el papel. Finalmente, volvió a acercarse a mí y me acarició durante minutos hasta que volví a estar duro y erecto. Hizo más dibujos y, entretanto, me hizo ponerme en cuclillas y agarrarme el pene con una mano; sí, agarrarlo bien, asegurarme de que se mantuviera rígido, y así fue, porque lo apreté y lo amasé suavemente. Luego se acercó de nuevo y me liberó de esa posición incómoda y agotadora. «Acuéstate en la cama», dijo, «completamente relajado y suelto, ¡quédate ahí tumbado como si estuvieras muerto!».

Así que allí yacía, como muerto, mientras ella se sentaba en la silla, dibujando página tras página. Debieron haber pasado horas; mi pene colgaba flácido a un lado desde hacía rato. Janet se inclinó hacia adelante y acarició suavemente mis ingles, mis muslos internos y mis testículos, rozando ligeramente mi pene, que entonces volvió a ponerse erecto. Pero ya no quería seguir allí tumbado como un cadáver. Así que me moví un poco hacia un lado, giré la cabeza y la miré. Extendí una mano y le toqué la rodilla, apartándola suavemente y mirando hacia arriba, por debajo de su camisón. Se detuvo, y entonces vio cómo mi pene se ponía erecto de nuevo mientras yo miraba entre sus muslos. Sonrió levemente, y luego, con decisión, se quitó el camisón por encima de la cabeza y lo dejó caer descuidadamente al suelo.

Ahora dibujaba desnuda, con las piernas abiertas, dejándome verlo todo. La miré y la miré y me excité muchísimo; mi pene no necesitó ningún estímulo para ponerse duro: se mantuvo erecto como un soldado y pronto empezó a latir con la fuerza de mi corazón. Janet siguió dibujando, posando un poco y excitándome aún más, mirando repetidamente mi pene palpitante. Pude ver que ella también se estaba excitando, y sentí que estaba a punto de correrse. Unas pequeñas gotas se desprendieron de la punta de mi glande y resbalaron lentamente por el tronco. La señorita Janet dejó su bloc y su lápiz y se arrodilló a mi lado.

Su mano acarició mi pene con mucha delicadeza, evitando masturbarme. Al mismo tiempo, se acariciaba el pecho con la otra mano. Ahora podía sentir mi pene palpitando y poniéndose duro como una roca. Se incorporó y luego se puso en cuclillas sobre mí como una araña, su vulva rozando la punta húmeda. Quise empujar hacia arriba desde abajo, pero ella se echó hacia atrás, agarró

mi pene y lo frotó contra la parte exterior de su vulva. Suspiró ruidosamente mientras primero se frotaba el clítoris con la punta, luego bajó la mirada entre sus piernas y, con creciente concentración y rapidez, se acarició el clítoris con la punta.

Empujé y empujé hacia adelante, desafiando su resistencia y penetrándola lentamente, mi semen ya brotando sobre su clítoris, labios y vagina. Janet cerró los ojos y se dejó caer lentamente sobre mí, enterrando mi pene dentro de ella. Su vagina se abrió suavemente, completamente abierta, luego sumergió sus nalgas varias veces, frotando su clítoris una y otra vez hasta que el chorro cesó por completo. Ella solo llegó al orgasmo después de una larga sesión de masturbación; sentí el bombeo y los espasmos con mi pene flácido aún dentro de ella.

Mientras ella sacaba suavemente mi pene flácido y este se deslizaba sin peso, me quedé dormido, exhausto. Al despertar, nos abrazamos y nos besamos. Hablamos de esto y aquello, dejé que mi mano se deslizara entre sus muslos y la acaricié, pero ella se apartó inmediatamente cuando hice movimientos de masturbación evidentes. Entonces le pregunté directamente si no le gustaría masturbarse con y delante de su amante. Se sonrojó, abrió mucho los ojos y negó con la cabeza. Le dije que la había visto en la ducha el día anterior, así que ¿por qué no?

Permaneció en silencio durante un buen rato. Luego dijo que era mucho mayor que yo y que se sentía cohibida por ello, en parte porque «en nuestra cultura» era algo muy íntimo y aún éramos desconocidas. Hizo una pausa y, tras un breve silencio, dijo que era fea. Me negué a aceptarlo y le dije que la había visto masturbándose ayer y antes en la cama teniendo relaciones sexuales, ¡y que había sido hermosa, realmente preciosa!

La señorita Janet se sonrojó cuando la piropeé y evitó el contacto visual. La abracé con ternura y le dije que se veía mucho más hermosa en la cama, durante el sexo, que otras mujeres con las que me había acostado. Se sonrojó aún más, contuvo las lágrimas y nos abrazamos durante un buen rato hasta que tuve que irme a casa.

A la mañana siguiente llegué a casa de Janet demasiado temprano, más de una hora antes de lo previsto. Ya había hecho la ma-

leta y estaba sentada al borde de la cama, lista para irse. La besé, más que un saludo, fue un beso apasionado y una intensa sesión de besos en la cama. Me agarró del antebrazo y miró el reloj. “¿Te gustaría un rapidito?”, susurró, y como no conocía la palabra y no respondí, se echó hacia atrás y, aún vestida, se subió la falda de verano. “¿Rapidito?”, preguntó de nuevo, sonriendo mientras se apartaba las bragas. Lentamente deslicé mi pene en su vagina y follamos, gritando de placer. Después de correr, me puse en cuclillas sobre mis talones y contemplé su vulva palpitante.

Janet mantuvo los ojos cerrados; no había podido llegar al orgasmo durante el sexo y seguía muy excitada. «Puedes mirar», susurró entonces. Empezó a masturbarse durante un buen rato, con los ojos cerrados. Observé fijamente su clítoris, que ahora, después del sexo, parecía solo semierecto. Pero ahora, durante la masturbación, se puso visiblemente duro, grueso y muy grande, casi tan grande como la mitad de mi dedo meñique. Movía incansablemente el dedo en círculos sobre su clítoris rígido, a veces introduciéndolo en su vagina para humedecerlo. Tras una masturbación interminable, llegó al orgasmo; su clítoris se contrajo repetidamente hacia arriba donde lo tocaba suavemente. Su bajo vientre se movió, su vagina se contrajo y movió las piernas, para luego quedarse completamente quieta. Cuando abrió los ojos y me miró con una sonrisa radiante y feliz, nos besamos durante un buen rato. Después la llevé a la estación de tren y le deslicé una nota con mi dirección.

Aunque hoy no veo mi papel de entonces con tanto orgullo, creo que ella fue feliz, al menos por unos minutos. Pensé en ella a menudo y durante mucho tiempo después; tenía mi dirección, pero nunca me escribió, así que su imagen se fue desvaneciendo poco a poco de mi mente.

Los cómplices

von Jack Faber © 2020

Monika era una de las chicas más guapas de nuestra clase de dieciséis años. Delgada, con rasgos elegantes, ojos expresivos y unos pechos hermosos y virginales, que lucía con bastante descaro bajo blusas transparentes, invitando a la admiración. Se había incorporado a nuestro colegio ese mismo año procedente de un internado de monjas; sus padres eran agentes inmobiliarios adinerados y exitosos, además de arquitectos galardonados con oficinas en todo el país. Todas querían ser amigas de esta chica distante; dejaba que la multitud de chicas que la adoraban se le acercaran, mientras que los chicos no tenían ninguna posibilidad. Lo sabía instintivamente y no participé en esa competencia indigna. Así que, ¡qué sorpresa me llevé cuando empezó a cortejarme enseguida! Al principio, solo charlábamos un poco, luego teníamos conversaciones serias durante los recreos, y más tarde, me acompañaba a casa. Me mantuve reservado, sin entender por qué yo en particular. Sin embargo, yo era el único que tenía a su Isabella en casa y no estaba haciendo el típico baile de pavo real adolescente bajo la presión de las hormonas.

Monika estaba feliz de que la acompañaran a casa y me invitó a pasar. Sus padres habían estado trabajando en la ciudad hasta tarde. Monika tenía una habitación grande y hermosa en esa casa grande y decorada con buen gusto. Bueno, una cosa llevó a la otra, y pronto estábamos sentados desnudos en su cama. Nos besamos y nos abrazamos sin parar; Monika estaba desesperada por tocar mi pene. No, no quería tener sexo. Acaricié su hermoso cuerpo, sus pechos vírgenes suavemente redondeados y su vulva, a la que inicialmente se resistió. Sin embargo, saboreó mi pene con sus labios y lengua y me hizo una paja. No, no en mi boca, eso era asqueroso. Después, la recosté suavemente boca arriba y busqué a ciegas su clítoris con mis dedos. Con una mano, se aseguró de que no tocara su vagina. No, no quería un dedo dentro de ella. Cuando estaba muy excitada, apartó mi mano y se masturbó salvajemente. Ella no se frotó el clítoris como Isa, sino que deslizó su dedo índice extendido de arriba abajo por el pliegue púbico a una velocidad vertiginosa, como si quisiera cortarse en dos, hasta alcanzar un orgasmo violento.

Seguimos abrazándonos y besándonos, y Monika quiso saber si tenía alguna fantasía que quisiera llevar a cabo. Ni siquiera esperó mi respuesta, sino que describió la suya. Ella sentaría a una chica en su regazo de espaldas a ella y la masturbaría por detrás con los dedos. Un hombre, es decir, yo, follaría a la chica al mismo tiempo. "¿Y bien, qué te parece?", preguntó, mirándome de reojo. Dije "eh, um" y asentí. ¿Qué más podía decir? Era solo una fantasía. Quería quedarme en la realidad y follar con Monika. "No, ahora no", protestó, y nos masturbamos sentados uno frente al otro.

Por supuesto, le conté todo a Isa esa noche, porque fue mi primer amor y no quería ocultarle nada. Naturalmente, todos los detalles —el cuerpo de Monika y nuestras escapadas— debían ser relatados fiel y minuciosamente, lo que, como siempre, la excitaba. "Isa", dije mientras descansábamos, "¿no se nos olvidó algo importante?". Me miró pensativa hasta que solté entre risas: "¡La cena!". Durante la cena, Isa comentó que era bueno que me acostara con chicas de mi edad, ya que ella siempre sería mi madre. "Ya es hora de que madures y empieces a acostarte con chicas de tu edad". Asentí, pero me sentí infeliz.

A partir de entonces, pasé mis tardes libres con Monika. Me permitía masturbarla a mi manera, al estilo de Isa. Por su reacción física, me daba cuenta de que lo disfrutaba mucho, incluso cuando la masturbaba varias veces seguidas. Ella, a su vez, seguía estimulando mi pene con sus labios y lengua antes de la masturbación manual, a veces incluso metiéndoselo entero en la boca, chupándolo y lamiéndolo, pero eyacular en su boca era impensable. Del mismo modo, todos mis intentos de tener relaciones sexuales con ella fracasaron.

Durante los recreos, me habló del internado, al principio con titubeos, cuando yo sacaba el tema. Durante el día, todo era un santuario, pero por la noche, los pequeños demonios se escabullían de cama en cama. Las 40 chicas del gran dormitorio se masturbaban, y las que no sabían cómo, lo aprendían allí de las demás. La mayoría se masturbaba sola, algunas en pareja. Cuando se masturbaba sola, lo hacía a su manera, como si estuviera serrando. A Monika le encantaba masturbar a otras chicas, pero ellas no querían eso, solo estimulación del clítoris. Muy pocas eran lo suficientemente hábiles como para satisfacerlas con estimulación del clítoris, que era algo común. Por lo tanto, ella conocía mi manera de masturbarle

el clítoris sola. Finalmente, nos sentamos una frente a la otra y nos observamos masturbarnos.

Una tarde, actuó de forma muy misteriosa. Me dio dos llaves: una de cobre para la puerta del jardín y otra de plata para la casa. Miró su elegante reloj de pulsera como si tuviera una cita y me dijo que fuera directamente a su casa al día siguiente a las dos en punto. Todo fue muy misterioso; no reveló nada más que me esperaba una sorpresa.

Al día siguiente, con la tensión de un duelo, abrí la puerta del jardín y la puerta principal justo a las dos en punto y subí a la habitación de Monika. Incluso en las escaleras, oí susurros y risitas suaves. Tras un breve golpe en la puerta, entré. Monika estaba sentada desnuda en el sofá con otra chica desnuda, ambas frente a mí. Monika dijo que eran Lisa y Elisabeth, y me las presentó. «Ven con nosotras», dijo Monika, indicándome que me desnudara. El caballero se despojó de su armadura en un instante y se dirigió hacia las chicas con la lanza erecta. Lisa se sentó de espaldas en el regazo de Monika, y yo me senté frente a ella en la alfombra, contemplando dos vaginas apiladas. Monika y Lisa charlaban animadamente, entonces me fijé en la botella de licor abierta y los dos vasos, lo que lo explicaba todo. Mientras examinaba detenidamente la desnudez de Lisa, Monika dijo que Lisa pronto cumpliría 14 años y que ese mismo día acababa de experimentar su primer orgasmo. Lisa asintió con entusiasmo y siguió parloteando, diciendo que hasta ahora solo se había frotado y acariciado un poco, que no se había atrevido a ir más allá. Pero Monika se lo había hecho hoy, de una forma completamente nueva, y había tenido su primer orgasmo. Lisa era un poco más baja que Monika, también delgada, y sus pequeños y puntiagudos senos apenas comenzaban a desarrollarse. Tenía muy poco vello púbico; sus labios menores y clítoris no eran visibles, solo su vulva grande y de un rojo brillante.

Tomé otro vaso y nos serví un poco. Bebimos, y Monika continuó interrogando a Lisa sobre con quién había jugado juegos eróticos, si alguna vez había visto a alguien masturbarse o tener sexo, etc. Preguntó con mucha habilidad, y Lisa, con las orejas enrojecidas, confesó hasta los detalles más delicados: una serie interminable de juegos de médicos con muchas chicas más jóvenes, hermanos masturbándose y niños del vecindario con los que espiaba a adultos teniendo sexo. La confesión duró al menos veinte minutos.

Monika escuchó atentamente y lo recordó todo. Luego se acomodó en el sofá. Lisa tuvo que sentarse de espaldas sobre su regazo de nuevo, y Monika extendió la mano de atrás hacia adelante, acariciando suavemente sus pechos y estómago, sus muslos y zona púbica. Más tarde, comenzó a masturbar a Lisa con mucha suavidad. Después de un rato, la sesión de preguntas y respuestas disminuyó, y Lisa cerró los ojos mientras su excitación se intensificaba. Me resultó muy excitante ver a Monika masturbar a Lisa a mi manera. Lisa había cerrado los ojos y estaba escuchando interiormente, a su propio deseo. Después de unos minutos, Monika me hizo una señal visual indicándome que ya podía tener relaciones sexuales con Lisa.

Me acerqué con una erección muy excitada. Monika frotó a Lisa con un dedo, levantó su pelvis para ofrecérmela en bandeja y separó sus labios con los otros dedos, ensanchando la abertura vaginal de Lisa. Guié mi glande hacia el vestíbulo de Lisa y me apoyé con ambas manos en sus hombros. Después de unos minutos, Lisa gimió y jadeó: "¡Sí, sí, ahora, estoy a punto de correr!" y la penetré. Sentí una leve resistencia cuando su himen se desgarró y eyaculó inmediatamente, pero continué embistiéndola. Cuando el orgasmo de Lisa estalló y se convulsionó y se retorció violentamente, me deslicé fuera de su vagina.

Lo volví a enchufar rápidamente y seguí como una locomotora. Podía sentir claramente las yemas de los dedos de Monika, explorando con curiosidad mi pene y los labios de Lisa mientras follábamos. Al mismo tiempo, ella le masturbaba el clítoris a Lisa. La abracé con fuerza y la apreté contra mi pecho, porque ahora venía el tramo final. Sentí el calor subir por mis ingles y, empujando salvajemente, me corrí profundamente dentro de Lisa. Ella dejó escapar un pequeño gemido contra mi pecho y tuvo un orgasmo salvaje. Me separé cuando mi pene se volvió flácido y me puse de pie.

Nos vestimos; Lisa no había sangrado nada, o al menos no visiblemente. Bailó alegremente en círculo y nos besó torpemente a ambos en la boca. "¡Tres orgasmos y mi primera vez, una primera vez maravillosa!", exclamó. Charlamos un rato, luego Monika acompañó a Lisa hasta la puerta. Cuando Monika regresó, inesperadamente me dio uno de sus hermosos, rápidos y espasmódicos besos franceses. "¿Te gustó?", preguntó, y se respondió a sí misma: "¡Sí, justo como lo había imaginado! ¡Gracias!". Después de

un rato, le pregunté si sabía que Lisa aún era virgen. “Por supuesto”, dijo, “quería tener su primera vez”. No sabía cómo Monika había seducido a la chica, pero lo había hecho a la perfección. Luego describió cómo había sentido mi eyaculación con las yemas de sus dedos. Le dije, probablemente por centésima vez, que quería tener sexo con ella ahora mismo, y la desvestí lentamente, llenándola de besos, aunque había dicho que no. Disfrutaba de la excitación que le producían los besos y las caricias, pero cuando intenté penetrarla suavemente, volvió a decir que no; solo quería que la masturbara. Disimulé mi decepción y le di un orgasmo hermoso y prolongado. Y no, no necesitaba una paja; lo haría de nuevo mañana. Monika dijo que la experiencia positiva de Lisa nos ayudaría con el reclutamiento. Susurramos durante un buen rato hasta que tuve que irme a casa.

Isa me esperaba con la cena lista y me dejó contarle mi historia. Hacía rato que habíamos terminado de comer, pero tuve que volver a empezar, Isa estaba tan emocionada que nos metimos en la cama sin siquiera lavar los platos. «¡Qué pillos sois!», dijo con una sonrisa, y tuve que contarle una vez más cómo me sentí cuando se rompió el himen de Lisa. Lo exageré tanto que Isa estaba pendiente de cada palabra, con la boca abierta. La noche fue desenfrenada.

Casi dos semanas después, Monika me puso las llaves en la mano y dijo: “A las dos”. Así que Linchen, Pauline, tuvo su primera vez, siguiendo el mismo patrón que Lisa antes. Después de que se fue, le pedí a Monika que tuviera sexo conmigo, pero se negó, como siempre. Más tarde, mientras nos recuperábamos de la actividad física, me ofreció un cigarrillo. Intenté fumar y dije: “Esta es mi primera vez”. Sonreímos con complicidad y le pregunté si traía vírgenes a propósito. “Por supuesto”, dijo, “son las únicas a las que puedes atraer con la perspectiva de su primera vez”. “¿Y te excita que tenga sexo con las chicas?” “Sí”, respondió, “tengo algo parecido a un orgasmo, pero sin estimulación del clítoris, y es muy, muy relajante, me da paz, de alguna manera. Una sensación indescriptible, por todo el cuerpo. El magnífico orgasmo pacificador”, bromeé con amargura. Era exasperante que Monika siguiera sin querer tener sexo conmigo.

Sabía lo injusto que era comparar su cuerpo con el de Isabella, que le doblaba la edad. Mis manos exploraban el joven cuerpo de Monika cada día, y pronto me reveló su secreto. Tenía una peque-

ña marca de nacimiento en forma de media luna en las nalgas, visible solo cuando las separaba. Por lo demás, era perfecta, de mi estatura y delgada como una caña. No tenía ni una pizca de grasa de más, sus nalgas suavemente redondeadas, sus brazos y piernas largos y delgados. Sus pechos eran hermosos, recordaban a las esculturas virginales de los escultores del Renacimiento italiano. Tenía dedos largos, delgados y encantadores que se aferraban firmemente durante las masturbaciones. El vello oscuro de las axilas y el pubis contrastaba maravillosamente con su piel clara y aterciopelada. Su cabello liso y oscuro enmarcaba su rostro y le llegaba casi hasta las caderas. Su rostro, con su nariz perfectamente recta, recordaba a las diosas griegas; sus labios eran suaves y carnosos durante nuestros encuentros, apretados con fuerza en la escuela. Lo más llamativo, sin embargo, eran sus ojos, brillantes e inteligentes. Eran de color azul claro o gris claro y contrastaban con su cabello oscuro. Incluso ahora, demostraba que algún día sería una figura imponente y elegante, una dama admirable.

Su vulva, con su monte de Venus de hermosa curvatura, era también de una belleza impresionante. El vello púbico oscuro, no demasiado abundante, formaba un triángulo perfecto sobre la hendidura. Los labios mayores tenían poco vello y eran bellamente redondeados, con los labios menores, ligeramente más oscuros, entre ellos, que solo pude ver al separar los labios mayores. Mientras que los labios menores de Isabella, con sus bordes dentados, parecían irregulares, los de Monika, con sus bordes lisos, parecían cortados con un bisturí. En la parte superior estaba el clítoris, que era más pequeño que el de Isabella.

Esta belleza estaba hecha para ser lamida. Al primer acercamiento, fingió castidad y modestia por un instante, pero enseguida me dejó continuar. Alcanzó el orgasmo enseguida, el cual pude prolongar con un cuidadoso trabajo de lengua, gracias al entrenamiento de Isabella. Monika contó después cómo lamer se había extendido como la pólvora por el dormitorio del internado. Confesó que siempre lo disfrutaba enormemente y que tenía los orgasmos más apasionados. Pronto descubrió a qué chica se le daba mejor lamer. Cuando le llegó la menstruación, solo se permitía ser lamida los días en que podía ducharse. También le encantaba lamerse a sí misma y disfrutaba especialmente viendo a la otra chica sufrir orgasmo tras orgasmo.

Nunca supe cuándo Monika tenía tiempo para reclutar. Esta vez solo tardé una semana en conseguir las llaves de nuevo. Justo a tiempo, subí sigilosamente las escaleras y entré en silencio en la habitación de Monika. Estaba sentada en la alfombra, mirando a una chica masturbarse. Dejé caer mi ropa en silencio y me senté a su lado. Conocía a la chica; era uno o dos años menor que nosotras, unos 14, y todos la llamaban Zora la Roja. Había llegado de Rusia de bebé, tenía el pelo rizado de un rojo fuego y era regordeta. A pesar de su juventud, tenía pechos grandes y firmes, algunos vellos púbicos rubios y una vagina realmente grande. Separó sus gruesos labios con una mano y se masturbó el clítoris de la misma manera que lo hacía Isa. Hizo un gorgoteo al llegar al orgasmo y abrió los ojos, luego se incorporó y dijo: “Te estábamos esperando”. No podía apartar la vista de mi erección, igual que yo no podía apartar la vista de sus labios carnosos. “¿Se conocen?” Monika preguntó, y yo dije: «Zora». «No», se rió, «me llamo Anna». Volviéndose hacia Monika, añadió: «Todos me llaman Zora la Roja, como la de la novela». Así que será mi primera rusa, pensé, aunque años después supe que su madre rubia era de Finlandia y su padre pelirrojo de Alemania.

Las chicas ya habían empezado con el licor, pero serví otro, y Monika entrevistó a Anna con un juego de preguntas y respuestas. Anna no tenía nada destacable que confesar, y Monika, a quien le rellené la copa dos veces, luchó valientemente contra su lengua trabada. Creo que fue en ese momento cuando decidí follarme a Monika hoy. Anna jugaba nerviosamente con sus labios, me froté el pene un par de veces y le dije a Monika: “¿Vamos?”. “Vale”, dijo y se sentó en el sofá. “Es mejor que te corras antes de que te folle”, le recordó a Anna, que estaba sentada de espaldas en su regazo. Me arrodillé frente a las dos y observé a Anna masturbarse. Monika la acariciaba, pero sobre todo, estaba provocando los hermosos y grandes pechos y pezones de la rusa. Sintió el alcohol y empezó a adormecerse.

Anna estaba sentada muy arriba, excitándose. Debajo de ella, pude ver la tentadora hendidura de Monika. Apunté con cuidado y penetré rápidamente en la vagina de Monika. En una fracción de segundo, sentí cómo mi glande desgarraba brutalmente el himen de Monika antes de eyacular mi semen profundamente dentro de su estrecha vagina. Empujé con un chorro, una y otra vez, ¡y Monika gritó! Hice una pausa, me deslicé hacia afuera, me enderecé y

entré en la vagina de la mujer rusa que se masturbaba vigorosamente. Tuve que empujar con fuerza dos o tres veces antes de que su terco himen finalmente se desgarrara, lo que ella reconoció con un pequeño grito. Luego arañé su estrecha vagina como una locomotora de vapor; ella se excitó cada vez más y tuvo un orgasmo poco espectacular. Se masturbó de nuevo, y yo empujé tan fuerte como pude. Anna obviamente tuvo un orgasmo muy leve y dos orgasmos antes de que yo eyaculara con fuerza. Me quedé flácido y nos separamos.

Monika y Anna se sentaron una al lado de la otra en el sofá, secándose las gotas de sangre con pañuelos. Me senté frente al espejo del tocador y bebí licor, presentiendo que me esperaban problemas terribles. Las chicas se vistieron y se sentaron a la mesita redonda. Tomé mi vaso y mi botella y me senté con ellas. Hablamos principalmente de la experiencia de Anna. Estaba agradecida porque lo había deseado mucho y porque Monika y yo habíamos hecho un buen trabajo. Ahora se sentía libre y podía tener sexo cuando quisiera. Monika la acompañó abajo hasta la puerta y regresó. Me senté en la alfombra; era nuestro lugar favorito. Dejó caer su vestido al suelo y se sentó a mi lado. Me abrazó y apoyó su mejilla contra la mía. Sentí sus lágrimas en mi rostro.

La abracé con todo el cariño que pude y le acaricié el pelo. Sus lágrimas corrían por mi pecho. La acaricié y, poco a poco, dejó de llorar. “¿Por qué?”, susurró, “¿Por qué hiciste eso?”. Sin pensarlo, dije que había sido un accidente. Pero luego me corregí: “No, lo quería, lo había deseado durante las últimas semanas, lo sabías. Te presioné, no tenía ni idea de que aún eras virgen. Parecías tan experimentada que nunca se me ocurrió que pudieras serlo. Si hubieras dicho algo en algún momento, esto no habría pasado hoy. Lo siento mucho, porque estoy seguro de que habría hecho que tu primera vez fuera más hermosa y respetuosa. Eres mi reina, hubiera preferido mil veces acostarme contigo que con Anna”.

Nos quedamos en silencio durante mucho, mucho tiempo. Su siguiente frase me dio la razón. ¿De verdad hubieras preferido acostarte conmigo que con Anna? Aunque era tan joven e inexperta, seguramente también guapa, ¿y ya tan buena masturbándose? Retomé el hilo. No, Monika, tú eres mi reina, y Anna es una campesina guapa y simpática en comparación. ¿Cómo no pude verlo tan claramente? Anna era guapa y cachonda, tenía una vagina fina

y estrecha y podía llegar al orgasmo rápidamente. La desvirgué y me la follé porque te merecías tu orgasmo de pacificación. Pero tú eres con quien siempre he querido acostarme, eso es algo completamente diferente para mí que acostarme con Anna.

Monika se acurrucó junto a mí y me besó en la mejilla. “Qué bonito lo que dijiste de mí…”, murmuró. Le dije: “Mira, estamos en el negocio de la desfloración, los reyes de sexto grado. Tú eres la reina y yo soy tu maldito y devoto sirviente, ¡y no tengo nada en mente más que follarte!”. La abracé de nuevo y la besé en la boca, un beso francés siguió a otro, nos acurrucamos y rodamos apasionadamente sobre la alfombra. Ella acarició mi erección y yo, juguetonamente, enterré mis dedos en su vulva.

Vi la lujuria en sus ojos y la coloqué cómodamente para el sexo. Entré en su vagina lenta y cuidadosamente; al principio estaba muy apretada, pero cedió ante mi grueso pene. Empezamos a follar despacio, luego cada vez más rápido a medida que nuestra excitación aumentaba. Todo el tiempo, nos mirábamos felices a los ojos. Encontré mi ritmo, ella el suyo. Gimió y jadeó con fuerza; después de un rato, su abrazo se apretó y tuvo un orgasmo, su rostro contraído por el placer. Empujé y empujé, prolongando su orgasmo tanto como pude, hasta que estuve a punto de eyacular. Ella recibió con gusto mi chorro de semen con su pelvis. Me aparté de ella y nos quedamos tumbados uno al lado del otro, jadeando.

—Eso fue hermoso —dijo ella, y yo añadí que no había muchas chicas que pudieran tener orgasmos vaginales. Había leído todo lo que pude al respecto, y hablamos de esto y temas relacionados durante un buen rato. Después de vestirnos, nos besamos durante un buen rato, y luego ella dijo en tono de broma: —¡Puedes retirarte por hoy, mi queridísimo sirviente! Sonreí y, algo torpemente, hice una reverencia humillante con el pie derecho girando en círculo, y me incliné: —¡Su más devoto sirviente, Su Majestad! —y nos reímos a carcajadas.

Nuestro negocio de desfloración funcionó a la perfección durante unos meses; desfloramos a un total de 11 chicas. La mayoría venían de escuelas cercanas; solo Anna, la chica rusa, era de nuestra escuela. Solo una se sintió decepcionada porque ninguna de las dos pudo hacerla llegar al orgasmo; ella misma no sabía cómo masturbarse. Monika tuvo que sujetarla porque, al parecer, quería

echarse atrás. Sujeté a ambas chicas con fuerza, y cuando me dispuse a penetrarla, lloró y su vagina se tensó. Fue la única a la que tuve que forzar. Soltó un grito cuando la desfloré y se calmó de inmediato, dejó de llorar y me dejó follarla pacientemente pero completamente pasiva. Tuve que follarla durante mucho tiempo hasta que finalmente eyaculé con alivio. Segundos después de la eyaculación, me apartó; eso fue todo para ella. En la obligatoria sesión informativa, bebió obedientemente su licor y me agradeció su primera vez. Se fue sin sonreír ni una sola vez.

Monika y yo teníamos sexo en nuestras tardes libres y éramos muy felices juntos. Isabella era comprensiva si me excedía. Algunos días, cuando perdí la virginidad, tuve sexo con tres mujeres hasta quedar exhausto. Aunque Isa prometió ser indulgente conmigo y me preparó una buena cena reconfortante, mi descripción detallada la excitó mucho y tuvimos sexo después de cenar. Normalmente, se conformaba con que me masturbara o le practicara sexo oral.

Tras las primeras semanas, intensamente románticas, supe que Monika no sería mi gran amor. No le conté nada de Isa, y ella nunca me preguntó al respecto. Monika era rica y, en esencia, muy superficial. Nuestras maravillosas conversaciones eran principalmente entre yo y yo. Cuando le hablaba de temas de mi extensa biblioteca, sobre todo de los mecanismos del amor y la sexualidad, ella escuchaba atentamente pero no aportaba nada, ya que no había leído nada sobre el tema. La decepción no me afectó demasiado, porque mis compañeros me respetaban más que nunca y sentía un profundo amor físico por Monika.

Fue la primera y única vez que tocó el timbre una mañana. Quería ir al colegio conmigo, dijo, después de que la presentara formalmente a Isabella. Tomé mi mochila y caminamos juntas hacia el colegio. Tenía algo importante que contarme antes de que se hiciera oficial en el colegio. Una mano fría me agarró el estómago. Sus padres se mudaban y ella se trasladaría a su colegio. Mil kilómetros, dije, y ella confirmó, 873 km en tren. Seguimos caminando en silencio. ¿Qué puedes decir ante eso? Pero podemos escribirnos, todos los días, todas las semanas, todos los meses, dijo con tristeza. ¡Prometí que escribiríamos cestas de ropa llenas de cartas, lo juro!

Nos quedaban dos semanas. Pasábamos cada minuto libre en la cama, teniendo sexo todo el tiempo. Incluso en sus peligrosos días fértiles, cuando normalmente solo nos masturbábamos. “¡Al diablo con todo!”, dijo, “¡Siento que mañana vas a la guerra!”. Solo los dioses, que fueron bondadosos con nosotros, impidieron que se quedara embarazada; los demás disfrutaban con nuestras relaciones sexuales.

La acompañé en taxi hasta la estación de tren con su enorme maleta. Sus padres ya se habían marchado en el tren nocturno; no los vi ni una sola vez durante esos seis meses. Nuestra despedida fue como sacada de una película de Hollywood, pero cargada de profunda emoción y lágrimas de verdad. Nuestra correspondencia comenzó con mucha intensidad y pronto se fue espaciando. Intercambiamos tarjetas de Navidad y cumpleaños durante algunos años más hasta que perdimos el contacto por completo.

Héroes de la construcción prefabricada

von Jack Faber © 2006

Esos eran ellos, los héroes del barrio. Pitt, de diecisiete años, alto y delgado, agresivo e indiscutiblemente el líder de la pandilla, temía por su cuchillo, con el que jamás había herido a nadie. Luego estaba Klaas, también de diecisiete años, a quien llamaban Ka, un gigante bonachón que no pensaba mucho ni con rapidez, pero que obedecía fielmente todas las órdenes de Pitt. Y Jan, de dieciséis años, pequeño e inteligente, que sacaba buenas notas y ayudaba a sus dos amigos con los deberes. Deseaba con todas sus fuerzas formar parte de la pandilla, juntarse con ellos y convertirse en un gánster de renombre como ellos.

Solo cuando los atrajo con marihuana, que había robado discretamente del alijo secreto de su madre y su padrastro, lo aceptaron, y continuó suministrándoles, aunque nunca accedió a aumentar la cantidad. Su robo nunca fue descubierto porque su madre y su padrastro siempre estaban al tanto del aumento de consumo del otro, y en realidad no importaba, ya que trabajaban duro y podían permitirse la marihuana. Jan también recibía una buena paga, que gastaba con gusto en cigarrillos y cerveza en lata.

Los dos chicos mayores incluso consultaron al menor sobre cuándo podían faltar a clase sin perjudicar su rendimiento académico. Pitt se dio cuenta enseguida de que Jan era un valioso miembro y le dio una efusiva bienvenida al grupo. A Jan se le permitió entrar en su fortaleza, una habitación con poca luz en el laberíntico diseño de una obra en construcción abandonada. Todos los chicos del edificio sabían que no tenían nada que hacer allí, ni siquiera por casualidad. Ka tuvo que darles una buena paliza a algunos antes de que todos entendieran el mensaje. Iluminaron la fortaleza con velas, se sentaron en los dos colchones viejos, fumaron, bebieron cerveza y compartieron los últimos chismes, los misteriosos sucesos del complejo residencial, y con qué anciana se acostaba con qué anciana, qué chico guapo estaba de moda ahora mismo, o cuál estaba disponible para tener sexo.

Jan habría dejado a los chicos mayores inmediatamente si hubieran sido gays, porque pensaba que ser gay era repugnante, pero en realidad no sabía qué hacían los gays. Por supuesto, tenía que presumir de su pene al comienzo de su carrera, y Pitt decidió que él sería el número tres. Luego añadió que Ka sería el número uno, él el número dos y Jan el número tres. Jan supuso que se trataba del tamaño del pene. Se enteró de que los dos habían estado cometiendo pequeños hurtos en tiendas lejos de su asentamiento para llegar a fin de mes. De vez en cuando les quitaban la paga a los niños, y a veces convencían a las chicas para que les dejaran follarlas en la fortaleza. Ka sonrió torcidamente y se rió: "¡Follar es bueno!". Hacía tiempo que no follaba con una chica, y Pitt se agarró los pantalones y se los frotó, impaciente y agresivamente, y estrelló la lata de cerveza vacía contra la pared. Ka sabía lo que sentía y dijo: "¡Vamos, folla, Pitt!".

Jan observaba con curiosidad, dando una calada a su cigarrillo. Los dos hombres altos se quitaron los pantalones. Pitt ya tenía una erección completa, el glande rojo sangre y casi sin prepucio. Ka se tumbó boca arriba y separó las piernas dobladas. Entre sus piernas había un escroto grande y un pene bastante grande, grueso y carnoso, medio erecto y que sobresalía por encima de su estómago. Ka sacó una pequeña botella del bolsillo y se frotó el ano con un líquido aceitoso. Pitt se arrodilló e introdujo su pene en el ano de Ka, y luego folló a su amigo. Jan los observaba, vio cómo el pene de Ka se ponía duro, y a Pitt le costó mucho correrse. Jan había mantenido una mano sobre su erección todo el tiempo, observándolos a los dos. Pitt se puso de pie y se subió los pantalones, mirando de reojo a Jan y sus intentos de ocultar su erección, y dijo: "¡Ahora tú, Jan, ahora tú!". Jan lo miró asombrado y Pitt dijo: ¡Adelante, a Ka le encanta!

Jan caminó con incertidumbre hacia Ka. Sabía, por supuesto, cómo los hombres follaban a las mujeres, porque espiaba a su madre cada vez que tenía un nuevo hombre, y Jan siempre la observaba como hipnotizado, incluso cuando el tipo terminaba y se quedaba dormido, la observaba masturbarse. Pero no sabía que se podía follar a los hombres igual que a las mujeres, pero Pitt acababa de demostrárselo. Y peor aún, sería su primera vez, el pensamiento le resonaba en la cabeza. Jan se bajó los pantalones y Ka se lamió los labios, ¡sí, vamos! El pene de Jan no era tan largo como el de Pitt, pero tampoco era pequeño, era grueso, y la cabeza estaba

medio expuesta bajo el prepucio. Se arrodilló y guió su pene hacia el ano de Ka, luego la penetró.

Ka sonrió, “Oh, eso está bien”, y Jan saltó sobre el grandullón, dándolo todo. Por su propia experiencia con la masturbación, sabía cómo contener su eyaculación y miró fijamente el gran y grueso pene de Ka, que se balanceaba con cada embestida. El glande de Ka se hinchó grueso y blanquecino, y su semen rezumaba. Ka bombeó y bombeó, su ano lo apretaba, y Jan tuvo que correrse inmediatamente. Se levantó rápidamente, se puso los pantalones y se sentó, encendiendo un cigarrillo y otra lata. Ka se levantó con un gemido, se vistió, se acercó a los dos, agarró la cerveza de Jan y se la bebió de un trago. “¡Bu!” eructó y le dio una palmada a Jan en el hombro con una mano. “¡Hombre, eso estuvo bien!” Jan se preguntó si se refería a la cerveza o al sexo. Más tarde, tomaron el autobús y robaron cerveza y cigarrillos de una pequeña tienda. Mientras Jan bombardeaba al hombre del mostrador con preguntas sobre si las galletas eran sin gluten o no, sus amigos salieron corriendo. Jan pagó las galletas y se marchó tranquilamente. Así de sencillo.

Unos días después, Jan llegó tarde al punto de encuentro en la plaza entre los bloques de apartamentos. Ka estaba sentado tranquilamente en un banco, fumando y observando a las palomas, a las que consideraba criaturas muy inteligentes. Pitt estaba sentado en el otro banco, charlando con una chica no particularmente guapa: delgada y bastante poco atractiva. Jan se acercó y evaluó con quién quería sentarse. En ese mismo instante, Pitt y la chica se levantaron y se dirigieron hacia la fortaleza. Pitt la sujetó por las caderas, y cuando Jan se unió a ellos, Pitt dijo que esa era Anni, que ya tenía 14 años y deseaba desesperadamente perder la virginidad, y que él se había ofrecido a hacerlo. La chica asintió, aunque estaba bastante emocionada. “¿Viene con nosotros?”, le preguntó a Pitt, pero él siguió recto sin responder. Una vez en la fortaleza, fumaron y bebieron cerveza. Anni bebió muy rápido y ya iba por su tercera lata cuando vio a Ka sentado en el colchón del fondo. “Ese es Ka”, dijo Pitt, “es mío”. Luego se volvió hacia Anni y, como antes, la excitó cada vez más con besos franceses apasionados. Pitt era muy bueno en eso, y Anni estaba bastante ebria por toda la cerveza. Entonces le quitó el vestido por encima de la cabeza. Anni estaba desnuda, excepto por su ropa interior. Jan la miró; tenía

pechos muy pequeños y un cuerpo casi infantil. Pitt la besó y le quitó la ropa interior.

Anni se aferró a Pitt, quien la recostó suavemente boca arriba y le guió las piernas hacia un lado. Anni tenía muy poco vello púbico, y él le separó los labios vaginales antes de masturbarle el clítoris. Ella suspiró y le pidió que la dejara masturbarse sola, y que si él realmente lo haría con ella, porque realmente quería que la follaran. Pitt gruñó: "¡Pronto, pronto!". Se bajó los pantalones hasta las pantorrillas. Luego besó a Anni de nuevo con un beso francés profundo y colocó su pene. La penetró lentamente, y Jan lo vio detenerse brevemente y luego embestir profundamente con un tirón. Anni lo miró con los ojos muy abiertos y susurró: "¡No dolió nada!". Pitt la folló durante un tiempo demasiado corto y eyaculó con un gruñido placentero dentro de la chica atónita. Anni susurró que lo había sentido muy claramente, ¡el semen caliente!

Ka ya estaba de pie, listo, frotándose lentamente el pene para mantenerlo erecto. Cuando Pitt se giró hacia un lado, Ka ya estaba arrodillado, y Anni miró su erección con asombro. Antes de que pudiera decir nada, su pene ya estaba dentro de su vagina, penetrando suavemente y pronto completamente insertado. Anni susurró alarmada que iba a explotar, pero Ka solo gruñó. Su clítoris, que no había sido visible hasta entonces, ahora sobresalía por encima de su vagina claramente estirada como una pequeña espina en el aire, balanceándose con cada embestida. Pitt le dio un codazo a Jan y le dijo que era su turno, y cuando Jan lo miró atónito, dijo con tono cortante: "¡Sois los tres!". Ahora Jan entendió y obedientemente se bajó los pantalones; su pene, por supuesto, ya estaba erecto. Jan ya se había masturbado esa misma tarde, porque cuando llegó a casa, encontró a su madre sentada con las piernas abiertas en el sofá de la sala, con las piernas apoyadas en la mesa de centro, masturbándose. La había observado a través de la puerta entreabierta hasta que terminó e inmediatamente fue a su habitación a masturbarse.

Jan volvió a mirar a Anni, cuya abertura vaginal se ensanchaba con cada embestida del pene de Ka y se contraía de nuevo al retirarlo hasta la punta. Su clítoris vibraba con cada embestida y empezó a jadear. Era señal de que estaba a punto de llegar al orgasmo, pero Ka no pudo contenerse y eyaculó dentro de ella con un escalofrío. Ella susurró, entre jadeos, que había sentido el chorro

con mucha claridad. Ka le hizo sitio a Jan, que se había arrodillado ante la chica que respiraba con dificultad y la penetró lentamente.

Pensó que las cosas no irían tan rápido con Anni ahora, debido a la masturbación previa. Ahora la miró y la oyó jadear mientras la penetraba con embestidas firmes durante un buen rato. Anni se excitó cada vez más y tuvo un orgasmo; a él le resultaron muy placenteras sus convulsiones y movimientos, y continuó diligentemente aunque Anni se había calmado de nuevo. Sintió claramente el calor subir dentro de él y eyaculó profundamente en su vagina. Anni parloteaba sobre el orgasmo y la intensidad con la que había sentido la eyaculación. Se levantó, se puso los pantalones, cogió una cerveza y un cigarrillo, y observó a Anni vestirse. Pitt le recordó a Anni que le había prometido la paga, y con la cara sonrojada, asintió: «Sí, sí, ¡lo arreglaremos mañana!». Jan y Ka permanecieron sentados mientras Pitt se marchaba con Anni y regresaba un cuarto de hora después.

Aproximadamente una semana después, Pitt volvió a tener un deseo sexual incontenible, repitiendo una y otra vez que necesitaba una mujer. Se sentaron en los bancos, pero ninguna de las posibles parejas sexuales apareció. Se sentaron en el césped al final de su territorio y observaron cómo se detenía el tranvía. De repente, Pitt se levantó de un salto y comenzó a caminar, seguido por sus dos amigos. No había ni un alma a la vista, solo la chica que caminaba delante de ellos. Cerca del edificio abandonado donde había estado la fortaleza, Pitt alcanzó a la chica y se acercaron. Pitt agitó su cuchillo frente a su cara y dijo: “¡Ven conmigo!”. Ella vio que no tenía ninguna posibilidad contra los tres y siguió a Pitt en silencio. Pitt entró en una de las habitaciones, que estaba abierta por arriba, y le indicó a Jan con un gesto: “¡Un colchón!” y comenzó a desnudar a la joven de unos 25 años con la ayuda de Ka. Jan regresó después de unos minutos con el colchón y acostaron a la recalcitrante mujer desnuda sobre él. No pronunció palabra ni opuso resistencia cuando los tres la tocaron y la manosearon; solo su rostro reflejaba profundo disgusto. Jan pensó que sus firmes pechos y su vulva suave y depilada eran muy hermosos, pero aún era bastante inexperto. Sin embargo, la tocó y examinó con curiosidad la parte inferior de su cuerpo, a pesar de que ella le dirigía miradas fulminantes.

Lo hicieron igual que con Anni una semana antes. Solo que esta mujer se resistió en silencio y no se lo puso fácil. Ka tuvo que sujetarla mientras Pitt la follaba rápidamente. Jan le sujetaba las piernas, porque desde ahí tenía una vista clara de su coño. Su rostro expresaba asco y puro desprecio. Luego fue el turno de Ka, y ella no pudo resistir su fuerza y finalmente cedió, para que Ka pudiera follarla en paz. Aunque su rostro inicialmente expresaba asco, rápidamente se ablandó y folló con avidez, porque el pene de Ka parecía excitarla intensamente. Los dos lo hicieron como animales poseídos, y Jan fijó su mirada en sus labios y en el pene de Ka. Ella jadeó y pareció incitar a Ka a continuar, pero él no pudo seguir. Mientras Ka eyaculaba y parecía no poder parar, bajó la mirada avergonzada cuando sus ojos se encontraron con los de Jan. Estaba terriblemente avergonzada porque había participado y casi había llegado al orgasmo.

Cuando le tocó el turno a Jan, Ka intervino, pero la mujer dejó que Jan tuviera relaciones sexuales sin resistencia, y a él le pareció que lo estaba disfrutando. Sin embargo, cuando sus miradas se cruzaron de nuevo, ella apartó la vista. Jadeaba con fuerza, pero no se permitió llegar al orgasmo, y Jan eyaculó con gran alivio. Luego hubo un largo silencio. Nadie pensó en una segunda ronda; ahora solo tenían que salir de allí rápidamente. Mientras la mujer se vestía, mirándolos con ira y dolor, Pitt registró su bolso. Examinó su identificación y leyó su nombre y dirección en voz alta, diciendo que si hablaba, la visitarían. Ella asintió para indicar que entendía. Pitt tomó todo su dinero excepto los billetes grandes y algunas monedas, que se guardó en el bolsillo. Luego la llevó afuera, y cuando llegaron al lugar donde había ocurrido la agresión, corrió de vuelta con sus amigos lo más rápido que pudo.

Esperaron una semana entera para ver si aparecía la policía o si los rumores del barrio les decían algo sobre la violación, pero no hubo nada. Iban a la escuela cuando era necesario; de lo contrario, se quedaban por ahí escuchando los comentarios de la calle. Después de una semana, Pitt estaba completamente seguro de que la mujer guardaba silencio sobre la violación. Así de simple.

En casa de Jan reinaba la tensión. Su madre, su pareja y su casi padrastro habían estado peleando, y la pareja se había mudado, esta vez definitivamente. Su madre se mantenía tranquila; su trabajo iba bien y podía trabajar desde casa dos o tres días a la sema-

na. Esto también significaba, sin embargo, que empezaba a beber y fumar marihuana temprano por la mañana y estaba completamente alegre y despreocupada cuando Jan llegaba a casa. Por esas horas solía estar con un amante, y Jan la observaba si podía ser discreto. A veces su madre venía con chicas, y entonces él simplemente tenía que mirar porque siempre era muy apasionado, erótico y mucho más excitante que los perdedores perpetuamente impotentes que ella traía a casa. Tenía una amiga en particular que venía con bastante frecuencia, una hermosa chica negra de Etiopía que era lesbiana y le proporcionaba a su madre muchas tardes placenteras. Jan observaba a las mujeres en secreto durante horas y solo desaparecía brevemente en su habitación cuando necesitaba eyacular.

La madre de Jan se había labrado una carrera como diseñadora de moda y, ahora reconocida internacionalmente, tenía mucha demanda, pudiendo por fin elegir proyectos que le permitieran tener tiempo libre y la libertad de trabajar desde casa. Realizaba la mayor parte de su trabajo en su ordenador, que rivalizaba con cualquiera de la industria editorial de moda. Ahora su pareja, débil, se había ido, y su madre se quedaba sola durante días, alimentada por el alcohol, la marihuana y su sexualidad exacerbada. Últimamente la habían descuidado por completo y tenía que recuperar el tiempo perdido. Así que seguía irrumpiendo en la habitación de Jan, vestida solo con una camiseta y bragas, charlando con él sobre cosas triviales. Una vez, él estaba viendo porno en su portátil, con los pantalones bajados y el pene en la mano, cuando ella irrumpió. “¡No dejes que te moleste, yo también quiero!” Jan pensó inicialmente que quería ver el porno con él, pero se quitó la camiseta y las bragas y se sentó en su cama. “No dejes que te moleste”, dijo, y primero se masturbó sentada, luego se inclinó hacia atrás y tuvo un orgasmo.

Jan echaba de menos el porno porque la masturbación de su madre lo excitaba mucho más. Era la primera vez que lo hacía en su habitación, abiertamente en su presencia. Cuando ella se relajó, él seguía sentado allí, con el pene en la mano y la mirada fija en su vulva. «Ven aquí», dijo ella, «¡solo ven aquí!». Él obedeció en silencio y se sentó a su lado. Ella tomó su pene en la mano, luego en la boca, y lo masturbó, dejando que su semen le bajara por la garganta y tragándoselo todo. Después se levantó y fue al salón a seguir trabajando en el ordenador. Esto continuó; lo visitaba una o

dos veces por semana, a veces trayendo su vaso de chupito y algo para fumar. Entonces él sabía que sería una tarde larga; ella se masturbaría varias veces y luego lo masturbaría a él, o dejaría que eyaculara en su boca, por su garganta.

Se incorporó después de su orgasmo, bebió y fumó un cigarrillo liado a mano. Le encantaba esa maravillosa sensación de ser poderosa e intocable para el mundo que la rodeaba, aunque sabía que esa euforia provenía del alcohol y la marihuana. Le importaba un bledo lo que estuviera permitido o no, incesto o no; había decidido que podía acostarse con él porque quería. Lo miró con los ojos entrecerrados, se recostó lascivamente y lo agarró con lujuria. “¡Vamos, hombrecito, vamos!”, susurró, haciéndolo girar sobre su estómago. Su pene se hundió en medio de su vello púbico, la punta rozando sus labios. Jan se quedó paralizada porque solo había una manera de que sucediera. “Pero soy tu hijo”, dijo con cierta torpeza, pero ella lo interrumpió. “¡Al diablo con eso!”, maldijo, inusualmente vulgar, “¡no hables de incesto!”. Lo necesito, y tú obviamente también, ¡vamos, follemos! ¿Quién nos va a detener? Abrió más las piernas y metió la mano debajo de él, guiando su pene hacia su vagina. ¡Vamos, hazlo bien!, dijo, y Jan la penetró, experimentando con ella las sensaciones más maravillosas.

Su madre ya rondaba los cuarenta y tantos y no encontraba pareja fácilmente, pero tenía a Jan, a quien visitaba una o dos veces por semana. Jan adoraba sus enormes y suaves pechos y su cuerpo voluptuoso, pero sobre todo, le encantaba tener sexo con ella porque era mucho más placentero e intenso que una violación. Le gustaba su vagina, que se sentía tan aterciopelada y suave y lo excitaba tanto cuando ella tenía un orgasmo intenso, su vagina prácticamente ordeñando su semen. Le gustaba poner su rostro entre sus grandes y suaves pechos y follar lentamente a esta alta valquiria. Le gustaba porque ella ya era demasiado mayor para armar un escándalo por un embarazo. “¡Déjalo fluir, muchacho, déjalo fluir, me gusta!”. Ella lo disfrutaba igual y le enseñó mucho. Le explicó que no tenía orgasmos vaginales y por lo tanto tenía que masturbarse larga, minuciosamente y varias veces después del sexo, y que le encantaba que él la viera. Tuvo la agradable sensación de que ahora se entendían mucho mejor.

Una vez ella dijo que le resultaba particularmente excitante la eyaculación dentro de su vagina. Jan asintió y prometió mastur-

barse menos antes del sexo y guardar su semen para ella. La mayoría de las veces funcionaba, y ella aumentaba su placer introduciendo un dedo en su ano antes de que él eyaculara y acariciándolo con él. Él tenía que eyacular inmediatamente y completamente dentro de ella. A veces se le permitía comenzar el sexo mientras ella se frotaba el clítoris y estaba a punto de llegar al orgasmo. Él disfrutaba de las caricias y los movimientos de su vagina y levantaba las nalgas para que ella pudiera acariciarlo con los dedos y él pudiera eyacular explosivamente dentro de su vagina grande y suave.

Jan le confesó que se sentía muy atraído por Iris, la hermosa chica negra de África, y que deseaba desesperadamente acostarse con ella. Sería difícil, dijo ella, reprimiendo sus celos; Iris era lesbiana, había sufrido abusos por parte de varios hombres durante su infancia y adolescencia, y no tenía buena opinión de los hombres, les tenía miedo. Pero lo intentarían juntos la próxima vez que Iris estuviera allí. Y así sucedió.

Iris y su madre disfrutaron un rato en la sala, luego su madre fue al baño y, al regresar, tomó a su hijo desnudo Jan de la mano y fueron con Iris. Ella se sorprendió mucho y miró con incertidumbre su erección, pero la madre acarició a la niña y maulló que lo necesitaba de nuevo, muy urgentemente. Iris comenzó a masturbarse suave e intensamente, y cuando Jan acarició suavemente su hermoso cuerpo negro azabache, se relajó. Jan estaba completamente enamorado de su esbelta figura y sus pequeños pero firmes senos y los acarició. Cuando Iris se puso a cuatro patas para lamer el clítoris de su madre, Jan miró desde atrás su vulva, sus labios y clítoris de color rosa pálido, y su vagina rosa pálida. Su piel era negra azabache por completo; solo los destellos de color rosa pálido de sus genitales enfatizaban dónde tenía que apuntar su pene. Jan se había dado cuenta de que solo tenía un pequeño mechón de vello púbico negro sobre la hendidura, pero que su vulva era completamente lisa y parecía la de una niña pequeña. Su madre le indicó que Iris aún no estaba lista, así que él tocó con mucha delicadeza sus labios y clítoris. Para su propia sorpresa, ella le ofreció voluntariamente su pelvis a Jan y le permitió masturbarla. Primero la madre tuvo un orgasmo, e inmediatamente después, Iris. Permanecieron tumbados uno encima del otro, uno encima del otro, y uno al lado del otro durante un rato, dejando que los orgasmos disminuyeran.

La madre le susurró a Iris durante un buen rato, luego le tomó la mano y la guió hacia el pene de Jan, pero Iris se negó. La madre siguió susurrando y luego atrajo a Jan boca abajo. Iris murmuró asombrada que aquello era incesto, pero la madre simplemente dijo: "¡Al diablo con eso!" y penetró suavemente a Jan, exagerando un poco los gemidos de placer, pero luego volvió a ser ella misma, acariciando el ano de Jan y dejándolo eyacular con placer. Pasaron horas más con orgasmos maravillosos, y Jan penetró tan a menudo como pudo, pero Iris dijo que, aunque disfrutaba mirando, no quería participar ella misma. Llegó a casa muy tarde.

Por supuesto, Jan estaba triste por ello, pero su madre le dijo en el desayuno que con las mujeres hay que tener paciencia, ¡que todo saldrá bien! Jan fue muy paciente cuando Iris regresó dos días después, y todo fue igual que la última vez. Iris disfrutó muchísimo de la delicadeza y ternura con que Jan la masturbaba, y a veces se tumbaba boca arriba en el regazo de su madre, quien la besaba y le acariciaba los pechos, abriendo con gusto y suavidad su vulva ante Jan, que la lamía lenta e intensamente. Pronto le encantaron esos orgasmos y le acariciaba el pelo a Jan porque era muy bueno en ello. Lo miró fijamente a los ojos y le dio un beso francés largo y profundo, que él correspondió, desconcertado e incómodo, porque casi nunca había experimentado un beso francés, pero Iris no conocía otra cosa. Cuando tuvieron sexo después, fue Iris quien le metió un dedo en el ano y le dio una fuerte embestida, mientras que con la otra mano masturbaba a su madre, y ambas alcanzaron el orgasmo casi simultáneamente. Esta orgía también se prolongó hasta bien entrada la noche.

El momento decisivo llegó durante su siguiente tarde íntima. Una vez más, Iris se recostó boca arriba en el regazo de su madre, con las piernas bien abiertas, dejando que Jan la lamiera. Después de que ella llegara al orgasmo, él permaneció en cuclillas, frotándose lentamente el pene. La miró a los ojos y se acercó a ella. No había rastro de rechazo ni protesta en su mirada, y cuando la punta de su pene tocó sus labios vaginales, cerró los ojos. Lentamente, él penetró su vagina y la folló con fuerza y gran placer; finalmente había logrado su objetivo. Su madre, que había estado acariciando y jugando con los dulces pechos de Iris, la engañó estimulándole el clítoris, provocando que ella llegara al orgasmo al instante. Él eyaculó dentro de ella y esperó hasta que su orgasmo disminuyó.

Los tres se tumbaron en la alfombra, dejando que la excitación disminuyera. Él le susurró a Iris, preguntándole si estaba bien. Ella se giró hacia él y, en lugar de responder, le dio un beso francés apasionado. A partir de ese momento, su resistencia se puso a prueba. Se acostó con ambas mujeres alternativamente, y solo las ojeras delataban lo agotador que estaba. Varias veces rieron a carcajadas mientras ambas se dejaban llevar por la pasión, y él se puso rojo de frustración porque no podía decidirse entre ellas.

Iris observó con gran excitación cómo a Jan se le permitía eyacular en la boca de su madre y profundamente en su garganta. Ella también quería aprenderlo, pero durante sus primeros intentos, se atragantaba o casi vomitaba. Jan decía que su garganta era demasiado pequeña. Su madre se lo explicó con mucho cuidado, intervino y la corrigió hasta que, después de un largo rato, Iris logró controlar su reflejo de deglución. Ahora Jan podía introducir su pene profundamente en su garganta, luego la sujetó firmemente por la cabeza y la penetró profundamente hasta el fondo de su garganta, donde eyaculó. Cuando terminó, soltó su cabeza y ella pudo tragar y respirar. Iris estaba increíblemente feliz y agradecida; ahora podía hacer algo muy especial. A él le encantaba llenar la boca de Iris con su glande y ser lamido y excitado por su lengua hasta justo antes de eyacular. Entonces Iris abría la boca de par en par y deslizaba sus labios sobre todo su pene, permitiéndole penetrar profundamente en su garganta y eyacular allí. Ella prefería eso a ser penetrada en la boca.

La pandilla esperó unos días más, pero Pitt no pudo soportarlo más. Tomaron un autobús a las afueras de la ciudad y buscaron un parque con escondites o edificios apartados para su plan. Al segundo día, finalmente encontraron un parque con un pequeño cobertizo al lado, usado para herramientas de jardinería. Ka forzó la cerradura sin dañarla y encontraron todo lo que necesitaban; unas mantas podrían servir de base. No tuvieron que esperar mucho por su víctima. Pitt se acercó sigilosamente por detrás y le mostró su cuchillo. Sobresaltada, ella dejó caer su bolsa de compras y se cubrió la cara con las manos. Jan y Ka recogieron todo y luego llevaron a la mujer al cobertizo. “¡Por favor, no!”, gritó. “¡Tengo un niño pequeño, por favor, no lo hagan!”. Pero Pitt y Jan la desnudaron mientras Ka la sostenía con delicadeza, aunque no parecía necesario en absoluto. Se dio cuenta de que no estaba amenazada con el cuchillo, no con la muerte, y suspiró aliviada. Luego sonrió

expectante, casi con lujuria. Era una joven y guapa mujer con pechos hermosos y voluptuosos, cabello rojo hasta los hombros y una figura esbelta. Su zona púbica estaba perfectamente depilada y lucía juvenil. Jan acarició su hermoso cuerpo por completo, explorándolo durante minutos, y la chica sonrió con deseo, dejándose llevar por escalofríos placenteros. “Por favor, no me hagas daño”, dijo con una sonrisa muy amable, “¡Soy muy sensible... ahí abajo!”.

¡Y qué sensible era! Tuvo un orgasmo con Pitt, quien tuvo que taparle la boca para que no se oyeran sus gritos de placer. Gritó larga y lujuriosamente en la mano de Ka mientras él la penetraba, llevándola de orgasmo en orgasmo, y cuando le tocó el turno a Jan, Ka tuvo que ahogar sus gritos de placer con la mano. Pitt simplemente leyó su nombre y dirección en voz alta y le dio su sermón, pero no le quitó dinero del bolso; de todos modos, no habría sido mucho. Cuando estuvo vestida, sonrió y dijo que había sido una tarde muy agradable y que no tenían nada de qué preocuparse; no tenía motivos para denunciarla. Ella y su esposo solían ir a clubes de intercambio de parejas antes del bebé, y esto habría sido similar para ella. Todos se marcharon en paz, y los chicos permanecieron en silencio, atónitos, durante todo el trayecto.

Continuaron con sus vergonzosas actividades durante semanas, en la fortaleza o en varios parques. Una vez, obligaron a una joven de ascendencia turca a entrar en su escondite, donde Ka la sujetó y Jan la desnudó. Era una belleza morena con pechos pequeños, muy delgada y con el vello púbico cuidadosamente recortado. Lloraba y gemía diciendo que no lo quería, y que si no era virgen, deshonraría a su familia. ¡Por favor, por favor, no! Pitt se inclinó sobre ella, le separó los labios vaginales y miró dentro de su vagina. «Sí, de verdad que sigue siendo virgen», dijo Pitt. «Eso es justo lo que necesita nuestro Jan; ¡nunca ha tenido una!». Y así sucedió que Jan, excepcionalmente, fue el primero.

Pitt le sujetó las manos, Ka los pies, y Jan se arrodilló ante ella, con la erección dura. Ella lloró amargamente mientras él entraba lentamente en su vagina. Sintió la resistencia de su himen y la miró a la cara. Las lágrimas corrían por sus ojos bien abiertos mientras ella lo miraba fijamente. Con una embestida repentina, rompió su himen y eyaculó demasiado rápido porque ella se tensó y su vagina no se abrió voluntariamente. Luego tomó la posición de Pitt y lo observó follarla. Pitt la folló con fuerza, pero no rápido, sacan-

do su pene por completo y volviéndolo a introducir cada vez. Jan pudo ver cómo poco después su vagina se abría y cerraba, cómo sus piernas comenzaban a temblar. No estaba seguro de si acababa de tener un orgasmo o no. En cualquier caso, pudo sentir en sus pies que ella empujaba activamente hacia Pitt mientras él continuaba follándola, prácticamente ofreciéndole su vagina hasta que eyaculó profundamente dentro de ella. Luego fue el turno de Ka, y la chica dejó de llorar. Cuando Ka terminó, exclamó: «¡Está inconsciente!». Tras unos segundos, Pitt le tomó el pulso; por suerte, lo tenía, y poco después despertó, miró a su alrededor y quedó completamente desorientada. Se vistió a toda prisa y salió corriendo entre sollozos, sin que se supiera su nombre ni su dirección.

La banda estaba lejos de haber terminado; seguían violando, así de simple, porque nadie podía hacerles daño.

¿Nadie?

¿De verdad nadie?

Los tomó completamente por sorpresa. Habían sacado a la mujer rubia afuera después de la violación y aún estaban sentados tomando una cerveza y fumando. En silencio, el grupo de hombres y mujeres, todos enmascarados y armados con bates de béisbol o palos, se acercó sigilosamente. Los atacaron a los tres y los golpearon sin piedad. Jan se cubrió el rostro con los brazos para protegerse de los bates y creyó oír un par de maldiciones con acento turco antes de desmayarse.

Pasaron semanas en el hospital. Pitt había perdido el ojo izquierdo y muchos dientes; Ka necesitó múltiples puntos de sutura en la cara, sus testículos, destrozados por los golpes, tuvieron que ser amputados, y los tres tenían numerosos huesos rotos. Jan, aparte de profundas laceraciones en la cabeza y la espalda, varias fracturas y dolorosas contusiones, no sufrió heridas graves. Hablaban entre ellos en voz baja, y cuando la policía los interrogó, sus relatos fueron prácticamente idénticos, pero la investigación pronto se cerró sin éxito. Jan guardó silencio sobre su observación de que eran turcos; los otros dos hacía tiempo que habían olvidado a la chica turca.

Tras el alta, Jan se distanció de sus dos amigos y les dijo que ya no quería saber nada de ellos; una sola hospitalización había sido suficiente. Dejó que su madre lo cuidara durante semanas y siguieron teniendo relaciones sexuales como antes. Ella nunca le contó que Iris había abortado mientras él estaba en el hospital, porque era demasiado joven para ser padre. Iris siguió con su plan de encontrar un hombre rico y, tras su supuesta enfermedad, empezó a trabajar a tiempo completo en la joyería, viendo a Jan y a su madre solo algunos fines de semana.

Ese fue el fin de la pandilla del complejo residencial.